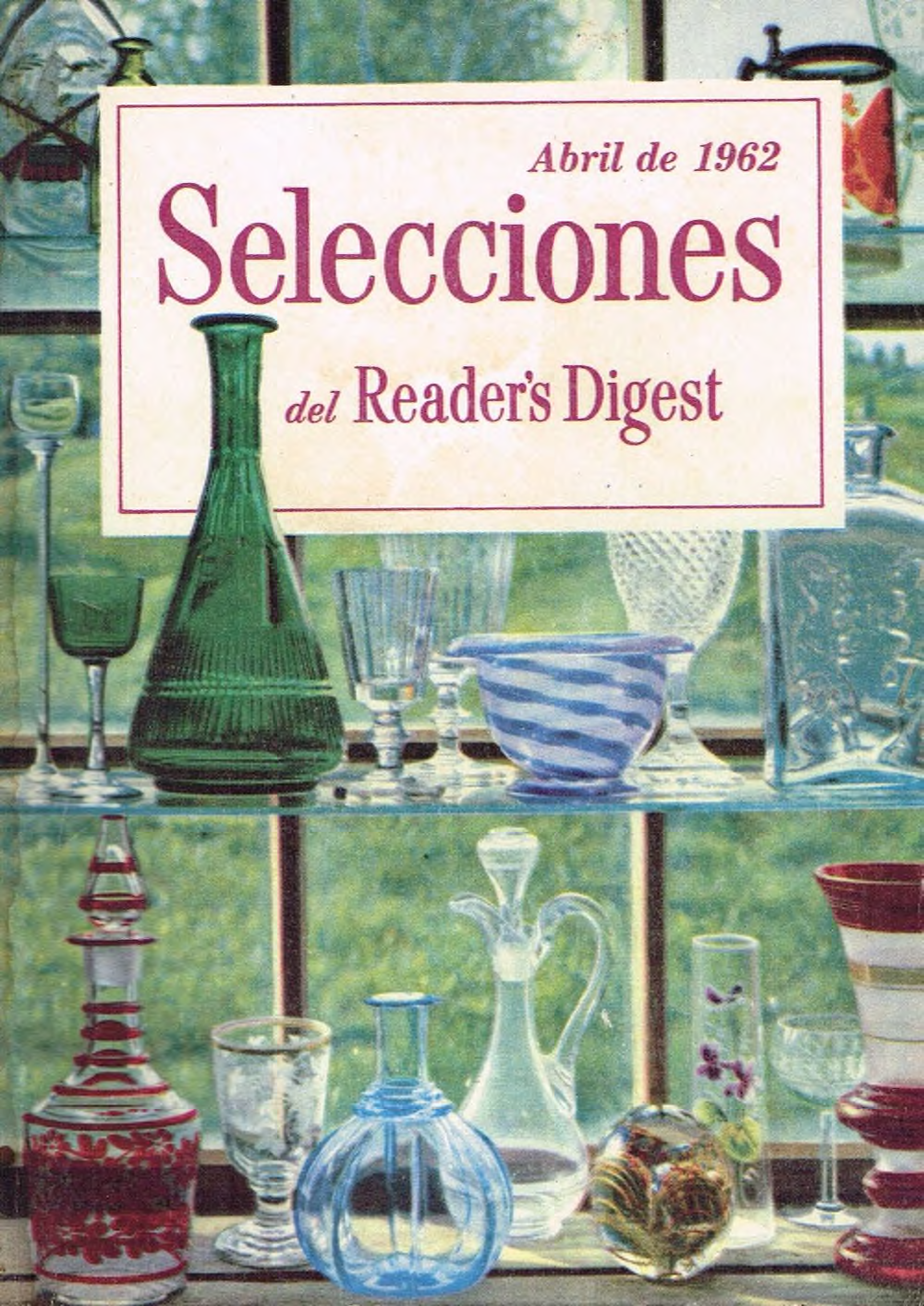

Abril de 1962
Selecciones
del Reader's Digest

Cuando se hace una pausa…¡Coca-Cola refresca mejor!

LA NOTA FRESCA Y NUEVA. ¡Qué armoniosa manera de realzar los momentos felices . . . con el alegre y chispeante sabor de Coca-Cola bien fría! Hay algo tan especial en Coca-Cola . . . Deliciosamente burbujeante . . . ¡Coca-Cola refresca mejor!



para LA PAUSA QUE REFRESCA



NUEVO

Kolynos AZUL con FLUORURO

"¡Crac!... ¡Crac!..." Claro. El puede permitírselo... ¡Su dentadura es sana! ¡Sus dientes lucen limpios, lindos, brillantes!... gracias a una buena higiene dental. Haga como él. Cuide la belleza de sus dientes... Cepíllelos diariamente con el NUEVO KOLYNOS AZUL, que contiene FLUORURO.

Kolynos AZUL
Kolynos
CON FLUORURO
AZUL
CON FLUORU

SOLO SU DENTISTA PUEDE CUIDAR MEJOR SUS DIENTES.

Un pantalón cortado "a lo argentino" y a tono con nuestra época !

PANTALON
OMBU

COLORES FIRMES

CONFECCIONADO CON TELA PRE-ENCOGIDA



NO ENCOGE
NO DESTIÑE



SELECCIONES
del Reader's Digest

Tomo XLIII Nº 257 Abril de 1962

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Director . . . . Jorge Cárdenas Nannetti
Jefe de redacción . . . . Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director artístico*: Emilio Gómez.

Administración

Carlos Escallón, *gerente*; Douglas W. London, *vicepresidente*; Raúl Sánchez Ortiz, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*; Ricardo Robinson, *director de promoción*; Gustavo González Lewis, *Discoteca de Selecciones*; Jorge de Heredia, *Biblioteca de Selecciones*.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart (alemán)* Anne Mörike; *Cairo (árabe)* M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague (danés)* Onni Kyster; *Helsinki (finlandés)* Seere Salminen; *París (francés)* Pierre Dénoyer; *Montreal (francés)* Pierre Ranger; *Amsterdam (holandés)* Aad van Leeuwen; *Milán (italiano)* Mario Ghisalberti; *Tokio (japonés)* Seiichi Fukuoka; *Oslo (noruego)* Astrid Øverbye; *Río Janeiro (portugués)* Tito Leite; *Estocolmo (sueco)* Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

SELECCIONES

se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 20,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia ($2500 Bs*) — Librería Selecciones, Avenida Camacho s/n, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($1,50*) — J. M. Ordoñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡ 1,25*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.
Cuba (20 cts.*) — Agencia de Publicaciones Madiedo, Consulado 108, La Habana.
Chile (E° 0,30*) — Sales y Larios Ltda. Avda. Bernardo O'Higgins 137, 2.° Piso, Casilla 9214, Santiago de Chile.
Rep. Dominicana (RD$0,20*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (4,00 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., Aguirre 717 y Boyacá, Guayaquil.
El Salvador (50 cts.*) — Almacén y Librería "El Siglo", Apartado Postal Nº 52, San Salvador.
Guatemala (Q0,20*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (40 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($2,50*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,50*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,20*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay — Nicasio Martínez Díaz, Palma 565, Asunción.
Perú (S/5,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (20 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($2,50*)—A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,00*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(**Precio por número suelto*)



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLIII, Nº 257, April 1962, Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $3.00 per year in Latin America, US $3.85 per year in the United States. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

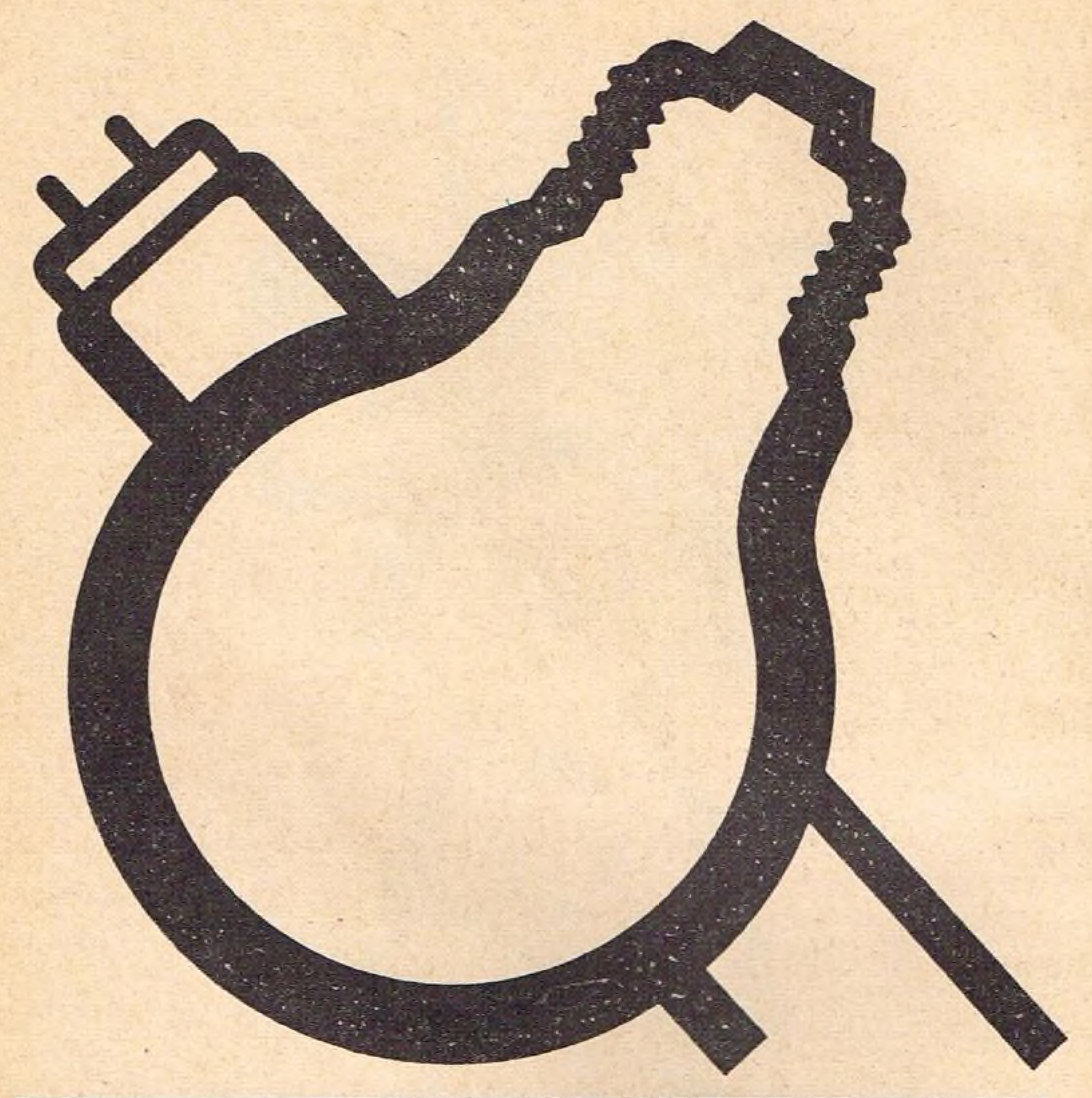
Impreso en la Argentina · GUILLERMO KRAFT LTDA. · Reconquista 319

Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones



CORREO ARGENTINO CENTRAL (B)	**FRANQUEO PAGADO** Concesión N.° 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.° 144




OSRAM

con el patrocinio de la UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

FONDO INVERSOR

Fondo FIAR

ofrece una segura capitalización a sus ahorros

porque se apoya en lo mejor de nuestra industria y comercio



FIAR - Fondo Inversor de Amigos de la Universidad del Salvador - es un fondo común de inversiones, organizado y conducido por expertos, que suma los ahorros de la colectividad y los coloca en valores de segura renta y firme cotización. Un calificado equipo de analistas de operaciones bursátiles, estudia el estado financiero de las empresas y adquiere y/o vende - en el momento preciso - los títulos y acciones de las firmas que aseguran rendidores balances.

— El Banco Shaw es el Depositario del Fondo FIAR, a la par que Confiar S. A. es la Sociedad Gerente del mismo.

CON UNA INVERSION MINIMA DE MIL PESOS USTED PUEDE CONFIAR SUS AHORROS A FIAR Y OBTENER ESTAS SEÑALADAS VENTAJAS:

— Renta para su dinero inmovilizado, mediante operaciones que usted solo no podría enfrentar.

— Seguridad contra todo riesgo, por la misma diversificación de las inversiones que realiza FIAR.

— Recuperación inmediata de su capital, cuando usted lo desee, acrecentado por las utilidades producidas.

— Conocimiento diario del valor de su aporte.

— Exención de todo impuesto (arts. 26 al 28 de la Ley de Fondos de Inversión).

Pida toda la información que necesite, en las oficinas de FIAR: Bartolomé Mitre 833, T. E. 45-0208 - 7368 - 6189 ...¡y téngale fe a FIAR!

mbs propaganda



El tacto consiste en saber cuán lejos podemos pasarnos de la raya.
— Jean Cocteau

Si nos dieran a escoger entre vivir donde nunca cese el bullicio de los niños o donde jamás se oiga ese bullicio, tengo la certeza de que las personas de buen corazón y sano juicio preferirían el bullicio incesante al incesante silencio.
— George Bernard Shaw, en *Misalliance*

Una cosa que los hombres no pueden entender acerca de las mujeres es cómo las mujeres entienden tanto acerca de los hombres.
— W. S.

La ancianidad es como todo. Para tener éxito en ella, hay que empezar temprano.
— F. M.

Procedamos con las ideas como si fuesen crías de peces: lancemos miles al agua y, aunque solamente un puñado sobrevivan... serán más que suficientes.
— A. H.

No hay enfermo más enfermo que el que se enferma en su día de asueto.
— B. V.

Lo único que el hombre puede satisfacer por completo es su estómago. Mas el anhelo de la mente humana por nuevos conocimientos y experiencias y por un ambiente más agradable y cómodo, nunca se satisface por completo. Es éste un apetito que jamás se sacia.
— Thomas Edison

El hombre se fatiga en busca del descanso.
— Laurence Sterne

El matrimonio es como una granja: para que dé resultados satisfactorios es necesario cultivarlo todos los días.
— Citado en *The Way of St. Francis*



CoÑAC

OTARD - DUPUY

El coñac es la más simple y a la vez la más noble de las bebidas. • Los conocedores lo beben con respeto pues bien saben los cuidados que requiere su elaboración. • Las excepcionales condiciones que reúne **COÑAC OTARD - DUPUY** son: esmerada selección de vinos blancos, destilación por el método Charentais y paciente añejamiento en cascos de roble importado. • **OTARD-DUPUY**, con control oficial, certifica la edad en sus etiquetas. • **OTARD - DUPUY** se enorgullece de poseer el mayor stock de coñac en añejamiento en la República Argentina, **COÑAC OTARD-DUPUY**, añejo, más de 3 años, **COÑAC OTARD - DUPUY** —Reserva San Juan— Extrañejo, más de 6 años.

Instantáneas personales

CHANEL, la modista, tiene la manía de la perfección. Vive desbaratando las costuras y volviéndolas a prender con alfileres. Antes de mostrar su última colección rehizo un traje sastre 35 veces, y a última hora descartó 25 vestidos, que no dejó que se exhibieran. Las modelos de la Chanel eran presa de ataques de nervios, llantos y desmayos.

Una de las muchachas, colérica, se vistió con su propia ropa y fue a notificarle a la dueña que renunciaba. La Chanel la escuchaba distraída. De súbito, con las tijeras en mano, comenzó por fuerza de la costumbre a cortarle el hombro del traje sastre y siguió por la espalda de la chaqueta. Sorprendida, la modelo dio un alarido: "¡Este traje es mío!"... pero ya era demasiado tarde.

—H. L.

EL ESCRITOR y redactor Lowell Brentano trabajó una vez en una casa editorial, propiedad de su familia. Había logrado firmar un contrato con el rabino Stephen Wise, para editar un libro que llevaría por título: *Mis 40 años de lucha en el ministerio*. Durante varios años Brentano estuvo apremiando al rabino para que comenzase a escribir la obra. Un día, ya impaciente, resolvió poner a Wise en un aprieto y le preguntó:

—Dígame francamente ¿cuánto ha adelantado en la obra de sus 40 años en el ministerio?

—Algo —repuso el rabino Wise —. He cambiado el título a *Mis 50 años de lucha en el ministerio*.

—L. L.

"¡Hay que pensar en la historia!" decía el ex-presidente Truman de los Estados Unidos al ver que su esposa estaba tirando al fuego del hogar todas las cartas que él le había escrito.

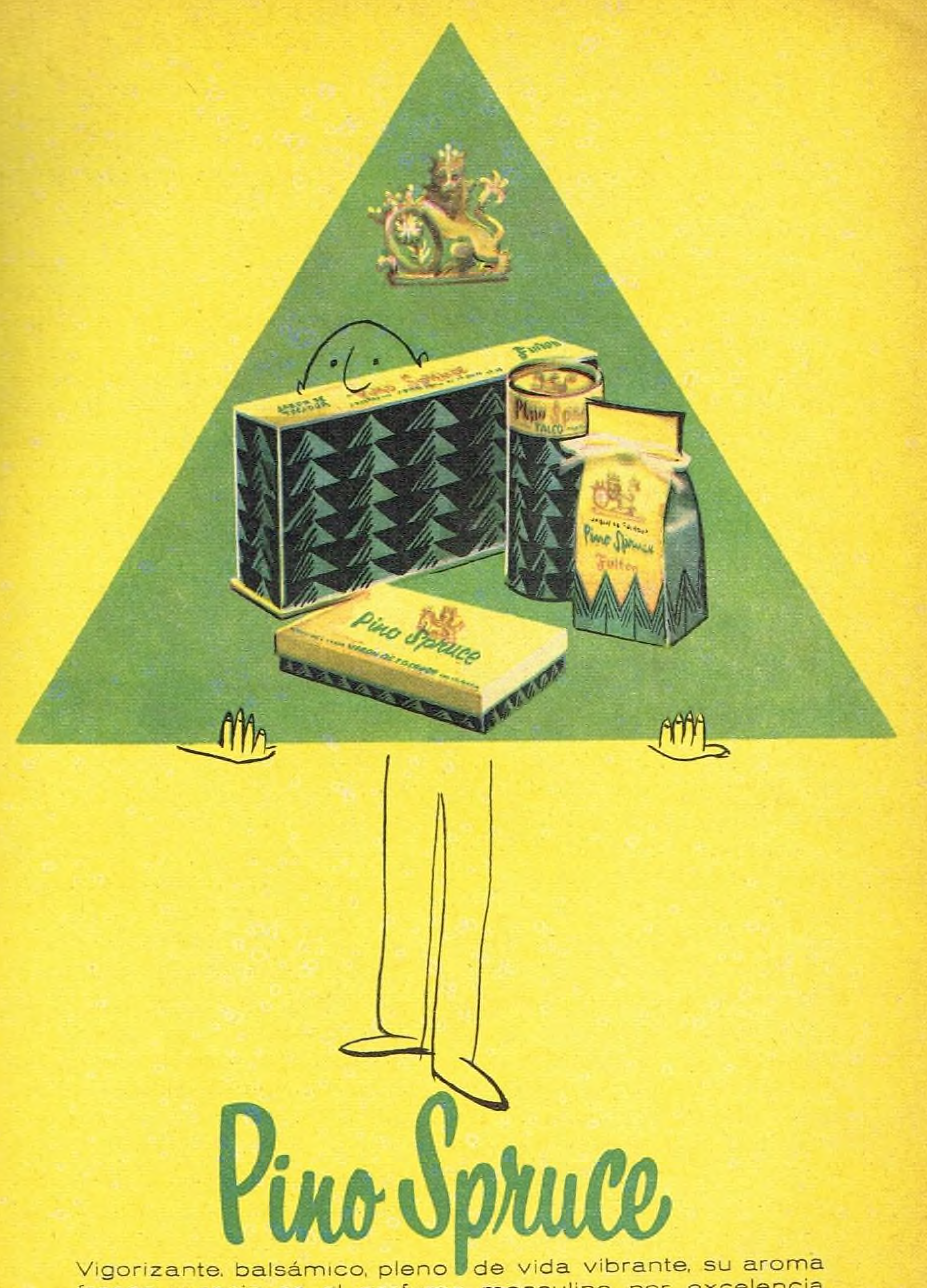
"Precisamente en eso he pensado", contestó la señora Truman sin dejar de quemar cartas.

—E. H. S.

EL VIOLINISTA Mischa Elman, que tiene 70 años de edad, se lamentaba al salir de los Estados Unidos en gira de conciertos por Europa: "Cuando debuté a los 12 años en Berlín, el público decía que yo era una maravilla para mi edad. Ahora están comenzando a decirlo nuevamente".

—*Newsweek*

HENRY FORD, padre, casi nunca mandaba llamar a los funcionarios de su empresa a su despacho para resolver un problema. Prefería ir a verlos.


Fulton
Pino Spruce
TALCO
Pino Spruce
Fulton
Pino Spruce
Pino Spruce
Vigorizante, balsámico, pleno de vida vibrante, su aroma fresco y recio es el perfume masculino por excelencia
FULTON

—¿Por qué no hace que vayan a su oficina? —le preguntaron una vez—. ¿No ahorraría tiempo así?

—Al contrario. Ahorro tiempo yendo a verlos —repuso Ford—. He descubierto que me es más fácil salir de un despacho que sacar a un visitante del mío. —E. E. E.

SIENDO Calvin Coolidge presidente de los Estados Unidos, se le encargó al pintor Charles Hopkinson que le hiciera un retrato. Esforzándose por animar un poco las graníticas facciones de Coolidge, Hopkinson le recordó una de las grandes crisis de su vida:

—¿Qué fue lo primero que pensó usted cuando se enteró de que había muerto el presidente Harding y que usted, como vicepresidente, tenía que sucederlo?

Sin mover un solo músculo de la impasible cara, Coolidge dijo con su voz gangosa:

—Pensé que podría arreglármelas. —J. A. L.

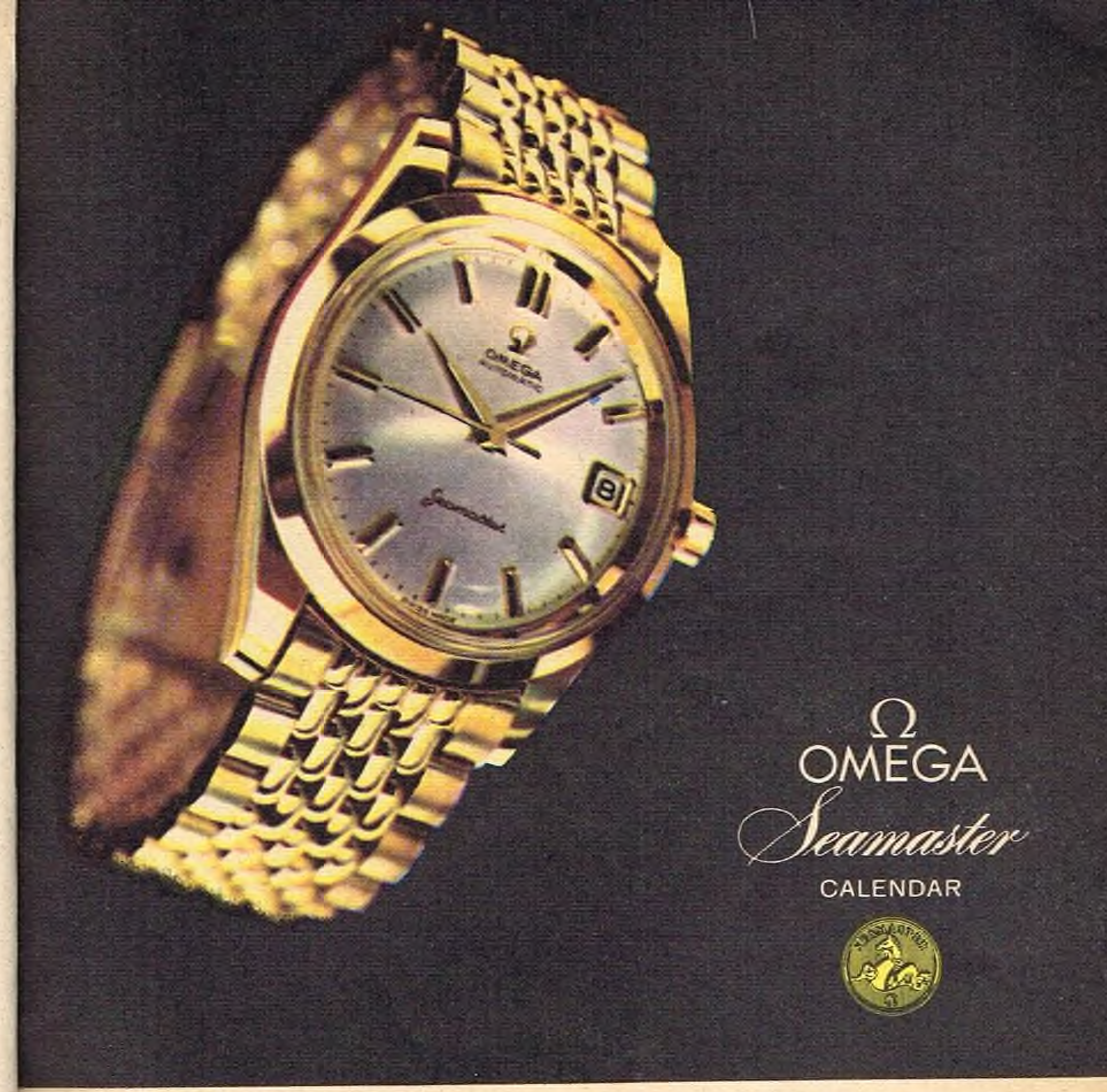
EN 1848 se presentó el problema de separación de razas en la Universidad de Harvard. Lo resolvió para la posteridad el rector Edward Everett con la siguiente decidida declaración: "Si este joven pasa los exámenes, será admitido; y si los estudiantes blancos resuelven retirarse, todos los ingresos de este plantel se dedicarán a su educación". —*The Vagabond*

SIR John Hunt, que encabezó la primera expedición al monte Everest, recibió al regresar de Nepal una ovación muy francesa, del Club Alpino de Francia. Tras una serie de ceremonias formales apropiadas para la ocasión, los llevaron a él y a sus compañeros montañistas a un cabaret del barrio bohemio. Con el salón a media luz, salió un grupo de bellas coristas, "absolutamente desnudas a no ser por la cuerda de alpinista que las enlazaba por la cintura, atada en una serie de nudos que no reconocí al momento". Luchando por llegar a una cima imaginaria, las muchachas lanzaron de pronto un grito de triunfo. Una de ellas izó un pabellón inglés mientras la banda prorrumpió estentóreamente en los acordes de *Dios salve a la Reina.*

—Fue encantador —recuerda Hunt—. Lo que hasta hoy no he logrado explicarme es ¿de dónde sacaron la bandera? —*Time*

JOHN ROCKEFELLER, hijo, era un individuo sumamente metódico y meticuloso. Igual que su padre, tenía verdadera pasión por los detalles, en los cuales siempre exigía la máxima precisión. Le gustaba medir las cosas y durante casi toda su vida llevaba una regla en el bolsillo. Su hijo Nelson recuerda que una de sus expresiones favoritas era: "El último cinco por ciento es lo que cuenta". Estaba convencido de que si uno cuidaba de ese último cinco por ciento —el acabado y el detalle— todo lo demás saldría a pedir de boca.

—Aline Saarinen, en *The Proud Possessors*



La característica más notable de este reloj deportivo es su extraordinaria precisión

Porque el Seamaster es ante todo un instrumento de precisión Omega creado para darle durante años la satisfacción de un funcionamiento sin fallos.

Es un reloj que puede llevarse tanto en una fiesta mundana (adviértase la pureza de sus líneas clásicas) como en el deporte submarino (es impermeable hasta 60 m. de profundidad). Esta gran variedad de uso es la que ha atraído a más de 1,5 millón de personas a comprar un Seamaster. Por ello ha llegado a ser el reloj deportivo más solicitado en el mundo.

Todos los modelos Seamaster son impermeables, antimagnéticos y a prueba de golpes. De oro macizo 18 quilates, plaqué oro o de acero inoxidable. La cuerda automática y el calendario son facultativos.

Para toda información referente a los modelos Seamaster y a sus precios, diríjase a los mejores relojeros de su ciudad. Ellos tienen los relojes Omega.

Omega se ha ganado la confianza del mundo

La risa, REMEDIO INFALIBLE

TANTO le agradó a un millonario de Tejas la travesía que hizo en el trasatlántico *Queen Mary*, que se empeñó en comprarlo. Le contestaron: "Lo sentimos mucho; no está en venta... Forma parte de una colección". — *Evening Standard* (Londres)

A BILL RUSSEL, popular jugador de baloncesto, que mide más de dos metros de estatura, le preguntaron si no le incomodaba ser tan alto.

—Mientras estoy en la cancha no —repuso Russell— pero fuera de ella es otra cosa. Cuando bailo con mi novia, me empaña el sujetador de la corbata. — S. T.

EL NOVIO rico le preguntaba a la corista si lo seguiría queriendo aunque se quedara sin dinero.

—¡Claro que sí! —contestó la chica—. Te echaría mucho de menos. — E. W.

DOS MUY estirados socios de un club elegante examinaban la nueva placa que habían puesto en el salón de juegos, la que rezaba: "Los defectos del prójimo los escribimos sobre la arena; sus buenas cualidades las grabamos en la memoria".

En eso se oyó un gran ruido en el piso inferior.

—¿Qué fue eso? —preguntó uno de ellos.

—Probablemente otra carretada de arena que acaban de traer —replicó el otro. — B. C.

—YA ES hora de ir pensando en el matrimonio de la niña —decía la esposa al marido.

—Será mejor que espere hasta que se le presente un hombre que le convenga —apuntó el esposo.

—¿Para qué? —repuso la mujer—. Yo no esperé. — *Ohms Newsletter*

"NO HACE mucho —informa el gerente de uno de los hoteles de gran lujo de Miami— llegaron aquí dos señoras que rivalizaban socialmente entre sí, ¡y había que ver los anillos de diamantes que gastaban! Créanme, durante las dos semanas que las señoras pasaron aquí no se dirigieron la palabra siquiera: ¡les bastaba hacerse relampagueantes señales con los brillantes!" — E. E. K.

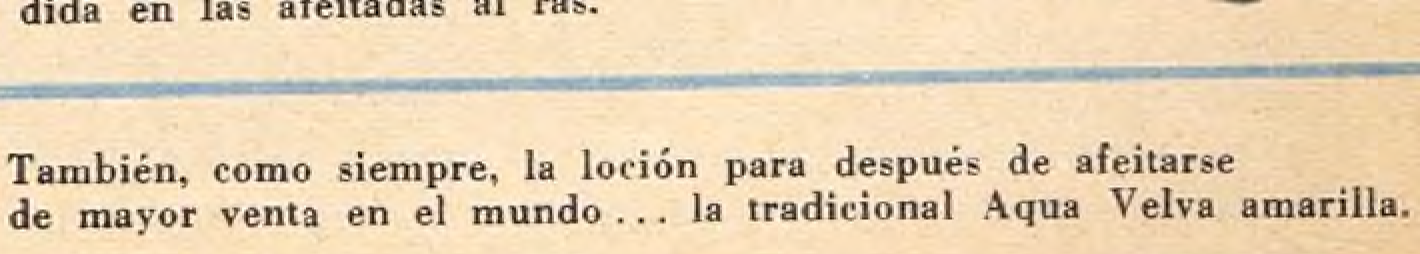
EN UNA clase de castellano para extranjeros había que cambiar a tiempo pretérito la frase: "Le da un presente". Un estudiante ingenuo escribió sin titubear: "Le dio un pasado". — N. M.

Ese hombre tiene un no sé qué...

Usa ICE BLUE AQUA VELVA

Moderna loción para después de afeitarse

Ice Blue Aqua Velva tiene un aroma decididamente masculino. Es tan refrescante como lo sugiere su color glacial. Además, contiene *Humectin:* un acondicionador especial de la piel que *revitaliza su cutis,* al ayudarlo a reemplazar la humedad natural perdida en las afeitadas al ras.



También, como siempre, la loción para después de afeitarse de mayor venta en el mundo... la tradicional Aqua Velva amarilla.

Humorismo militar

DURANTE la campaña de Mesopotamia, en la primera guerra mundial, los turcos abrían una nueva trinchera frente a nuestras filas, en la región de Kut. Habiendo trabajado asiduamente toda la noche, a la mañana siguiente ya no se les veían sino las puntas de las gorras y las palas. Nos dedicamos a dispararles, con ánimo de hacer blanco, ya en sus gorras, ya en sus herramientas. Uno de los adversarios había tomado la cosa con buen humor. Levantaba la pala por breves segundos y la retiraba en seguida. Nosotros hacíamos fuego contra ella sin éxito aparente.

Cuando, en un momento dado, la hoja de hierro desapareció por un rato más prolongado que de costumbre, pensamos que quizás algún superior aguafiestas habría ordenado a nuestro adversario suspender el juego. Mas en eso el instrumento reapareció, muy lentamente, cubierto en parte con un vendaje.

—H. H. R.

AL LLEGAR a mi consultorio un soldado que llevaba un gran parche en la cara y ostentaba numerosas contusiones, le pregunté:

—¿Cómo quedó el otro?

—Verá usted —me respondió—. Mi hermano, que es paracaidista, vino a visitarme el pasado fin de semana. Nos metimos en una taberna, donde mi hermano desafió a todos los presentes, alardeando de que sería capaz de zurrarles a cinco de ellos a la vez. Pero le diré, ¡yo tuve que ayudarle!

—L. D. C.

NUESTRO hijo de 17 años está en un centro de entrenamiento naval y en su correspondencia sólo hablaba de marchas forzadas bajo un sol abrasador, de prácticas de tiro al blanco y de toda suerte de incomodidades. Por eso nos sorprendió una de sus cartas que decía: "Me han trasladado a otra parte de la base. Ahora disfruto de una cama cómoda y suave, de cuatro posiciones. A mi lado tengo una jarra de agua fresca. Me han dado un guardarropa para mí solo. Me sirven las comidas en la cama. Al alcance de la mano tengo revistas, periódicos y un juego de damas y me dejan oír radio o ver la televisión todo el día.

"P. D. También tengo sarampión".

—J. H. E.

AL COMENZAR nuestro entrenamiento básico, el sargento del pelotón ordenó a todos los que tuviesen navajas entregarlas a la comisaría después de rotularlas.

—¿Los cortaplumas también? —preguntó un recluta.

—¡Cualquier instrumento cortante! —gritó el sargento—. No quiero que nadie en mi pelotón vaya a hacerse daño.

Acto seguido nos hicieron marchar hasta la comisaría. Una vez que habíamos entregado todos los cortaplumas, nos dieron el resto del equipo militar.

¿Y qué fue lo primero que nos entregaron? . . . ¡Una bayoneta!

—C. E. C.

UN GRUPO de reclutas recién llegados al campo de adiestramiento, se encontraba por primera vez durmiendo a la intemperie, bajo diminutas tiendas de campaña individuales. Mientras me paseaba por el vivaque, oí que una voz afanosa decía desde una de las tiendecillas:

—Oye, Pedro: ¿las tiendas para dormir tienen asa?

—No seas bruto —contestó el otro con fastidio—. Claro que no.

—¡Ah, caramba! ¡Entonces es que estoy durmiendo en mi talego de la ropa! . . .

—W. P. H.

DURANTE LOS últimos días de la guerra de Corea, se permitía a la tripulación de nuestro buque-escolta vestir con la mayor comodidad posible. Un día especialmente caluroso y húmedo, pasamos muy cerca del barco insignia de la escuadrilla y, en cuestión de minutos se recibió un radio firmado por el viejo y quisquilloso comandante: "¿Por qué anda su gente medio desnuda?"

Nuestro capitán que no se dejaba intimidar de nadie, repuso con igual laconismo: "Porque la obligamos a usar calzoncillos".

—J. F. X. H.

SIEMPRE que un piloto de las fuerzas armadas sufre un accidente, debe rendir un informe en que expone las causas que lo provocaron. Uno de los pilotos más jóvenes escribió en el suyo: "Creo que la causa de ese accidente fue educativa. Nunca se me debió haber aprobado en la escuela de aviación".

—A. W. A.

VIVIENDO cerca de una base militar donde prestaba servicio mi marido, me ví en el caso de acudir al cirujano dental para que me sacara una muela cordal. El cirujano, que tenía grado de coronel, no estaba; pero el practicante me dijo que, en caso de urgencia, él podía operar. Yo, desesperada por el dolor, le pedí que procediera.

El joven salió del consultorio y a poco regresó con un vaso de agua y una píldora sedante. Le dije con cierta petulancia que, aunque jamás me habían sacado una muela, estaba segura de que no necesitaría el sedante. A lo cual, enjugándose la frente, el practicante repuso:

—Pues yo tampoco he sacado nunca una muela, señora; así que, con el permiso de usted, yo me tomaré la pildorita.

—M. L. Q.




EN TODAS
LAS MEDIDAS
SWEATERS Y
CONJUNTOS
CualiCron
DE
tycora®
talles y colores para toda la familia,
en la línea CUALICRON de Tycora®

Selecciones
TOMO XLIII No. 257 — *del* Reader's Digest — ABRIL de 1962
Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

La ciudad perdida de los incas

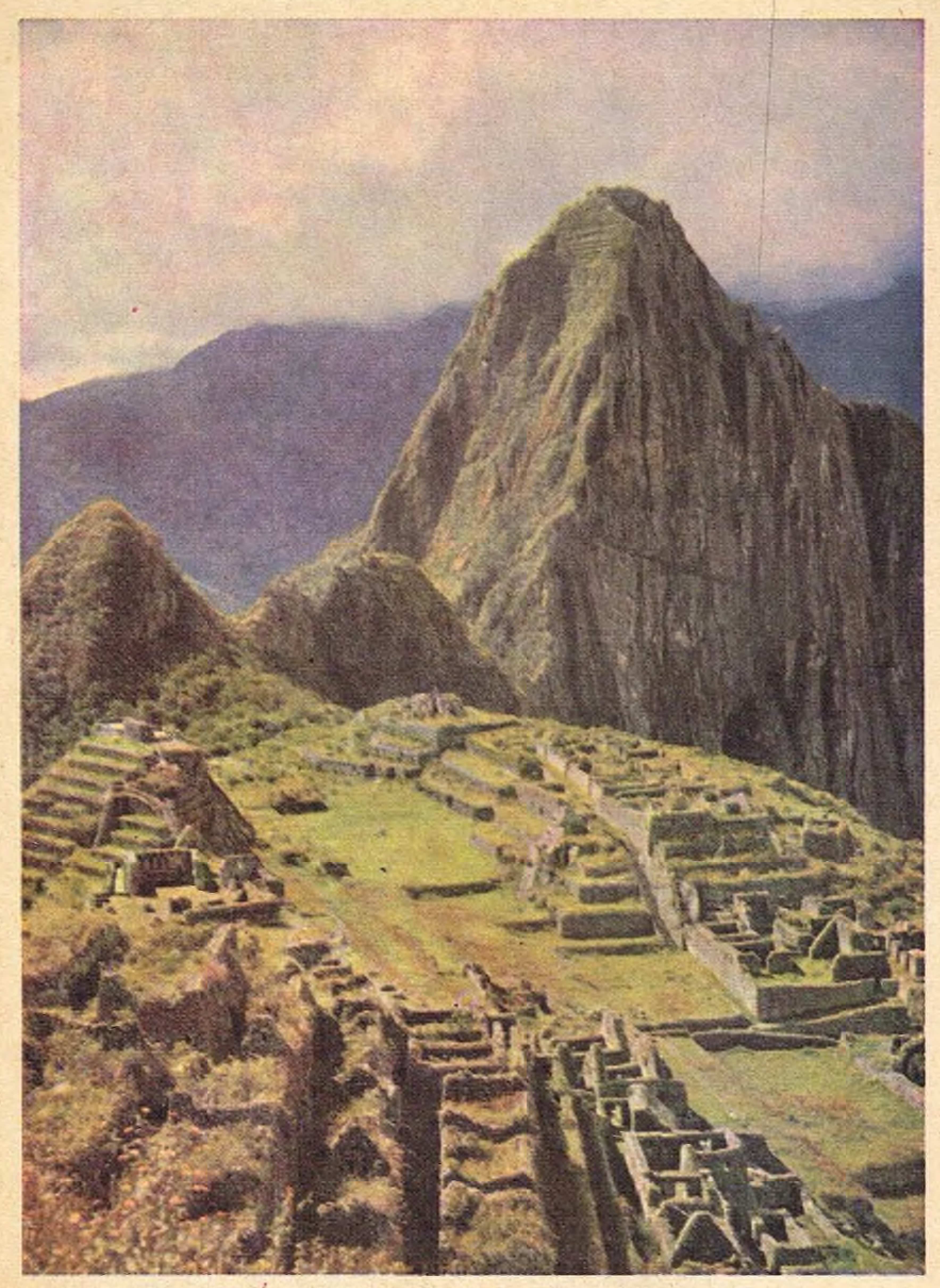
¿Quiénes fueron los constructores de Machu Picchu? La fabulosa ciudad, explorada hace 50 años, sigue siendo uno de los grandes enigmas de nuestro tiempo.

Por Harland Manchester

MONTADA peligrosamente sobre el lomo de la cordillera entre dos picachos escarpados de los Andes peruanos, pero protegida sin embargo por los farallones que la rodean, yace una portentosa ciudadela abandonada, que desde hace 50 años atrae a hombres de estudio y a turistas de todo el mundo. Acuden hasta allí para contemplar con asombro uno de los enigmas arqueológicos más fascinantes del Hemisferio Occidental y deleitarse con un paisaje de majestuosidad sin par.

Nadie sabe el verdadero nombre de la ciudad, pues éste quedó sepultado con los huesos de sus antiguos habitantes, pero se la llama Machu Picchu, o Picacho Grande, en honor de una de las dos montañas que la guardan. Durante los siglos que antecedieron a su descubrimiento, la selva, los bejucos y detritos vegetales escondieron los templos exquisitamente construídos de granito, los acueductos, las fuentes, las tumbas, las terrazas y las incontables escaleras de Machu Picchu.

¿Quiénes construyeron esta ciudad? ¿En qué época y con qué ob-



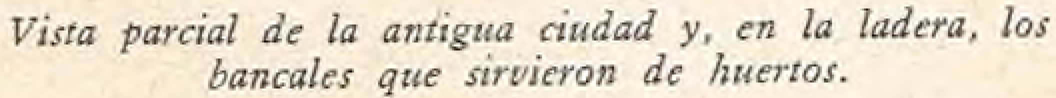
Las misteriosas ruinas incas de Machu Picchu en los Andes peruanos.

Foto: Barnell

jeto? Algunos investigadores suponen que fue edificada cien años antes de la Conquista, pero otros hacen remontar su origen muchos años atrás de esa época. Su espléndida arquitectura indica que alojaba personajes de prosapia real. En las fosas del cementerio se halló algo curioso: en sus últimos años Machu Picchu debió ser una ciudad poblada casi exclusivamente por mujeres, porque de los 173 esqueletos que fueron allí desenterrados, 150 pertenecían al sexo femenino. Muchos investigadores opinan que a raíz del colapso del Imperio Incaico, algunas sobrevivientes, las "mujeres elegidas" huyeron a ese antiquísimo retiro para ponerse a salvo de los españoles, y allí debieron vivir con gran fausto hasta su muerte. Luego la espesura cobijó su secreto. Contribuye a preservar el misterio el hecho de que los incas carecían de escritura. Nuestros conocimientos sobre su civilización dependen necesariamente de las crónicas de la Conquista.

Durante su mayor auge, alrededor de 1450, el Imperio Incaico comprendía las regiones que hoy forman el Perú, Bolivia, parte del Ecuador y algunas zonas de Argentina y Chile. Era un Estado gobernado autocráticamente que "cuidaba de que nadie padeciera hambre ni frío". El Inca unió con extensas redes de caminos todo su vasto dominio de cordilleras perennemente nevadas, inhóspitos desiertos y selvas impenetrables. Su sistema de correos o chasquis estaba tan bien organizado que, según se relata, el monarca podía disfrutar en su ciudadela de la sierra de pescado fresco trasportado desde las costas del Pacífico.

Hasta hace pocos años los viaje-


Vista parcial de la antigua ciudad y, en la ladera, los bancales que sirvieron de huertos.

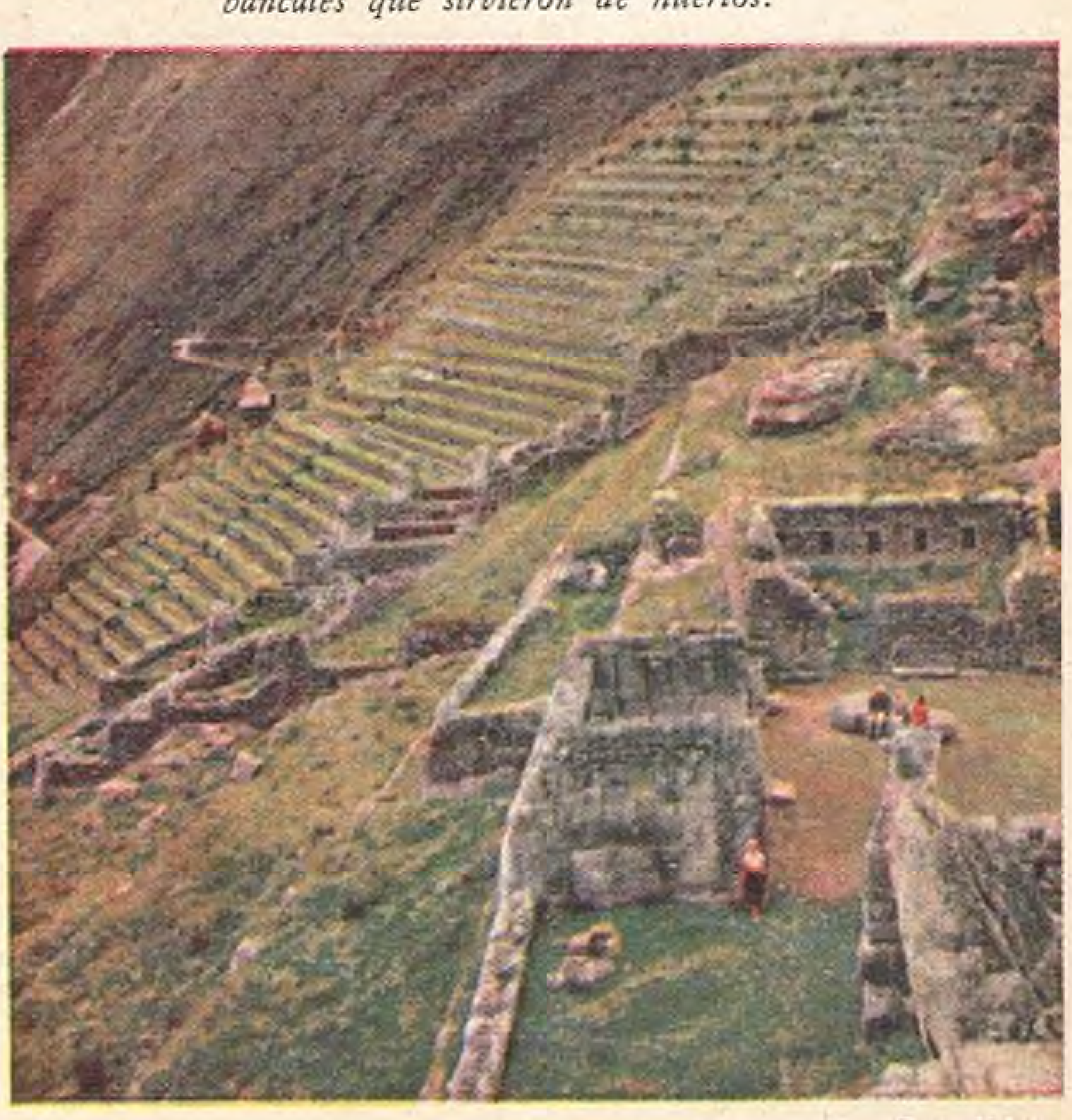


Foto: Héctor

ros hacían la última parte de su jornada a Machu Picchu a lomo de mula por la tortuosa senda que escalaba la montaña, bordeando precipicios escalofriantes. Hoy se va en avión en dos horas de Lima al Cuzco, la pintoresca capital del antiguo Imperio Incaico, situada a 3467 metros sobre el nivel del mar. Desde allí se desciende por ferrocarril de vía estrecha a lo largo del valle sagrado del río Urubamba.

Luego se entra por el desfiladero escarpado y sombrío que detuvo a los mosqueteros de Pizarro. La vía férrea se retuerce entre los peñascos oscuros y colgantes y los rabiones tonantes y rocosos del Urubamba. Antes de llegar a la ciudad hay una cuesta precipitosa de 600 metros de altura; desde allí los guerreros del Inca ahuyentaban antaño a los intrusos con hondas y mazos nudosos. En la actualidad, por una estrecha carretera de ocho kilómetros de largo y con varias curvas sumamente pronunciadas, se asciende la pendiente en un ómnibus conducido por un chofer indio que canta a voz en cuello para que los pasajeros no se fijen en los despeñaderos que caen hasta el río.

La carretera termina en una posada pequeña y acogedora, en la base de la antigua ciudad. Tras del descanso que exige la atmósfera enrarecida de esa gran altura, un guía conduce a los visitantes por el laberinto de 200 casas y templos sin techumbre.

Las calles silenciosas están pobladas por los espectros de monarcas lujosamente ataviados, de sacerdotes, guerreros y trabajadores que perecieron hace siglos. La aristocracia incaica, luciendo todas sus galas, ha debido ofrecer un espectáculo impresionante. Muchos vestirían mantos de delicada lana de vicuña, tejida para formar diseños tan complicados como llenos de color; otros despedirían destellos iguales a los de las aves selváticas, cuyas brillantes plumas empleaban para adornar sus tocados y bordar sus largas capas.

En 1911 llegó hasta Machu Picchu un joven profesor de historia iberoamericana de la Universidad de Yale, Hiram Bingham (posteriormente senador de los Estados Unidos) y escribió un libro notable titulado *Lost City of the Incas*, que despertó muchísimo interés. El año pasado, por ejemplo, más de 10.000 turistas la visitaron; pero antes de la época de Bingham la ciudad estaba guardada por la selva, por los reptiles ponzoñosos, los reciales y los riscos casi inaccesibles coronados de heleros majestuosos.

"Aquellas cimas nevadas me atraían", escribe Bingham. En sus primeras excursiones por los Andes, a lomo de mula, lo mismo que en las crónicas de la Conquista, halló noticias de la existencia de una "ciudad perdida", situada al noroeste del Cuzco, que los conquistadores nunca pudieron encontrar. Bingham siguió muchas pistas sin encontrar otra cosa que unas pocas chozas en ruinas al final del camino.

En julio de 1911, en compañía de dos amigos, hombres de ciencia, de varios auxiliares indígenas y de un sargento de policía que actuaba a guisa de escolta, comenzó a ascender a lomo de mula por el cañón del Urubamba en pos de una nueva pista. Durante tres días, a tiempo que los indios abrían una trocha en el monte, fueron subiendo trabajosamente por sendas traicioneras, cortadas en los declives, donde a veces hasta las mulas se resbalaban y tenían que ser haladas para salvarlas de caer al abismo.

Cierta mañana apareció en su campamento un campesino que les repitió el conocido cuento familiar de las ruinas que yacían en la cima de la montaña al otro lado del río. Era un día frío y lluvioso y los compañeros de Bingham, ya rendidos, no tenían ánimos para seguir subiendo. Bingham no abrigaba mayores esperanzas de descubrir cosa alguna, mas logró convencer al reacio campesino y al sargento para que lo acompañaran. Primero, sobre un frágil puente construído por los indios con ramas de enredaderas, cruzaron la rauda corriente del río. Después subieron a gatas la ladera cubierta de hierba, agarrándose de los arbustos. El sargento les gritaba advertencias sobre las serpientes venenosas que posteriormente les mataron dos de las mulas. Al final de una ascensión agotadora de casi 700 metros, llegaron súbitamente a una choza de paja. Dos indios les dieron a beber agua fresca. A la vuelta de aquel sitio, según les informaron, había un montón de casas y muros viejos.

Bingham dio vuelta a la colina y se quedó estupefacto ante el espectáculo que hoy se compara a una combinación de las pirámides de Egipto y del Gran Cañón del Colorado. Primero vio una serie de cerca de cien eras escalonadas, admirablemente construídas y sostenidas por muros de piedra, que medían centenares de metros: una especie de granja gigantesca que cubriendo la ladera se alzaba hacia el firmamento. Hacía quién sabe cuántos siglos, ejércitos enteros de albañiles habrían construído estos muros, cortando y trasportando las piedras a mano, sin contar con la rueda, ni con el hierro ni el acero. Otros contingentes de obreros habrían llevado hasta allí, desde el valle inferior quizás, toneladas de tierra para convertir el lugar en suelo cultivable que aún hoy es fértil. Detrás de las terrazas había más maravillas, entonces parcialmente escondidas por la maleza. Al año siguiente Bingham volvió al lugar, a la cabeza de una expedición científica que patrocinaron conjuntamente la Universidad de Yale y la Sociedad Geográfica Nacional de los Estados Unidos. Así fue revelado Machu Picchu al mundo.

La mayor gloria de Machu Picchu es su conjunto de magníficos muros inclinados. En el coronamiento de la ciudadela, donde se cree que los monarcas incaicos rendían culto a su antepasado el Sol,



los templos son ejemplo de la más portentosa obra de cantería del mundo, labor de generaciones enteras de maestros artesanos. Los entendidos en materia de herramientas y métodos de construcción observan admirados estas grandes paredes, y exponen diversas teorías. Toman nota de que no hay dos piedras iguales; cada una fue tallada para ocupar determinado sitio, con ángulos caprichosos y protuberancias meticulosamente labradas para encajar en las contiguas, como si se tratara de las piezas de un rompecabezas. En la construcción no se empleó mortero o argamasa; y sin embargo es tan exacto el empalme que entre dos piedras no se puede introducir ni la hoja de un cuchillo, tan justa es aquella obra. Las herramientas de los constructores eran cinceles y pesadas palancas de bronce y tal vez también arena, como abrasivo. Muchos de esos bloques pesan varias toneladas y han debido ser colocados en su sitio mediante el uso de rodillos, por cuadrillas de peones que los halaban con cuerdas hechas de bejucos. A más de un kilómetro de distancia, sobre la colina que domina la ciudad, se encuentra la antigua cantera donde varios bloques gigantescos a medio trabajar todavía, hablan de una obra en construcción.

Las principales calles de esta ciudad de las nubes están construídas en forma de escaleras; hay más de cien, grandes y pequeñas. La avenida central de escalones va desde el nivel inferior, pasando ante docenas de casas, hasta la cima de la urbe. En diversos puntos arrancan escalinatas laterales. Varias escaleras de seis, ocho o diez peldaños que conducen a algún palacio, fueron talladas, con su balaustrada, de un solo canto enorme de granito.

El sistema de abastecimiento de agua está formado por una ingenosa procesión de fuentes que divide irregularmente a la ciudad desde la parte superior hasta la inferior y que alguna vez puso agua fresca al alcance de las mil personas, más o menos, que la poblaban. Conducida por acueductos de piedra desde los manantiales que están a unos dos kilómetros de distancia, loma arriba, el agua era llevada hasta las fuentes a través de un complejo sistema de agujeros perforados en los pesados muros de granito. En la parte alta de cada fuente manaba un chorro de agua para que las mujeres pudieran llenar sus cántaros, y caía a una pequeña alberca tallada en la roca de abajo para pasar luego, a través de un nuevo cauce, a la próxima fuente que formaba parte de esta larga cascada.

Visto desde las montañas que la dominan, Machu Picchu se eleva al cielo como una fortaleza inexpugnable que podía ser defendida por un puñado de hombres. Allá abajo, la cinta plateada del Urubamba se retuerce como una herradura alrededor de la base de la ciudad. En la cima de los dos picachos, a unos 600 metros sobre el turbulento río, hay dos atalayas de piedra desde las cuales los centinelas escudriñaban

el valle y enviaban señales cuando se aproximaba algún intruso.

Dos murallas, una interior y la otra exterior, así como un foso, completan las defensas naturales de la ciudadela, amén de un sistema intrincado de cerraduras tallado en la puerta principal. Un conjunto tan complejo de elementos de protección sugiere que la ciudad ha debido ser un baluarte interno muy importante del imperio y quizá un santuario dedicado al culto a los antepasados y a otras prácticas religiosas. En el sitio que él denominó la plaza sacra, Bingham encontró los restos de un templo señorial de granito blanco con un trono ceremonial y muchos nichos que han podido guardar objetos de veneración. Pero el más impresionante de sus descubrimientos fue el hallazgo de los muros primorosamente tallados de una de las mansiones, que tienen "tres ventanas que miran hacia el sol naciente", tal como la legendaria casa real de donde se dice que partió el primer Inca para fundar su dinastía.

La ciudad entera se eleva al cielo para culminar en un objetivo sagrado: el tradicional reloj de sol de los incas, que medía las estaciones para aquella gente andina que practicaba el culto del Sol. En un rito solemne que tenía efecto en el solsticio de invierno, los sacerdotes "ataban" el Sol a un plinto que descansaba en una plataforma, tallado todo de un solo canto de granito.

En pleno auge del Imperio Incaico había en todas las provincias del reino escuelas especiales donde las jóvenes más bellas y talentosas eran adiestradas para servir en casa del soberano o de sus nobles, así como para oficiar en ciertos ritos religiosos. Muchas de esas escuelas fueron destruídas por los españoles, y Bingham señaló la posibilidad de que tal vez un grupo de las damas sobrevivientes había sido trasportado secretamente a Machu Picchu para mantener vivo el milenario culto al Sol, la Luna, el trueno y las estrellas hasta que los forasteros blancos fueran arrojados del suelo patrio. Mas, una a una, fueron muriendo las mujeres con el paso de los años. La selva cubrió sus templos y no quedó nadie que pudiera relatar su vigilia.

Es posible que Machu Picchu y todas sus antiguas glorias sigan siendo siempre un enigma. Y nadie pude contemplar desde la cumbre de la ciudad la grandeza vasta y abrupta de los altos Andes, sin preguntarse: ¿Qué otras secretas fortalezas, qué otros templos ahogados por la selva yacen al otro lado de las montañas?



BIEN PUEDE decirse que con la educación no se pretende trasformar a nadie . . . sino simplemente abrir el entendimiento a todos, para que puedan pasar de la seguridad absoluta, hija de la ignorancia, a la duda razonada.

— E. P. B.

Berlín: historia de una crisis y un símbolo

El ex-presidente de los Estados Unidos, el caudillo de la victoria aliada sobre Alemania, aclara algunas cosas en un auténtico relato de los sucesos históricos que condujeron al actual atolladero.

Por Dwight Eisenhower *Condensado de "The Saturday Evening Post"*

No SERÍA necesaria una encuesta a fondo para demostrar que en esta difícil era, la inquietud y la preocupación suplantan con excesiva frecuencia aquellos sentimientos de confianza y seguridad de que antes se enorgullecían nuestros ciudadanos. Casi todos los días llegan personas a mi despacho que me preguntan: "Mi general, ¿habrá guerra?" y también, casi sin excepción: "¿Lucharemos por motivo de Berlín?"

Juzgo imposible hacer un análisis inteligente del actual debate mundial sobre Berlín sin remontarme a los antecedentes de la historia. En las postrimerías de la segunda guerra mundial, cuando se decidía la condición jurídica de Berlín, los dirigentes de nuestro gobierno se daban cuenta de los peligros que implicaban nuestras negociaciones con los Soviets. Mas debemos recordar que en la lucha contra Hitler la Unión Soviética colaboró plenamente con los Aliados. Nuestras relaciones previas con los Soviets, desde luego, no habían sido de naturaleza tal que nos inspiraran gran confianza en sus amistosos propósitos. Sin embargo, en los años de 1944 y 1945 los pueblos del mundo tenían derecho a esperar que, como fruto de comunes sacrificios, se establecería una base de comprensión sobre la cual

sería posible instituir un mundo consagrado a la paz.

Los dirigentes del Occidente estaban sinceramente empeñados en establecer esa base como punto de partida de mejores relaciones. Aunque hoy parezca que esos esfuerzos fueron inútiles, ilusorios e, inclusive, desacertados en algunos casos, podemos señalar el hecho de que los Estados Unidos y la Gran Bretaña hicieron todo lo posible y razonable para lograr que los Soviets nos acompañaran por la senda que conducía hacia un mundo fundado en el imperio del derecho.

En mayo de 1944, cuando los Aliados se preparaban para la invasión de las costas del noroeste de Europa, Forrest Davis, escribiendo en *The Saturday Evening Post* acerca de la conferencia celebrada en Teherán a fines de 1943, dijo:

> "Le parecía (al presidente Roosevelt) que la creación de un recíproco espíritu de confianza entre los Tres Grandes era más conveniente que el logro de acuerdos concretos. Roosevelt, arriesgando los más vastos intereses que estadista alguno haya puesto en juego, ha venido apostando a que la Unión Soviética necesita la paz y está dispuesta a colaborar con el Occidente para obtenerla. En Teherán el Presidente se opuso enérgicamente a cualquier entendimiento específico sobre el porvenir de Alemania, por considerarlo prematuro".

Si ésta es una interpretación correcta del modo de pensar del presidente Roosevelt en aquella época, y no creo que haya motivo alguno para ponerlo en tela de juicio, entonces podemos comprender más cabalmente que en los acuerdos de 1944-45 sobre la división de Alemania no se hubieran mencionado concretamente los derechos de acceso a Berlín, omisión que, en el clima político actual, parece muy extraña.

Mas a las decisiones tomadas entonces no se llegó precipitadamente. A fines de 1943 fue establecida una comisión asesora sobre asuntos europeos que se reunió en Londres, integrada por los representantes políticos de los Estados Unidos, la Gran Bretaña y la Unión Soviética, cuya tarea consistía en formular recomendaciones sobre el gobierno de una Alemania derrotada y proponer los límites de las zonas que cada una de las potencias asociadas debería ocupar dentro del territorio alemán. Cuando en 1944, nos enteramos en mi cuartel general que el plan de la comisión señalaba a Berlín como capital de Alemania y fijaba tales límites a las zonas de ocupación que aquélla quedaría en plena jurisdicción soviética, comenzamos a vislumbrar graves dificultades.

En enero de 1944 hablé por primera vez con el presidente Roosevelt y el general Marshall sobre la futura ocupación militar. En esa ocasión propuse que la ocupación total podría llevarse a cabo más fácilmente si se evitaba la creación de zonas nacionales; opinaba yo que

dentro de un gobierno cuatripartito que rigiera toda la región, ninguna nación tendría oportunidad para plantear dificultades. Mas ya en ese entonces el Presidente parecía haberse comprometido con la Gran Bretaña y la Unión Soviética a dividir a Alemania en zonas de ocupación.

A fines de enero y comienzos de febrero de 1945, el primer ministro Churchill, el Presidente y sus colaboradores, a la sazón camino de Yalta, se detuvieron en Malta para celebrar una serie de conferencias preliminares de índole bilateral. Envié a esa conferencia a mi jefe de estado mayor, el general Bedell Smith, para que expusiera nuestros planes de operaciones y expresara mi convicción personal a nuestros superiores estadounidenses de que los Aliados occidentales lograrían, por la fuerza de sus armas, establecer una línea mucho más al oriente de la propuesta por la comisión asesora como frontera entre la zona soviética y las de los Aliados de Occidente. Considerábamos que si nuestros superiores políticos estaban de acuerdo con nuestro criterio, podrían reclamar el derecho a ocupar una parte de territorio alemán mayor que la recomendada entonces. Evidentemente, la intervención del general Smith no logró hacerles cambiar de opinión. En efecto, posteriormente me convencí de que las autoridades aliadas habían llegado a la conclusión de que todo intento de modificar en forma alguna el plan recomendado, habría provocado una disputa entre Oriente y Occidente, acaso un "veto", y grave perjuicio a las relaciones entre ambos bandos.

Es necesario recordar, empero, que como miembro de las fuerzas armadas, no tenía yo la responsabilidad oficial de asesorar en materia política. El único motivo que me llevó a plantear tales asuntos (y lo hice de manera puramente oficiosa), fue que en las ocasiones en que tuvimos oportunidad de tratar con los militares soviéticos, habíamos observado en ellos tal suspicacia y arrogancia que había vacilado la confianza que de otro modo pudiéramos haber puesto en la buena fe de Stalin. En todo caso, mientras que los jefes de nuestros gobiernos se dirigían a Yalta y luego entablaban negociaciones con los Soviets sobre asuntos de alcance mundial, nosotros, los miembros de las fuerzas armadas, concentramos nuestros empeños en lograr la victoria sobre Hitler.

A comienzos de la primavera de 1945 se elaboró el plan definitivo de los Aliados para la invasión de Alemania. Gran parte de nuestras fuerzas se encontraban aún al oeste del Rin, a unos 500 kilómetros de Berlín, y el río Elba, que constituía un serio obstáculo militar, se interponía en nuestra ruta de avance. Entretanto las fuerzas soviéticas estaban apostadas a sólo 50 kilómetros al oriente de Berlín, y ningún obstáculo de importancia se alzaba frente a ellas. Esperábamos que desatarían su ataque decisivo en cual-

quier momento. En vista de los elementos tiempo y distancia, por tanto, parecía poco probable que los ejércitos aliados pudieran participar en el asalto a Berlín, ni mucho menos realizar semejante operación por cuenta propia.

Estas circunstancias, aunadas al hecho de que, *según previo acuerdo político, todo territorio conquistado por nosotros dentro de la zona asignada a los Soviets sería necesariamente entregado a éstos*, me hicieron llegar a la decisión personal de concentrar nuestros esfuerzos en otros dos objetivos primordiales. El primero consistía en completar la aniquilación de las fuerzas de Hitler a la brevedad posible, como lo exigían fundamentalmente las órdenes que recibiera en 1944. El segundo era capturar y ocupar aquellas regiones fuera de Alemania no asignadas aún a las diversas potencias victoriosas, ya que toda rápida acción en dichas zonas podría contribuir a poner bajo la jurisdicción de Occidente una mayor extensión territorial.

Sin embargo, cuando hacia fines de marzo de 1945, el primer ministro Churchill se dio cuenta de que nuestras fuerzas avanzaban más rápidamente de lo que había creído posible, se mostró en desacuerdo con mi plan, el cual había sido comunicado con anterioridad a Stalin para fines de coordinación. Churchill recomendaba enérgicamente la conquista de Berlín por parte de las fuerzas aliadas como objetivo importantísimo y me pidió que dedicase todos mis esfuerzos a tal fin. Considero inútil intentar ahora una extensa explicación sobre las dificultades que implica cualquier alteración radical de una vasta acción militar, una vez iniciada. Los jefes del estado mayor de los Estados Unidos conocían muy bien la propuesta del Primer Ministro, mas seguían apoyando mi plan por considerar que se prestaba a destruir las fuerzas que le restaban a Hitler y a consolidar la victoria del modo más rápido.

No efectué cambios de importancia en el plan, por la sencilla razón de que sabía muy bien que las decisiones políticas ya concertadas constituirían un impedimento para la ocupación permanente de Berlín por nuestras fuerzas. Por otra parte, desde el punto de vista puramente militar, un ataque aliado a la capital alemana hubiera sido poco aconsejable.

Posteriormente en Berlín, el mariscal Zhukov, comandante soviético, y yo pudimos resolver a menudo las dificultades que se presentaban en relación con nuestros respectivos mandos. Mas ambos carecíamos de autorización para tratar asuntos que no estuvieran claramente estipulados en los documentos políticos básicos que la comisión asesora de asuntos europeos redactara en 1944 y que los gobiernos aliados aprobaron en febrero de 1945. Dichos documentos adolecían de muchos puntos oscuros, especialmente de la falta de rutas específicas de acceso, y los soviéticos

no accedían a ninguna revisión o interpretación oficial de aquellos, que pudiera dar a los Aliados derechos más amplios o mejor definidos.

Seguí al frente de las fuerzas norteamericanas hasta fines de noviembre de 1945. Entre esa fecha y el día que llegué a la Casa Blanca en 1953, no cesaron de ocurrir toda clase de grandes y pequeñas dificultades con respecto a Berlín. Durante esos años ocupé diversos cargos que me mantuvieron en contacto con ciertos incidentes provocados por la intransigencia soviética.

El mayor peligro que tuvo que afrontar el Occidente durante todo ese período fue, sin duda, el bloqueo establecido por los Soviets en 1948 sobre las vías terrestres de acceso a Berlín, crisis que el general Clay logró salvar mediante su valerosa determinación, apoyada por los gobiernos respectivos, de abastecer a la ciudad por medio de un verdadero "puente aéreo". Hacia la primavera de 1949, cuando los comunistas se dieron cuenta de que estábamos resueltos a conservar a Berlín Occidental y a defender las posiciones aliadas en esa ciudad, accedieron al fin a desistir del bloqueo si el Occidente, por su parte, suspendía su "contrabloqueo" y concurría a una conferencia de ministros de Relaciones Exteriores que se celebraría posteriormente en ese mismo año. El bloqueo terminó el 12 de mayo de 1949.

En dicha junta, celebrada en París, se convino que las autoridades de ocupación "celebrarían consultas acerca de Berlín sobre una base cuatripartita". Una de las finalidades de esas consultas, así como de los acuerdos que de aquéllas resultaron, era la de "aliviar los efectos de la actual división administrativa de Alemania y Berlín", especialmente "por medio de la expansión del comercio y el desarrollo de las relaciones económicas y financieras entre la Zona Occidental y la Oriental y entre Berlín y ambas zonas".

Más significativo aún fue que los cuatro gobiernos estuvieron de acuerdo en que las autoridades de ocupación, *"cada una en su propia zona, tendrán la obligación de tomar las medidas necesarias para garantizar el funcionamiento y utilización normales de los trasportes férreos, fluviales y viales para el movimiento de personas y mercancías . . ."*

La reciente construcción por los Soviets de un muro que separa los sectores oriental y occidental de la ciudad constituye un monumento de piedra y alambre de púas a la perfidia soviética. Es un escarnio a los acuerdos solemnemente aprobados por los Soviets en aquella conferencia de París. Más aún, ese muro es una confesión de debilidad de parte de los comunistas; con él reconocen el fracaso de su sistema, el cual no ha logrado ni el respeto ni la lealtad de sus propios pueblos. Porque el objeto de esa muralla no es el impedirnos el paso, *¡sino el evitar que se escapen sus infelices y oprimidos habitantes!*

Después de tomar posesión de la presidencia de los Estados Unidos, la situación de Berlín siguió en un estado de constante agitación. Durante los dos períodos de mi administración, insistimos en hacer comprender con toda claridad a la Unión Soviética que las potencias occidentales considerábamos que nuestra posición en esa ciudad estaba amparada por un derecho y un principio que estábamos decididos a defender, y que cualquier medida soviética contra aquella posición tendría las más graves consecuencias. Ello quería decir, desde luego, que no podíamos permitir que los Soviets fueran minando los derechos de los Aliados. Para contrarrestar los efectos de cualquier bloqueo parcial en el futuro, organizamos una red de depósitos de materiales y pertrechos para la ciudad de Berlín Occidental. Subrayamos, sin embargo, que tales medidas y un nuevo "puente aéreo" serían tan sólo disposiciones suplementarias en apoyo de otros procedimientos más enérgicos en defensa de nuestros derechos en Berlín.

Una circunstancia que, desde 1953 a 1955, ocasionó una desusada cantidad de estudios respecto a la cuestión alemana y de Berlín por parte del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, fue la constante presión ejercida para que se celebrara una conferencia en la cumbre entre los jefes de gobierno de los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética. En forma consecuente me negué a considerar favorablemente ese proyecto mientras no hubiera, por parte de los Soviets, alguna acción que probara, con hechos y no únicamente con palabras, que la actitud de éstos era más razonable. Uno de los principales conflictos entre Oriente y Occidente era la cuestión de Austria. Aunque las grandes potencias habían acordado un tratado de paz para ese país, los rusos habían diferido deliberadamente la firma. Tras largos e inexplicables retrasos, los soviéticos decidieron repentinamente, casi dos años después de la muerte de Stalin, firmar ese tratado y este acto pareció indicarnos que los dirigentes del Kremlin iban a adoptar una actitud más responsable que la demostrada hasta la fecha. Con la esperanza de descubrir y cultivar nuevos campos de entendimiento, nuestro gobierno accedió a asistir a una conferencia en la cumbre, la cual se acordó finalmente que se celebraría en Ginebra, en julio de 1955.

El asunto más importante que allí se planteó fue la división de Alemania, con el problema conexo de la situación en Berlín. Tras de extenso debate, se acordó la realización de elecciones libres en Alemania para determinar la suerte y la posición de toda la nación; mas la Unión Soviética jamás ha hecho cosa alguna para dar cumplimiento a este acuerdo ni para aliviar la tirantez que ha rodeado a Berlín. De haberse aplicado otros de los convenios de Ginebra, habrían tenido

un efecto tan directo como favorable sobre Alemania y Berlín, pero a la postre todos fueron repudiados por los Soviets.

Durante los tres años siguientes no se operó ningún cambio de importancia en la situación. Pero como consecuencia del ultimátum de los Soviets de noviembre de 1958, en el que anunciaban su intención de firmar en el término de seis meses un tratado de paz con la Alemania Oriental que pondría fin, según ellos, a los derechos aliados en Berlín, el conflicto adquirió nuevas y amenazadoras perspectivas.

Mas una vez que hubo hecho este anuncio, Kruschef pareció querer congraciarse con el Occidente. Emprendió una serie de visitas a otras naciones e invitó a Moscú a varios jefes de gobierno. Los informes procedentes de diversas fuentes, así como sus propias declaraciones, indicaban que el dirigente soviético creía llegado el momento de una nueva junta en la cumbre. De ninguna manera podía yo acceder a tal conferencia, mientras pendiera sobre nuestras cabezas ese ultimátum. Asumí la actitud de que sería ridículo negociar a base de una amenaza soviética: nosotros teníamos todo el derecho a estar en Berlín y mantendríamos ese derecho por cualesquiera medios que fueran necesarios. Aunque no propuso nada nuevo sobre qué negociar, yo estaba dispuesto a darle la oportunidad de demostrar por medio de los hechos la sinceridad de sus palabras y en consecuencia decidí invitarlo a visitar los Estados Unidos en setiembre de 1959.

Mis conversaciones particulares con Kruschef tuvieron lugar en los últimos días de su gira, en mi granja de Camp David, en el estado de Maryland. Por nuestra parte no descubrimos nada nuevo que nos hiciera pensar que otra reunión en la cumbre habría de ser más fructífera que la de 1955. Pero cuando en las conversaciones privadas que tuvo conmigo, el jefe soviético convino en retirar su ultimátum sobre Berlín, y en vista de que posteriormente cumplió esa promesa, opté por participar en una nueva conferencia, esta vez en París.

Al aproximarse la fecha de la reunión, tuvimos la desgracia de perder un avión de reconocimiento U-2 sobre territorio soviético. En un principio Kruschef, que estaba enterado de esos vuelos desde hacía años, pareció no dar mayor importancia al incidente. En el peor de los casos, lo más que podría suceder era que la conferencia se celebrara en un ambiente de tirantez. Mas al llegar a París declaró de repente que no asistiría a la junta a menos de que yo le pidiera disculpas en mi nombre y el de mi nación. Yo me negué a hacer tal cosa, claro está... y la conferencia no se llevó a cabo.

Y sin embargo, durante el resto de mi período presidencial, Kruschef no volvió a lanzar nuevas amenazas con respecto a Berlín.

No obstante, a pesar de amenazas y obstáculos, Berlín ha conti-

nuado progresando de manera sorprendente. En 1945, cuando finalizó mi mando en la segunda guerra mundial, contemplé una Alemania arrasada y vencida. En 1961, al terminar mi período presidencial, pude ver una nueva Alemania que había surgido de los escombros de la derrota y se aprestaba a tomar un lugar prominente entre las naciones libres y pacíficas del mundo.

El resurgimiento de Alemania Occidental desde el fin de la segunda guerra mundial demuestra claramente cuán acertada ha sido nuestra política de firmeza ante la agresión. El poderío industrial de ese país constituye una aportación gigantesca para la OTAN y para las defensas del Occidente. Jamás debemos borrar esta constancia de progreso abandonando, por considerarla demasiado rígida, cándida o inflexible, nuestra política de defensa del derecho adquirido: el derecho de las potencias occidentales de permanecer en Berlín, el derecho de Alemania Occidental a aliarse con las fuerzas de la democracia, el derecho de todos los alemanes a convertirse algún día en ciudadanos de una Alemania unida y dotada de libertad política.

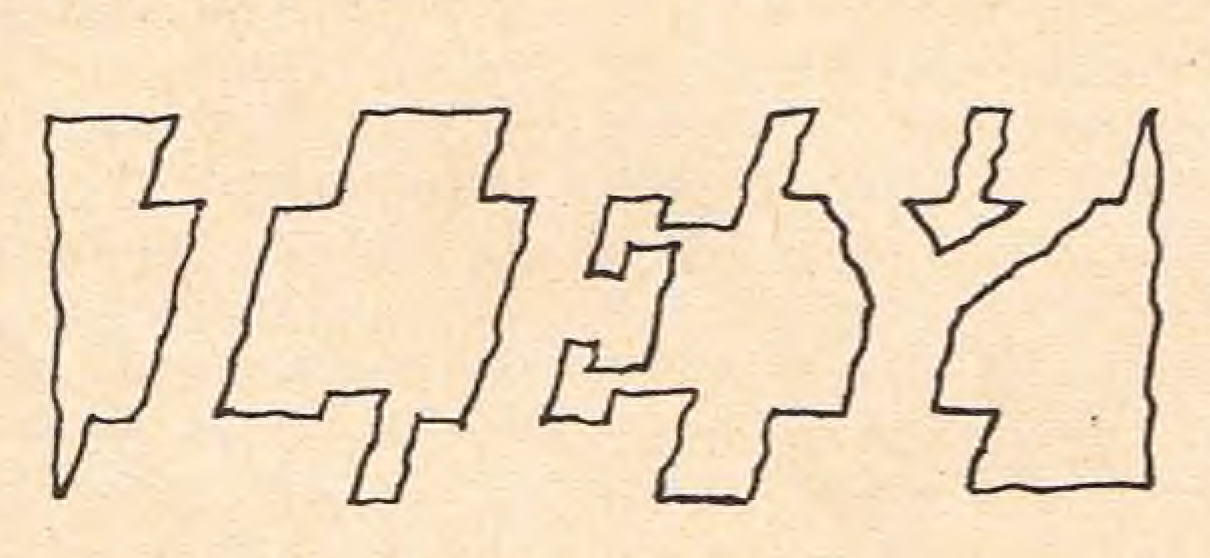
De todas estas experiencias e incidentes, mis colaboradores y yo llegamos a una serie de conclusiones:

- Berlín no es una ciudad asediada, sino más bien un símbolo: de principios, de buena fe y de firmeza para el Occidente; para los Soviets, una espina clavada en su misma carne, una herida infligida a su orgullo, un obstáculo a sus designios.
- Las promesas de los Soviets y aun los convenios suscritos por ellos, a menos de que estén apoyados por la certidumbre de su cumplimiento, no tienen valor alguno.
- Los rusos harán cuanto esté a su alcance por evitar una guerra nuclear total, mas emplearán todos los medios imaginables para propagar mentiras y tergiversaciones a fin de fomentar la confusión y el temor en todo el mundo libre. Con frecuencia nos acusan de "agresores capitalistas" y de colonialistas, mientras que ellos mismos mantienen sojuzgados por la fuerza de las armas a los pueblos de naciones europeas antaño libres. Los Soviets continuarán recurriendo a cualquier medio, amenaza, intimidación, engaño, soborno y mentira, que sirva a sus propósitos de dominación mundial.
- Los Soviets no tienen la menor intención de llegar a un acuerdo en que figure como condición necesaria la inspección efectiva por parte de las Naciones Unidas de las zonas comunistas que se requieran.
- El sistema del Estado policía está tan bien establecido sobre su propio pueblo y sobre los pueblos sojuzgados por ellos, que, de no mediar una guerra catastrófica, insensata y mutuamente destructiva, no desaparecerá hasta que el poderío y la firmeza de propósitos del mundo libre, así como el avance de la educación en todo el orbe, logren por fin consolidar tal oposi-

ción global que toda dictadura resulte insoportable e inconcebible.

De manera que no es posible que mis respuestas sobre los problemas de Berlín estén teñidas ni por el rosa del optimismo ni por el negro del pesimismo. A cuantos me visitan les digo que, si bien debemos estar siempre dispuestos a negociar, jamás hemos de acceder a cosa alguna que pueda, ni aun en grado mínimo, menoscabar la libertad. Debemos estar dispuestos a soportar durante años, aun durante decenios enteros, cuantas cargas exija la firme defensa de nuestras posiciones contra el clamoreo y las diversas formas adoptadas por la agresión de los Soviets. Las medidas que adoptemos para preservar y defender la libertad deben ir de acuerdo con nuestros propios estudios y análisis. Hemos de cuidar de que no se nos empuje a militarizarnos demasiado, en medrosa reacción contra las amenazas estridentes, o a suspender nuestra vigilia seducidos por el señuelo de palabras melosas.

Y lo que es quizás más importante: Debemos mostrarnos decididos a cumplir todos estos propósitos sin desfallecer, sin caer, como pueblo, en la desesperación o la desesperanza. Debemos reconocer una vez más, como ya lo hemos hecho en el pasado, que con frecuencia, la felicidad es fruto del sacrificio.



¿Qué ve usted?

¿Cómo interpreta usted lo que arriba ve representado? ¿Es usted de las pocas personas que se dan cuenta, inmediatamente, de su significado? Hay quién lo averigua en unos cuantos minutos; pero otros no lo saben hasta que se les dice que se trata, simplemente, de la palabra LEY. No es un truco ni requiere ninguna explicación, pero aquí se demuestra que no siempre vemos lo que tenemos delante de los ojos.

—L. R. S.



Una historia de amor

La historia del idilio de Isabel Barrett y Roberto Browning: una de las relaciones más entrañables de que se tenga noticia.

POR DONALD Y LOUISE PEATTIE

EN UN frío día invernal de 1845, una mujer reposaba en su sofá en el segundo piso de una casa situada en la calle londinense de Wimpole. Parecía que la vida ya podría depararle pocas cosas. Pequeña y delicada, con grandes ojos oscuros sombreados por largas pestañas, abundantes rizos que encuadraban su pálido rostro, y exquisitos

pies y manos, diríase una sombra que vestía un traje de terciopelo y se embozaba en el silencio de la alcoba cerrada. Se trataba de una solterona cuya primera juventud estaba ya lejana, de una inválida. Es verdad que esa reclusa había ganado una envidiable reputación como poetisa, pero su mala salud le cerraba las puertas del mundo. Durante seis años Isabel Barrett había permanecido prisionera en su cuarto, y el más sonoro ruido que llegaba a sus oídos era la respiración de Flush, su perro de aguas.

En esto el cartero llamó al número 50 de la calle Wimpole.

Isabel recibía bastantes cartas, pues su única ocupación era escribir. Mantenía una activa correspondencia, y además sus poemas le proporcionaban numerosas misivas de admiradores, muchas de las cuales ella arrojaba al fuego.

Mas no hizo eso con la que llegó aquel día. Aunque aún no podía saberlo, esta carta iba a ser una llave que abriría suavemente el cerrojo de su prisión. Era el primer episodio de una evolución que trasformaría a una solterona doliente en heroína de un idilio inmortal en la historia de la literatura.

Después de mirar la firma, leyó ávidamente: "Amo sus versos con todo mi corazón, querida señorita Barrett". Así comenzaba su impetuoso corresponsal, y luego seguía elogiando "esa grande y vívida poesía de usted", haciendo gala de una cálida comprensión que le llegó al alma.

"Como digo, amo realmente sus libros con todo mi corazón, y la amo a usted también. ¿Sabe que una vez estuve a punto de conocerla personalmente? El señor Kenyon me dijo una mañana: ¿Desearía que le presentara a la señorita Barrett? y fue a anunciarme, pero volvió diciendo que usted no se sentía bien. Regresé a mi casa. ¿Nunca la podré ver?

"De todos modos, era necesario que esos poemas se escribieran y que despertaran el agradecido y sincero orgullo y la alegría de su devoto admirador,

Roberto Browning".

Esa carta fue una ráfaga de verdadera felicidad para Isabel. No conocía al autor, pero sí su obra, aunque todavía no había alcanzado tanto éxito como la de ella. En ese momento le pareció que lo veía rebosando franqueza, vigor y amor a la vida. Sin vacilar, le contestó.

"Le agradezco de todo corazón, señor Browning" . . . comenzaba, y luego seguía haciendo comentarios sobre el arte de escribir, como un poeta que se dirige a otro. Mas no se le pasó inadvertida la interrogación con que él había terminado hábilmente su referencia a la ocasión en que estuvo a punto de conocerla. "Los inviernos me cierran todo horizonte, como cierran los ojos del lirón", escribió con cierta picardía, y después hizo una delicada semiinvitación: "En la primavera veremos". Elogiando una vez más sus poemas, terminó "Su agradecida y sincera amiga, Isabel Barrett".

De esta suerte comenzó una correspondencia única en la historia de las letras. En aquella afectada era victoriana, ambos expresaban sus sentimientos con tanta franqueza como lo hacemos hoy, si bien con exquisita delicadeza. Y las cartas, que fueron y vinieron diariamente o día por medio, hasta sumar 573, revelan el desarrollo de una de las relaciones más bellas y completas de que se tenga noticia.

La libertad de que gozaba Roberto Browning contrastaba con la reclusión de Isabel. Vivía éste con unos padres indulgentes y una hermana afectuosa en una agradable casa situada en los alrededores de Londres, y dedicaba su tiempo y energías a escribir versos. Asiduo lector desde muy joven, debía gran parte de su cultura a su padre, hombre versado no sólo en la literatura de Francia, Italia y España, sino también en la griega.

Mas el horizonte de Roberto no se limitaba a la vida doméstica. Era asimismo bien recibido en sociedad, pues tenía aspecto distinguido, y realzaba su rostro fino con patillas negras, tan de moda entonces como sus guantes color limón. Viajó a Rusia como secretario de un diplomático, y estuvo dos veces en Italia, que siempre fue una segunda patria para él. No obstante, al regresar a Inglaterra se sintió a la deriva, desorientado, y experimentó la necesidad de encontrar algún ideal que lo guiara. En ese estado de ánimo abrió dos volúmenes publicados mientras él se encontraba en el extranjero: los *Poemas* de Isabel Barrett.

Roberto Browning comenzó a hojearlos, absorbiendo "la música fresca y extraña, el rico lenguaje, la emoción exquisita, conmovedora, y las ideas nuevas y valientes". Él, que se había creído incapaz de amar a mujer alguna, hallaba ahora en ese reino ultraterreno donde los poetas descubren su verdadera personalidad, a la única mujer en el mundo que podía atraerle. Por último tomó pluma y papel: "Amo sus libros de todo corazón, y también la amo a usted". . .

Estaba enamorado de un alma y de una inteligencia, y en verdad en aquel momento Isabel Barrett era bien poco más que eso. Ya había renunciado a toda esperanza de retornar a la vida activa. De niña le había sobrado vitalidad; era la hija mayor de una familia numerosa y próspera, y vivía en un lugar de Herefordshire llamado *Hope End* (Fin de la esperanza). Sólo un hombre tan insensible como Eduardo Moulton-Barrett podía haber bautizado así su hogar, mas él era una "persona muy peculiar", como escribió luego Isabel. Heredero de una regular fortuna, había estudiado en Harrow y en Cambridge, mas pronto se convirtió en absoluto tirano de su casa. Y a su mujer, que era de carácter suave, después de darle 12 hijos, no le quedaron energías para luchar con él; en cuanto a los niños, jamás se atrevían a contradecirle.

Sin embargo, Isabel tuvo una ni-

ñez feliz. Jugaba y estudiaba con el mayor de sus hermanos, aprendía griego y francés, leía con voracidad y escribía tragedias poéticas. La suya propia comenzó a los 15 años con una tos rebelde y una lesión en la espalda. Tanto su espina dorsal como sus pulmones se resintieron y su salud empeoró. Pronto falleció su madre, y cuatro años después su padre decidió vender la heredad campestre. La numerosa familia vagó durante años a merced del capricho paterno, hasta que Eduardo compró la casa de la calle Wimpole. Allí se agravó la dolencia de Isabel, quien se refugió en la sombra y en el silencio.

A medida que pasaba el tiempo la familia se iba acostumbrando a la vida retirada de la poetisa. Ésta poseía cierta independencia económica, pues un tío le había dejado una modesta herencia. Sus hermanos y hermanas carecían de tal ventaja, y estaban por tanto a la merced de los tiránicos caprichos de Eduardo Moulton-Barrett, los que pesaban eternamente sobre la casa como truenos en un día de tormenta. El principal era la prohibición absoluta de contraer matrimonio. No permitió que se casara su hija Enriqueta, joven alegre y amiga del baile, y las escenas que entonces tuvieron lugar afligieron profundamente a Isabel, quien sin embargo permaneció fiel a su padre, pues según escribió, él conservaba "el mayor poder sobre mi corazón". Esta devoción hacía más infranqueables los muros de su prisión.

Mas las cartas del desconocido Roberto Browning, que comenzaron a llegar casi diariamente, fueron como golpes en esos muros, como mensajes de libertad. El poeta había interpretado la tímida frase de ella "en la primavera veremos" como una invitación formal a visitarla entonces, y no bien cesaron los rigores invernales afirmó que la primavera había venido. "La mía llega más tarde", le respondió la inválida, pero reafirmó su promesa. Finalmente, un martes por la tarde a fines de mayo, Roberto Browning entró el número 50 de la calle Wimpole y subió la escalera que lo condujo a la habitación de techo bajo donde ella lo aguardaba. Se había abierto una brecha en la prisión.

Refiriéndose a esa primera visita, Isabel dijo luego simplemente: "Desde que entraste, ya nunca te fuiste". Esta vez Roberto no estaba enamorado sólo de un espíritu. Sin esperar más, le escribió diciéndole que se había enamorado locamente de ella. La carta afligió a Isabel, y se la devolvió. (Esa es la única misiva que falta en la correspondencia, publicada después en dos volúmenes.) Contestó a su impetuoso enamorado prohibiéndole que volviera a hablar de tal cosa, mas la carta era cordial, y terminaba: "Con recuerdos agradecidos de su amiga".

Ambos seguían entendiéndose muy bien por escrito, y así lograban una intimidad mayor que la proporcionada por las visitas, las cuales pronto se hicieron semanales.

La presencia de Roberto fortalecía a Isabel, quien comenzó a sentirse capaz de levantarse del sofá y andar por el cuarto. En mitad del verano se decidió a salir fuera para tomar el aire. "¡Ahora sí que me siento vivir!" exclamó. En cuanto a Roberto, se animaba ya a escribir cada vez más como un enamorado, y ella no se lo prohibía, aunque su máximo temor era que su mala salud le fuese a arruinar a él la vida.

Porque a pesar de todos los esfuerzos de Roberto a ella le resultaba muy difícil sacudir los resabios de sus largos años de inválida y la devoción a su padre. No obstante contar ya 40 años, Isabel se encontraba sujeta a la voluntad paterna.

Mas el abuso del poder provoca la ruina de los tiranos. Al terminar el verano, se habló de enviar a Isabel a un clima más benigno, posiblemente a Italia, para que escapara a los rigores del invierno londinense. Su médico insistía en que hiciera el viaje, y uno de sus hermanos y su hermana Arabel estaban dispuestos a acompañarla. Pero en el último momento el padre se opuso inexorablemente, e Isabel cedió, pues no podía indisponer a sus hermanos con él. Al mismo tiempo se dio cuenta, quizás por primera vez en su vida, de que ese amor paternal en que ella tanto confiaba era sólo formidable y posesivo egoísmo. Las cadenas que la habían aprisionado toda la vida se rompieron y, al apartarse tristemente de ese padre al que ya no podía considerar guía y apoyo, su corazón encontró otro dueño: Roberto Browning.

A partir de ese momento sus cartas respondieron con ardor a las de él; las palabras cariñosas fluían de ambas plumas. Roberto comenzó a llamarla por su apodo familiar, "Ba", y al mediar el invierno ella firmaba "siempre tu Ba". Aunque estaba perdidamente enamorada, los obstáculos le seguían pareciendo insuperables. El peor era su debilidad física. Animada por Roberto, luchaba por recuperar sus fuerzas, dejaba su cuarto y bajaba al salón, cosa que no había hecho los inviernos anteriores. Mas aún temía convertirse en una carga para él, y mayor todavía era su miedo de que se descubriesen sus relaciones sentimentales. Si eso ocurriera, su padre destruiría las cartas antes de que llegaran a manos de su hija, y a Roberto se le prohibiría la entrada a la casa. Al aumentar la pasión aumentó también la tensión nerviosa; hasta el perro Flush la experimentaba; un día mordió a Browning y recibió un suave castigo por su acto.

Al acercarse la primavera, los enamorados decidieron que la única solución posible era huir juntos a Italia. Sin embargo Isabel la postergaba. Ya salía a menudo con el fin de fortalecerse; llegó hasta pasear por el parque Regent, lo que le causó "una emoción sumamente extraña", y a hacer algunas visitas. Todo esto robustecía sus alas, pero el verano iba llegando a su fin. ¿La iría a encontrar prisionera otro invierno?

En ese momento su padre, sin darse cuenta, la obligó a tomar una determinación.

"Esta noche se nos ha anunciado un edicto", escribió alarmada Isabel a Roberto el 10 de setiembre. Su padre había ordenado a la familia que dejara por un mes la casa de la calle Wimpole, a fin de que ésta fuese decorada de nuevo.

"Si te vas, nuestro matrimonio se demorará por lo menos un año", le contestó Roberto al punto. "Ya ves lo que hemos ganado con esperar. Debemos casarnos inmediatamente e irnos a Italia. Hoy solicitaré el permiso; la boda podría tener lugar el sábado".

Esta vez Isabel no vaciló. El sábado 12 de setiembre de 1846, salió por la mañana de su casa con una criada fiel de apellido Wilson, aparentemente para visitar a una amiga. En mitad del camino se desmayó, pero un frasco de sales traído desde una farmacia vecina la ayudó a reponerse. Por fin ambas mujeres llegaron a la iglesia, donde Roberto aguardaba en compañía de un primo suyo. De pie y juntos los enamorados cambiaron los juramentos que debían unirlos para siempre. Agotada, Isabel volvió con la criada a la calle Wimpole; la huída se efectuaría cuando ella se sintiera más fuerte.

Sus hermanos todavía buscaban una casa donde la familia pudiera albergarse mientras duraran los trabajos de renovación. Aprovechando la confusión, Isabel pudo disimular sus preparativos para el equipaje, y luego se dedicó a escribir a su padre una carta en la que le pedía que la perdonase. Roberto interrumpió sus visitas, y en esto llegó la orden de dejar la casa de la calle Wimpole lo antes posible. Ya no se podía perder tiempo; las maletas de Isabel habían sido sacadas secretamente del edificio y enviadas a su nuevo destino. El sábado 19 de setiembre, una semana después de haber contraído matrimonio, Isabel y su criada bajaron por última vez la escalera llevando a Flush con ellas. No lejos de allí encontraron a Browning delante de una librería. Los esposos tomaron un coche de punto que los llevó a la estación del ferrocarril, y desde allí iniciaron la primera jornada de su viaje hacia el sol y la dicha.

Los años siguientes fueron idílicos: París, Pisa, Florencia, Roma; fuego de hogar, paz, poesía; y siempre un perfecto entendimiento entre marido y mujer. Isabel se robusteció y su salud experimentó notable mejoría. En la primavera de 1849 dio a luz un hermoso niño, lo que aumentó la felicidad del matrimonio. Regresaron a Inglaterra en varias ocasiones, pero la hija no logró nunca vencer el helado resentimiento del padre, quien se limitaba a devolver sus cartas sin abrirlas. Consideraba que Isabel había muerto para él, y de su matrimonio decía: "Debió haber pensado en el otro mundo".

Mas Roberto Browning, que la había salvado de aquél, logró a fuerza de cariño y de cuidados con-

servarla en este de luz y amor hasta 1861. Una tarde de junio Isabel sufrió en Florencia un ataque de bronquitis y empeoró de súbito. Se envió a buscar un médico, mientras Browning sostenía a su esposa. Más tarde él escribió: "Entonces, sonriendo siempre y conservando una expresión de felicidad en su rostro de niña, falleció a los pocos minutos en mis brazos, con su cabeza apoyada en mi mejilla".

Isabel Barrett Browning dejó un perdurable testimonio de su grande y pura pasión. Una mañana, en Italia, deslizó en la mano de Roberto un cuaderno de poesías, que luego se publicaron bajo el título de *Sonetos del portugués.* Uno de ellos constituye el más hermoso poema de amor que haya escrito en inglés mujer alguna:

¿Cómo te amo? Déjame contar las formas.
Te amo hasta la profundidad y la extensión y altura
que puede alcanzar mi alma, cuando busca a ciegas
los límites del Ser y de la Gracia ideal.
Te amo hasta el nivel más quieto, de la necesidad cotidiana,
a la luz del sol y el candelabro.
Te amo con la libertad con que se opone el hombre a la injusticia
y con la pureza de quien desdeña los elogios.
Te amo con pasión exacerbada por mis viejas penas,
y con la fe inocente de mi infancia.
Te amo con el amor que pareció perderse
cuando perdí mis santos . . . Te amo con el aliento,
sonrisas y lágrimas, de mi vida entera! Y, si Dios lo quisiera,
te amaré aún mejor después de muerta.



Con franqueza

El arquitecto inglés Sir Basil Spence decía haber recibido 700 cartas sobre el proyecto que había hecho para una nueva catedral en Coventry, y comentaba: "El 80 por ciento eran groseras. El restante 20 por ciento, muy groseras".

— *Journal,* de Milwaukee

Adlai Stevenson, embajador de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, contaba en un corrillo que la correspondencia recibida a raíz del debate sobre Cuba le recordaba las cartas que le llegaron a la viuda de Franklin Roosevelt poco después de haber aparecido en la televisión, en un programa de margarina.

Según Stevenson, la señora Roosevelt decía: "La opinión estaba dividida: la mitad se lamentaba de que hubiera comprometido así mi reputación; la otra mitad se alegraba de que la hubiera comprometido".

— *Herald-Tribune,* de Nueva York

Cómo se defiende el organismo contra las infecciones

La silenciosa e interminable batalla que sostienen los invasores microbianos con nuestras propias fuerzas protectoras

Por J. D. Ratcliff

Condensado de "Family Doctor", publicada por la Asociación Médica Británica

¿Se siente usted en perfecto estado de salud? Si es así, acaso le extrañará saber que, con toda probabilidad, su organismo ha sufrido ataques de tuberculosis, neumonía, tétanos y otras enfermedades, capaces en conjunto de matarlo más de una docena de veces. Porque dentro y alrededor de nuestro organismo pululan peligrosos conspiradores en constante acecho, y lo único que les impide enseñorearse en él es la tenaz vigilancia de diminutos defensores, siempre en guardia contra los ataques de la infección.

¿Qué es la infección? Lo que indica la palabra: que los microbios han establecido una cabeza de playa en el organismo y están a punto de lanzar una ofensiva. Veamos, por ejemplo, lo que puede sucedernos cuando pisamos un clavo o nos cortamos un dedo y no limpiamos la herida debidamente.

En la piel se encuentra siempre un enemigo formidable: el estafilococo, minúscula bacteria que se agrupa en racimos en forma de uvas, dispuesta siempre a ganar la entrada al ambiente oscuro y húmedo que existe debajo de la superficie. Cuando lo logra, queda listo el campo de batalla, y la encarnizada lucha que sigue supera en magnitud y complejidad a cual-

quiera de las guerras del hombre.

Los estafilococos, ya instalados en su reducida cabeza de playa, elaboran rápidamente sus propios refuerzos. Más o menos en media hora, cada globulillo enemigo se divide en dos. Media hora después, los dos nuevos microorganismos se reproducen. Sus potencialidades son fabulosas: ¡una sola bacteria puede tener mil millones de descendientes en 15 horas! A las fuerzas defensivas del organismo toca evitar que los invasores se multipliquen a tal velocidad.

Cuando suena la alarma, se dilatan los capilares de la región infectada, con lo que sus paredes se hacen lo suficientemente permeables para dejar salir hasta los espacios intercelulares a los destructores de bacterias, los fagocitos (glóbulos blancos). Éstos tienen un apetito voraz; son capaces de envolver hasta una docena de invasores a la vez y digerirlos.

Por algún medio, quizás químico, se avisa del peligro a todo el organismo. Las células de órganos distantes, como el hígado, el bazo y la médula ósea, comienzan a elaborar anticuerpos, misteriosas sustancias químicas que al parecer se adhieren a las células bacterianas y las vuelven inocuas. Existe una relación específica: cada anticuerpo es el apropiado a determinada variedad de microbios, y aparece como por arte de magia cuando se necesita.

El organismo hace frente en esas ocasiones a un peligro omnipresente. Si las bacterias logran avanzar desde su cabeza de playa, la infección se disemina rápidamente a otras partes del cuerpo; puede atacar a la sangre misma y producir instantáneamente una violenta septicemia que puede causar la muerte en 24 horas. Por tanto, debe cercarse esa cabeza de playa.

Mas los estafilococos no permanecen inmóviles mientras tanto, sino que lanzan nuevos ataques en los que utilizan sus recursos químicos. Uno de ellos consiste en segregar una enzima que disuelve el cemento intercelular, con lo cual abren nuevas brechas para difundirse. Sus pérdidas son tremendas, pero aun los estafilococos muertos son peligrosos, pues al entrar en descomposición liberan temibles toxinas capaces de destruir las células adyacentes del organismo y los fagocitos.

Exteriormente, las manifestaciones de la lucha se hacen visibles. La región se hincha a causa de los caídos en la interna batalla y se hace dolorosa por la presión sobre los pequeños troncos nerviosos. Pero la lucha prosigue implacablemente. De cada lado nuevos refuerzos llegan en apoyo de los innumerables millones de muertos y moribundos. Es una guerra de exterminio. Deben destruirse absolutamente todas y cada una de las bacterias. Por fortuna, el organismo suele estar a la altura de las circunstancias.

Los tipos principales de agentes infecciosos son las bacterias, los virus y los protozoarios. Veamos pri-

mero las bacterias. Comúnmente están consideradas como unos "bichejos", animales diminutos, pero en realidad son vegetales unicelulares: la vegetación más primitiva de la tierra, que al correr de millones de años ha invadido formas de vida superiores y se ha adaptado a ellas. Algunas variedades incluso han aprendido a vivir amigablemente con los animales y el hombre. Nuestro intestino, por ejemplo, aloja una fantástica población de microbios útiles algunos de los cuales elaboran vitaminas esenciales.

Al adaptarse al hombre, muchas bacterias han llegado a un alto grado de especialización. Los gérmenes que producen meningitis pueden ser relativamente inofensivos en la garganta, pero en el cerebro y la médula espinal resultan salvajes destructores de los tejidos. El estreptococo común habita pacíficamente en la boca, pero si logra llegar al corazón puede producir una infección que antes de la penicilina era 100 por ciento mortal. Algunas bacterias pueden ser nocivas casi en cualquier sitio adonde acierten a llegar. Por ejemplo, el estafilococo produce furúnculos en la piel, neumonía maligna en los pulmones, un tipo mortal de meningitis en el cerebro, y septicemia (envenenamiento de la sangre).

Las toxinas producidas por las bacterias son químicamente similares a los venenos de serpientes y algunas son increíblemente mortíferas. La del bacilo botulínico, la mortal bacteria que envenena los alimentos, es quizás la sustancia más ponzoñosa de la tierra. La pequeñísima cantidad de 0,085 de miligramo basta para matar a un hombre. Mientras algunas bacterias segregan estas toxinas solamente cuando mueren, otras, como el bacilo diftérico y el tetánico, arrojan continuamente sus mortales secreciones.

Algunas veces las bacterias matan debido a que causan lesiones mecánicas. En la pulmonía, por ejemplo, se alojan en diminutos espacios de aire dentro de los pulmones: rincones oscuros y húmedos, ideales para su reproducción. Al dilatarse los capilares del organismo para descargar fagocitos, dejan salir también líquidos de la sangre, que llenan gradualmente los espacios de aire. El pulmón, normalmente esponjoso, se torna duro, firme. Si se llenan suficientes espacios de aire, la víctima se sofoca y de hecho se ahoga en su propio jugo.

El organismo tiene diversas medidas defensivas para hacer frente a los peligros bacterianos. Por cada toxina segregada por los microbios, fabrica una antitoxina que obra como un neutralizador químico. Contra la tuberculosis, por ejemplo, el organismo tiene una defensa notable. Cuando el bacilo de la tuberculosis se aloja y multiplica en los pulmones hasta constituir una amenaza, el organismo elabora una cápsula de tejido fibroso alrededor de la región en peligro. Por lo general se deposita calcio en el tejido fibroso, con lo que, en efecto, se levanta

un muro de piedra en torno a la región invadida. Las radiografías muestran que la mayoría de los adultos tiene en sus pulmones esas regiones calcificadas: cicatrices de batallas libradas victoriosamente.

Los virus, casi tan abundantes como las bacterias, son mucho más pequeños. Casi todos están fuera del alcance de los microscopios ópticos y solamente pueden observarse con microscopios electrónicos. Llamados, con toda propiedad, "sustancias químicas vivientes", parece ser que ocupan una posición intermedia entre los cuerpos vivientes y los inanimados. Algunos pueden cristalizarse y colocarse en matraces, donde quedan en estado latente durante años. Luego, al contacto con tejido vivo, comienzan a reproducirse y se convierten en una verdadera caja de Pandora llena de diversas calamidades: poliomielitis, fiebre amarilla, sarampión, paperas, influenza, catarros.

Así como las bacterias nos dañan con las toxinas que elaboran, los virus atacan directamente las células del organismo. Tal vez segregan una enzima que por disolución abre una grieta en la pared de la célula. Una vez dentro de ésta, comienzan a consumir los alimentos destinados a la nutrición celular. Se reproducen prodigiosamente y acaban por destruir las células mismas donde se alojan; luego abandonan las células muertas o moribundas para ir a atacar otras.

Los virus, por su forma de atacar, tienen una ventaja enorme sobre las bacterias. Como viven *dentro* de las células, resisten más fácilmente los ataques de las fuerzas defensivas del organismo, así como la acción de las sulfamidas y los antibióticos. Tienen, empero, un punto vulnerable: cuando emigran de una célula destruída para ir a otro punto de ataque, pueden verse frustrados por los anticuerpos que circulan en la sangre.

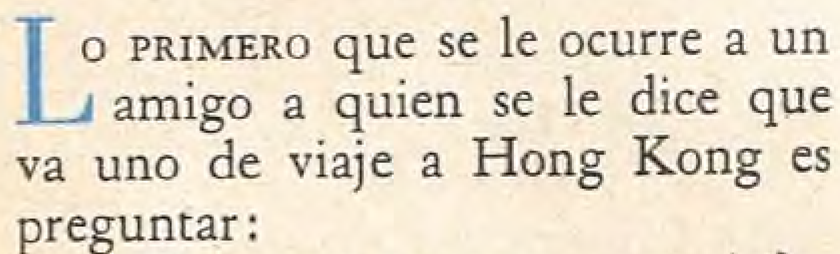
Los protozoarios, la tercera gran clase de productores de infecciones, son animales unicelulares diminutos (algunos de los cuales tienen incluso aparatos digestivo y reproductor rudimentarios), que causan enfermedades como la encefalitis letárgica (enfermedad del sueño, de África), el paludismo y la disentería amibiana. En general, el organismo combate a los protozoarios más o menos como a las bacterias y a los virus. Sin embargo, estas medidas defensivas son mucho menos eficaces, y las enfermedades producidas por protozoarios tienden a persistir durante años enteros.

Gracias a los activos y prodigiosos recursos defensivos del organismo, que se han desarrollado en el trascurso de los siglos, la humanidad ha podido sobrevivir al ataque constante de sus múltiples enemigos. Y actualmente, en las raras ocasiones en que los microbios llegan a adquirir superioridad, tenemos un arsenal cada vez mayor de antitoxinas, vacunas, sulfonamidas y antibióticos, valiosas armas para auxiliar al organismo en su incesante lucha contra las infecciones.

Reflexiones de un turista

Por Art Buchwald

*Condensado del libro "How Much Is That in Dollars?"**



Lo PRIMERO que se le ocurre a un amigo a quien se le dice que va uno de viaje a Hong Kong es preguntar:

—¿Te vas a comprar un traje?

Esa ciudad, que se ha convertido en el emporio mundial de las gangas, tiene una población de 3.239.548 habitantes, de los cuales 3.239.546 se ganan la vida como sastres. La competencia para medir la espalda de los hombres da a este protectorado británico el aspecto de una gran tienda dos días antes de Navidad. Ya antes de tocar tierra el avión que me llevaba, la azafata me dio una tarjeta para que la llenase indicando mi nombre, nacionalidad, número de pasaporte y si prefería chaqueta recta o cruzada.

En el aeropuerto, un funcionario de aduanas sacó una tiza del bolsillo y me hizo varias marcas en la bocamanga. En el autobús que me condujo a la ciudad, el conductor aprovechó una parada ante la luz roja para mostrarme varias piezas de paño y apartar una mezcla de lana y dacrón que elegí. Mientras firmaba el registro en el hotel, me tomó las medidas el jefe de los botones, que las cantaba al encargado de recepción. En el ascensor en que subí a mi piso me hicieron la prueba y antes de haber abierto mi maleta me entregaron el traje listo, pidiendo a la vez disculpas por la demora y la molestia, que se debían a que había sido necesario "preencoger" la tela antes de cortarla.

Desde entonces, por todas partes me han hecho pruebas de sastre. La

noche de mi arribo a la ciudad entré en una farmacia para comprar un cepillo de dientes y el dueño, mirando fijamente el traje nuevo que yo llevaba puesto, meneó la cabeza con pena y dijo:

—La manga está hecha en dos piezas, los puños mal terminados y le han puesto solapas en los bolsillos.

—¿Qué puedo hacer para remediarlo? —pregunté nervioso.

—Bueno, yo no soy médico, pero veré lo que puedo hacer —repuso, y sacó de los armarios de medicamentos una pieza de casimir inglés de diseño espigado, me dio unas revistas para que las hojeara y se puso a cortar. A la media hora el traje estaba listo y el hombre se quedó tan satisfecho de su obra que dijo:

—Ahora puede ir muy bien al Princess Garden y buscar alguna chica bonita.

Me dio la dirección y allí fui corriendo. Se trata de un famoso restaurante y salón de baile donde se paga un dólar y cuarenta por hora para bailar con una hermosa chinita. En cuanto me senté, una muchacha que parecía la combinación de Suzie Wong y la Mujer Dragón se aproximó a mi mesa y tomándome la mano, susurró:

—¡Qué americano apuesto! Bailemos un poquito y luego lo llevaré a casa.

—Pues, la verdad . . . —comencé algo agitado.

—No se preocupe. Lo voy a hacer muy feliz —replicó.

Una hora más tarde llegamos a su apartamento. Abrió la puerta, me hizo pasar y encendió la luz. En cada rincón del cuarto había un miembro de su familia que cosía a máquina. El padre comenzó por tomarme las medidas y que me ahorquen si media hora más tarde no salía yo con otro traje más.

El secreto está en la corteza

¿Cuál es el secreto del pan francés? Este problema lo viene estudiando Margaret Rudkin, presidenta de la famosa panadería norteamericana Pepperidge Farm, que, desde hace 37 años hace frecuentes viajes a París.

—El secreto —me ha dicho recientemente— está en la frescura de la corteza. Los franceses van a la panadería tres veces al día para tener pan fresco. Los norteamericanos prefieren ir una vez por semana y conservar el pan en la refrigeradora. Cuando uno se aficiona al pan francés, en realidad se debe a la corteza, que es exquisita y apetitosa.

Lo que me dijo la señora Rudkin me abrió las ganas de saber algo más sobre el pan francés.

He averiguado por tanto que para un francés el pan es lo que el paraguas para un inglés. Lo lleva en todo momento, con lluvia o con sol, y le sirve para muchas cosas. Se puede llamar a un taxi con el pan francés y usarlo para tocar a alguien en la espalda cuando hay que descender del ómnibus, para alejar a un gato del cesto de la compra y hasta para saludar al general de Gaulle cuando pasa.

Hay muchos tipos de pan francés. Al delgado y largo se le llama *la ficelle*, o sea "el cordel", y está compuesto principalmente de corteza, con muy poca miga. Desde luego, se quiebra fácilmente y como, por ser tan delgado, tiene puntas muy finas, hay que manejarlo más bien como un florete que como un sable.

La ficelle es excelente para sacarla por la ventanilla del automóvil a fin de avisar que se va a dar vuelta a la derecha, así como para señalar a los extranjeros los lugares más interesantes.

Le sigue en tamaño *la baguette* (la varita), que es el más popular. Se lleva *la baguette* como un fusil, con un extremo en la palma de la mano y el otro sobre el hombro. Si uno se encuentra en la calle con su jefe o su esposa, le presenta armas, poniendo el pan verticalmente frente a sí. Muchas personas que han sufrido accidentes al esquiar lo emplean también como bastón. Es de mala educación blandir *la baguette* como un palo por la calle.

Luego viene *le bâtard* (que quiere decir precisamente lo que el lector piensa), más corto y grueso que *la baguette*. Es muy útil para llevar en las manifestaciones políticas y como defensa cuando uno vuelve tarde a casa.

Le gros pain o pan grande es tan largo como *la baguette* y tan grueso como *le bâtard* y lo compran sobre todo las familias numerosas. Como es difícil de llevar, la madre envía todos los chicos a buscarlo y ellos lo traen a la casa como si fuera una escalera.

Por desgracia, algunos panaderos franceses han tratado de imitar el pan norteamericano que se vende cortado ya en rebanadas, pero como no sirve nada más que para comerlo no ha tenido mucho éxito en Francia.



"Bon voyage!"

He hecho estudios profundos sobre los turistas e identificado entre ellos un tipo que se está haciendo cada día más corriente. Poco tiempo atrás conocí a un matrimonio de norteamericanos que habían viajado un mes por Europa y terminaban en París antes de volver a los Estados Unidos. Sus impresiones eran tales como yo las había previsto. Él comenzó por confiarme:

—A Juana no le gustó Roma, pero yo opino que Venecia es peor.

—Eso es porque Enrique no tuvo los tropiezos míos —observó ella—. Yo sostengo todavía que es mejor pasar cuatro días en Venecia que dos en Roma.

—¿Tan malo fue? —me animé a preguntar.

—La verdad es que no fue tan malo como en Zurich —dijo el marido.

Juana asintió:

—Los dos le tomamos antipatía a Zurich. No nos entretuvimos allí ni un minuto. Lo detestamos casi tanto como a Copenhague.

—¿No les gustó Copenhague?

—¿Es que puede haber alguien a quien le guste Copenhague? —preguntó Enrique—. Nos desilusionó casi tanto como Londres.

—Que desde luego resultó horrible —añadió la mujer.

—Lo curioso —continuó él— es que yo detesté inmediatamente a Londres, pero creí que a Juana le gustaba y por eso dije que me encantaba.

—Y yo también —continuó ella—: pensé que le gustaba a Enrique y no quise decirle que Londres me resultaba odioso. Si lo hubiéramos sabido, habríamos salido disparados de allí.

—Pero, ¿a dónde habrían ido entonces?

—A Monte Carlo no, por cierto —respondió Enrique.

—No comprendo realmente qué le encuentra la princesa Grace a *ese lugar* —agregó Juana.

—Bueno, ¿qué les parece París, ahora que están aquí? —cometí la tontería de preguntar.

—Lo peor que hemos visto —fue la respuesta de Juana—. La gente no es nada amistosa y todo es carísimo. Por más que busco, no veo nada de especial en París.

—No cabe duda de que se da a Europa mucho más valor del que tiene —concluyó Enrique.

Me despedí de ellos en los Campos Elíseos. Enrique estaba explicando a Juana por qué no le gustaba el Arco de Triunfo y Juana le decía a Enrique por qué no le gustaba la Plaza de la Concordia. No habría sido posible encontrar en ese momento dos personas más felices.



La ciencia ha avanzado a pasos tan gigantescos durante los últimos años que, para un médico, resulta ya imposible diagnosticar que un paciente no sufre de ningún mal.

— E. W.

Espionaje en el mundo de los negocios

El robo de secretos de fabricación por empleados poco escrupulosos constituye un peligro cada día mayor. Los intereses en juego son de enorme magnitud, como se demuestra en este relato de lo que sucedió a una importante empresa.

POR JAMES DANIEL

Condensado de "The Evening and Sunday Bulletin"

UN DÍA de setiembre de 1959 entró precipitadamente en la sala de espera de la gran estación terminal de autobuses del puerto de Manhattan, un hombre delgado de unos 35 años, que llevaba en la mano una cartera de piel color café, y se dirigió sin vacilar a un hombre de cierta edad, acompañado por una muchacha elegantemente vestida. Sacó de la cartera cuatro frascos y se los entregó rápidamente al que esperaba diciéndole: "Aquí están. Dénselos a Bob". El señor de edad tomó los frascos, que contenían unos polvos de color blanco pardusco, y se los pasó a la muchacha, quien a su vez los metió en su bolso de mano. Inmediatamente las tres personas se separaron.

Para los centenares de neoyorquinos que caminaban apresuradamente de un lado a otro para subirse en los autobuses, conseguir un taxi o entrar en el ferrocarril subterráneo, la escena no tenía nada de sospechoso. Pero en realidad los dos hombres y la muchacha eran miembros de una banda de espías internacionales que venía operando con extraordinario éxito para robar valiosísimos secretos industriales en los Estados Unidos. En los frascos había muestras de un nuevo producto químico procedente de los laboratorios de la Merck & Co., Inc., de Rahway, estado de Nueva Jersey, una de las más importantes empresas de productos farmacéuticos del país.

Nueve meses más tarde, cuando la Merck lo tenía todo preparado para lanzar el producto al mercado, descubrió que, bajo nombre distinto, estaba ya pendiente de concesión de la patente un compuesto idéntico al suyo, y que cinco compañías —una de Inglaterra, otra de Francia, una tercera de Suiza y dos de los Estados Unidos— habían adquirido opciones para fabricarlo. En aquella fecha los espías y sus asociados se hallaban en camino de obtener unos beneficios que podían evaluarse en 7.800.000 dólares.

Hubo una época en que solamente el Gobierno tenía que preocuparse de las actividades de espionaje. Pero hoy, dada la competencia cada vez mayor que existe en el comercio mundial, los hombres de negocios han comenzado también a preocuparse por la seguridad de sus procedimientos industriales.

El episodio de la Merck, que es una verdadera novela de aventuras, revela los métodos utilizados por los espías industriales y la magnitud del botín que pueden obtener.

La historia comienza hace unos pocos años, cuando un joven y prometedor ingeniero de la Merck se matriculó en los cursos nocturnos del Instituto Politécnico de Brooklyn, una escuela de estudios superiores para ingenieros industriales que goza de gran reputación entre los fabricantes de productos químicos. El ingeniero, que más tarde sería conocido en el grupo de espías con el alias de Mello, se había distinguido en sus estudios universitarios y, más tarde, se matriculó en la clase que daba un brillante y poco escrupuloso químico y economista, europeo de nacimiento, al que conocía la banda de espías por el alias de Dr. Bradley.

El Dr. Bradley hacía resaltar ante sus estudiantes el gran valor económico de la información técnica de los Estados Unidos y la extraordinaria facilidad de acceso que tenían a ella ciertos empleados de confianza. Los estudiantes no debían escribir trabajos basados en libros y artículos, decía una y otra vez, sino visitar las industrias químicas y describir las operaciones que en ellas se realizaban. Muchas compañías de los Estados Unidos, que habrían cerrado sus puertas a un competidor, las abrían gustosas a los estudiantes del Dr. Bradley, y les enseñaban sus instalaciones.

En 1956, y a consecuencia de que los industriales se quejaron de que cada vez que uno de los estudiantes del Dr. Bradley aparecía por sus fábricas, los competidores obtenían alguna información valiosa, el Instituto Politécnico de Brooklyn lo suspendió discretamente de su cuadro de profesores. Sin perder tiempo, Bradley abrió una oficina en Stamford (Connecticut) y formó media docena de empresas dedicadas a la venta de técnicas industriales norteamericanas a ciertos clientes que buscó en el mundo entero. No pudiendo utilizar ya como agentes a los estudiantes, comenzó a publicar una hoja de información para la industria química, valiéndose de

los servicios de una red de "redactores técnicos" bien remunerados, contratados secretamente entre los empleados de las compañías de productos químicos.

Pronto empezaron a sentir los efectos de tales actividades las compañías en las que trabajaban los agentes del Dr. Bradley. Un fabricante de aditivos químicos para el petróleo, que intentaba extender su mercado a Europa, encontró el camino cerrado porque ya se estaban fabricando allí sus productos y en mejores condiciones económicas, pues la empresa europea no había tenido que hacer costosas investigaciones para obtenerlos. De igual modo, se estaba fabricando en el extranjero, con gran ahorro sobre los costos de perfeccionamiento de la empresa norteamericana que lo había inventado, un novísimo aparato electrónico, el capacitor de tántalo.

Bradley daba siempre a sus informantes la misma orden: "Tráiganme novedades". Por *novedades*, según explicaba, debían entenderse investigaciones de valor comprobado que no hubieran alcanzado la etapa de producción.

Aquí hace su aparición Mello. Una noche de fines del verano de 1959 Bradley lo llamó por teléfono para preguntarle: "¿Qué novedades hay por allí?"

No había errado el blanco. En Merck había, sin duda, algo novedoso. Tras dos años de laboriosas investigaciones, los químicos de la empresa habían descubierto que una falsa vitamina B servía para matar los parásitos intestinales productores de la coccidosis, plaga devastadora que diezma los gallineros. Los parásitos, en un momento crítico de su desarrollo, absorbían la falsa vitamina que los pollos habían tomado con su alimento, y morían de avitaminosis. El departamento de ventas de la Merck proyectaba obtener con este producto beneficios anuales de unos 14 millones de dólares.

"¡Eso es maravilloso!" exclamó Bradley. "¿Cuándo podemos vernos?" Mello y Bradley establecieron las bases de la conspiración. Mello robaría la fórmula del nuevo producto contra la coccidosis (que aún no tenía nombre comercial sino solamente un número de investigación: MK-234), juntamente con muestras del mismo y las correspondientes instrucciones para su fabricación, en tanto que Bradley pondría fecha atrasada a sus documentos y falsificaría el diario de experimentos para poder demostrar que su laboratorio había descubierto el medicamento antes de que lo hiciera Merck. A continuación Bradley concedería permiso de fabricación a tantas compañías como le fuera posible y, si Merck reclamaba, tendría que pagar a Bradley una fortuna para que éste abandonase el campo. Mello percibiría el 25 por ciento de los beneficios.

Al poco tiempo Bradley comenzó a recibir toda la información que obtenía Mello acerca de la MK-234, tan pronto como aquélla iba saliendo de los laboratorios de la compa-

ñía. El resultado fue que, a partir de diciembre de 1959, tres meses después de haberse iniciado la conjura, los competidores europeos de Merck estaban en posesión de todos los datos referentes al producto.

En la primavera de 1960 Merck destinó a Mello al Asia, para inspeccionar la construcción de una fábrica de productos bioquímicos que había decidido instalar allí. Como ya no podía obtener más informes, Bradley convocó una rueda de periodistas en el Canadá y anunció que acababa de descubrir un nuevo y maravilloso producto para la coccidosis al que había dado el nombre de Mepyrium. El anuncio fue hecho de modo que apareciera en los grandes titulares de la prensa farmacéutica, relegando el anuncio que Merck hacía de su MK-234 (que ya tenía el nombre de Amprolium) a las últimas páginas de la misma. Al estudiar la información dada por Bradley, los químicos de la Merck empezaron a sospechar que el Mepyrium y el Amprolium eran químicamente idénticos.

Casi al mismo tiempo Merck recibió otra ducha de agua fría. Había enviado sus representantes a Francia para adquirir la mayoría de las acciones de una gran compañía francesa de productos químicos y farmacéuticos, mediante lo cual Merck pensaba fortalecer su posición en el Mercado Común. Una vez firmado el contrato, los vendedores se vanagloriaron de haber comprado a Bradley un excelente producto nuevo para combatir la coccidosis, del cual hicieron una detallada descripción química.

Cuando los químicos de la Merck recibieron este informe en la oficina matriz llegaron al convencimiento de que Bradley no podía haber hallado simultáneamente un compuesto químico idéntico al que les había costado a ellos tanto esfuerzo, tiempo y dinero. Pero no poseían pruebas del robo. Si al estudiarse en Merck las técnicas de fabricación de la compañía francesa se demostraba que había una posibilidad, por muy remota que fuese, de que Bradley hubiera realizado su descubrimiento del Mepyrium de manera independiente, aquello supondría la pérdida de millones de dólares, ya que Bradley probaría su derecho previo a la patente y obligaría a Merck a pagar una suma fabulosa por derechos de explotación.

John Connor, presidente de la Merck, dijo entonces a sus abogados: "Tenemos que examinar cuidadosamente esos procedimientos de fabricación".

En efecto, una simple ojeada a los esquemas que poseía la compañía francesa disipó toda duda. Entre las muchas semejanzas que no podían deberse a simple coincidencia existía la presencia de dos grandes vasijas en el esquema del proceso de fabricación, que no desempeñaban función alguna en la manufactura del producto. El ingeniero de la Merck que se encargó de las reformas de una de las fábricas de la compañía para elaborar en ella

el Amprolium, había decidido dejar las vasijas en donde estaban por estimar que eran demasiado valiosas para condenarlas a la destrucción: y el esquema había sido reproducido sin cambio alguno.

Ante el tribunal de Essex (Nueva Jersey), se presentó contra Bradley una querella por adquirir propiedad robada. Con carácter accesorio Merck entabló una acción civil. Pero Bradley no se presentó ante los tribunales, ya que, unas horas antes de que los funcionarios del juzgado embargasen los archivos de su oficina de Stamford, había salido del país.

Merck aún no sabía cuál de sus empleados estaba confabulado con Bradley. Mas al cabo de varias semanas de detenidas investigaciones, Fred Bartenstein, asesor general de la compañía, se enteró de que Mello había estudiado bajo la dirección de Bradley y pidió sus antecedentes a la oficina de personal. Al mirar la solicitud de empleo, escrita de puño y letra de Mello, un silbido de asombro se escapó de sus labios.

"¿Qué sucede?" le preguntó uno de sus colegas.

"Este signo", contestó señalando un *&* hecho a mano, "estoy seguro de haberlo visto antes".

La comparación con los esquemas que poseía la compañía francesa reveló que en ellos aparecían repetidos ejemplos de aquel característico signo. Sin perder tiempo, Merck cablegrafió a Mello a la India: "Venga inmediatamente a Nueva York para celebrar consultas".

Dos días más tarde llegó Mello a Nueva York. Acudió a recibirlo un funcionario de la Merck, quien decía después: "Su sangre fría es increíble. O es inocente o se trata del mejor actor del mundo".

Al día siguiente, cuando la Merck puso ante los ojos de Mello las pruebas que tenía en su contra, todo su aplomo se vino abajo. Era bien claro que Bradley, ansioso de presentar antes que Merck su solicitud en la oficina de patentes, no se había preocupado de hacer nuevos esquemas y había utilizado copias fotostáticas de los originales. Aplastado, Mello confesó plenamente. Lo curioso es que su nombre no figuraba en la primera lista de sospechosos, puesto que su trabajo como ingeniero destinado a programas en el extranjero tenía poco que ver con la elaboración de nuevos productos.

Tan pronto como se levantó acta oficial de la declaración de Mello ante los tribunales, los teléfonos de la Merck comenzaron a sonar. Eran llamadas de otras compañías que también habían sido víctimas de Bradley. La Rohm & Haas, de Filadelfia, fabricante de productos químicos, descubrió que durante seis años uno de sus ingenieros había estado fotografiando informes de las investigaciones, con equipos suministrados por Bradley, tan pronto como aquéllas salían de los laboratorios. De este modo habían pasado a manos de sus competidores en el extranjero "muchos miles" de páginas y de muestras de sus secretos industriales.

Cuatro compañías han demandado ya a Bradley, pero es posible que trascurra mucho tiempo antes de que este maestro del espionaje comparezca ante los tribunales norteamericanos. Arrestado por las autoridades suizas, se le entabló juicio con relación a la venta fraudulenta de la patente contra la coccidosis a una empresa de ese país. Mas fue puesto en libertad bajo fianza de 46.000 dólares y después demandó a la Merck ante los tribunales franceses con la acusación de que dicha empresa había obtenido ilegalmente secretos industriales que le pertenecen.

Por lo que toca a Mello, probablemente haya escapado al proceso por haber actuado como testigo de cargo, a pesar de figurar su confesión en un documento público. Por lo menos esta confesión —que repitió ante la policía de Francia— ha logrado disuadir a las compañías que compraron a Bradley la patente del Amprolium de que la usen.

En febrero de 1961 la Cámara Internacional de Comercio pidió a los Estados Unidos y a otros gobiernos amigos que aprobasen leyes uniformes en sus respectivos países, con el objeto de poner fin al robo de secretos industriales, lo que es factible si se reconoce que los conocimientos industriales constituyen un valor real, comparable al de los bienes raíces o al del diseño de máquinas. Tal medida haría ilegal el pasar información de esa naturaleza, o utilizarla, sin el debido permiso.

"No hay duda de que es necesario llegar a un acuerdo mundial de ese tipo", dice Connor, presidente de la Merck. "El espionaje industrial es un delito que lesiona a los accionistas de la compañía cuyos secretos han sido robados, al privarles de su propiedad; que perjudica a los empleados al hacer imposible el aumento de sueldos y disminuir las posibilidades de colocación, y que también va contra los intereses del público, ya que, si no se protegen los frutos de la investigación, serán menores los incentivos para elaborar nuevos productos y mejorar los antiguos".



Fuera de concurso

Cierto club de jardinería abrió entre los maridos un concurso de arreglos florales con el tema de "La mujer amada". Llamó especialmente la atención uno hecho con muy buen gusto. Sobre una bandeja se destacaban montones de facturas provenientes de los diversos viveros, casas de semillas y vendedores de abonos. Entre ellas se habían intercalado los cheques cancelados con que habían sido pagadas y en medio de todo un fino florero azul, en el cual estaba el producto final: una margarita ajada y desfallecida . . . y artificial, por añadidura.

— R. V. D.



Cómo era una dama

Nuestras abuelas soportaban sus tribulaciones, disfrutaban de sus alegrías y daban a luz sin público aspaviento . . . y su vida estaba rodeada de una aureola gloriosa que el mundo ya nunca verá otra vez.

Por Agnes de Mille

Condensado de "McCall's"

LAS SEÑORAS de la generación de nuestras abuelas formaban un mundo aparte. Fueron las últimas mujeres dependientes de los hombres, y su existencia tenía un sabor y estaba rodeada de un prestigio nunca conocidos ni antes ni después. Resulta difícil creer que la gente haya podido cambiar a tal extremo en 50 años apenas.

Durante los primeros años de es-

te siglo, el sello distintivo de una verdadera señora era, sobre todas las cosas, la voz. Era ésta una voz de soprano, clara como una campana, dulcemente penetrante y, con frecuencia, de timbre delicioso. Las gargantas femeninas no sufrían entonces la irritación causada por el humo del cigarrillo ni por efecto de tener que alzar la voz para hacerse oír sobre el tráfico o en competencia con la radio. La voz de una mujer era una nota encantadora y cuando llamaba a un niño constituía un doméstico tema musical. Hasta un restaurante o una tienda era un sitio apacible. Parroquianas y vendedoras o camareras hablaban en susurros. La hora del té constituía un intercambio de cortesías y no la ferial gritería que hallamos en las actuales reuniones para tomar el coctel. Una señora jamás alzaba la voz. Jamás. La cólera misma guardaba silencio; el llanto se derramaba quedamente en diminutos pañuelitos del más puro lino, bastillados a mano y ornados con el monograma de su dueña, bordado a mano también.

En casa, el lema predilecto de mi madre era: "Domínate". Mi tío Cecil de Mille afirmaba invariablemente que ninguna señora de verdad podía ser actriz, porque las restricciones a que se había sometido le vedaban dar expresión visible a sus emociones. Aparte cualquier otro valor que pueda tener esta afirmación, resulta reveladora de su época y del punto de vista imperante.

Tanto como su voz, la expresión de una señora la identificaba como tal. Su expresión aparecía ante el mundo tal cual era, sin ayuda de lápiz o pincel. La belleza no contaba tanto como la sensibilidad, si bien, claro, tenía su valor. Y si la señora poseía una hermosa cabellera, la cultivaba como un jardín.

¡Ah, la cabellera femenina de ayer! Fluía, ondeaba, resplandecía, y las mujeres gustaban de tenderse sobre ella, de envolverse en ella, y hasta sobre ella se sentaban cuando les era posible. Los maridos gozábanse en acariciar la cabellera de la mujer, en cubrirla de besos, en desordenarla; en ella hundían manos y rostro. La mujer se enjuagaba el pelo con zumo de limón o con una infusión de manzanilla, y nunca, ni en ocasión ni por motivo alguno, se lo teñía. El recogerse los cabellos equivalía a lo que hoy supone pintarse los labios por primera vez, y el que la mujer le permitiera a un joven quitarle una horquilla o una peineta, constituía un primer paso hacia la intimidad y, a menos que ello estuviese debidamente sancionado, era presagio de deshonor.

La figura no tenía mayor importancia, sobre todo después de venidos los primeros hijos. Se esperaba de la mujer que fuese femenina, y esto en casi todos los aspectos, salvo el de una excesiva flacura. Una tez magnífica, sin embargo, se juzgaba esencial, y la conservación del cutis, sin valerse de artificios patentados, constituía una labor inmensa que reclamaba largo tiempo. La

mujer debía frotarse el cuello y la cara con hielo, beber agua caliente y zumo de limón y cuidar celosamente de su régimen de alimentación. Jamás exponía al sol parte alguna de la garganta o de los brazos. Las mejillas color de rosa silvestre, el cuello ebúrneo, las azules venas palpitantes de sienes y muñecas, el pecho nacarado con albura de muerte, eran en ese tiempo otros tantos elementos de belleza. Siempre que era posible, la mujer lucía las manos enguantadas, aun a la mesa en las comidas de mayor ceremonia. Cierta señora conocida mía se negó durante toda su vida a abrir las puertas por sí misma, por miedo que el tirador le dejara alguna señal en la palma; juzgábase que exageraba, diré.

El dominio indiscutido de las damas era el hogar, el cual exigía un verdadero gobierno. La comida se preparaba en casa en todas sus partes, incluyendo las conservas, jaleas, especias y encurtidos, salsas y condimentos. Los alimentos se echaban a perder con facilidad y resultaba difícil conservarlos. La compra diaria no se hacía por teléfono.

La población de una casa era por lo general numerosa, los accidentes ocurrían con frecuencia, las enfermedades se presentaban periódicamente y se iba al hospital sólo como postrer recurso. Los médicos se demoraban en acudir y cuando llegaban, venían desprovistos de sulfamidas. Así pues, toda señora de casa sabía, de necesidad, cuanto había que saber de primeros auxilios y del cuidado de los enfermos. En toda familia se cuentan historias de accidentes y heroicas medidas. Por ejemplo, en cierta ocasión mi abuela le hizo ingerir a la fuerza medio kilo de mantequilla a la sirvienta descuidada que había tomado un veneno para ratas. Eso sí, el remedio surtió efecto.

Los niños, desde luego, nacían en casa. Una señora no se limitaba a hacer la maleta y quedarse en espera de que los primeros dolores hicieran su aparición. Se preparaba una cama como en la sala de maternidad de cualquier hospital, con todos los materiales físicos necesarios y todos los implementos que tan violenta operación requiere. Los detalles de tales preparativos han desaparecido ya de la mayoría de los centros urbanos pero nos brindan un material de lectura tan curioso como espeluznante. Los preparativos se hacían calladamente, secretamente incluso, sin dejar traslucir al elemento masculino indicio inquietante alguno. Aquella extraordinaria madre en ciernes era capaz de hablar del parto (o mejor dicho, de la maternidad) como de una labor en que estuviese ocupada, al tiempo que, concienzudamente y con gran previsión, hacía almohadillas con periódicos cosidos entre sí, destinadas a absorber la sangre que bien sabía habría de correr en la habitación.

La mujer de la época de nuestros abuelos, a pesar de toda la atención que dedicaba a las maneras y gracias de la vida, a despecho de su

reticencia en lo tocante a cuestiones fisiológicas, vivía absorbida, guiada y sujeta por su vida corporal, como ninguna mujer de hoy necesita estarlo. El embarazo, por ejemplo, significaba para ella la suspensión de toda libertad, pues, al hallarse en tal estado, apenas salía de casa y sólo por la noche. Los niños podrían mirarla con asombro y hacer preguntas indiscretas, lo cual, claro está, no era de desearse. Aquel estado era cosa demasiado venerable para que se hablase de ello. La mujer encinta era un ser bienaventurado y henchido de esperanzas, objeto también de solícitos cuidados. Con todo, no debía mostrarse en público.

La señora de casa disponía de sirvientas que le hacían posible la ejecución de sus quehaceres y más llevaderas sus restricciones sociales. Aun la familia de modestos recursos contaba con una criada y a veces hasta con dos. Los sirvientes lo eran de verdad. Vivían para comodidad de la familia y no para su propio bienestar. Aun las más bondadosas de nuestras abuelas eran unas tiranas, bien capacés· de dar rienda suelta a su genio. Las pobrecitas doncellas y cocineras palidecían y buscaban dónde apoyarse en esas ocasiones, pues sabían muy bien que se les podía remplazar sin mayor trabajo.

La moderna costumbre de revelar a las amigas las iras y los agravios personales habría chocado a nuestras abuelas en lo más hondo de su sensibilidad. A la mujer no le estaba permitido el saber cosa alguna de los aspectos groseros de la existencia, es decir, nada de lo grosero que ocurriese fuera de los muros de su casa. Las mayores desdichas, como la bastardía, la embriaguez, la locura, el adulterio, tan parte de la vida entonces como ahora, se aceptaban con entereza y se sufrían en silencio sin comentarlas en absoluto delante de los niños ni de la servidumbre, y apenas sucintamente con el marido o con la amiga más querida, y a puerta cerrada.

Una señora jamás murmuraba; ciertamente, nunca lo hacía acerca de su familia. La señora empapaba con sus lágrimas un pañuelito más, ensartaba de nuevo la aguja con mano temblorosa y reanudaba su labor. La deslealtad para con el esposo se tenía por una infamia mayor que la traición a la patria. La señora jamás hablaba de su marido, salvo quizás con su confesor o, en circunstancias extremas, con su médico . . . y con nadie más, ni aun con sus hermanos.

Se consideraba a la señora como miembro del sexo débil y de ella no debía esperarse mucho; como, por ejemplo, que tuviera discernimiento en cosas del intelecto, que fuera desinteresada o que se mantuviera serena en presencia de un ratón. Lo que sí se esperaba de ella era que fuese firme, leal, honesta, bondadosa, pura, idealista, comprensiva, abnegada, clemente y estoica. Lo asombroso es que, en términos generales, tales eran las cualidades que solía mostrar. Y se las arreglaba pa-

ra conservarse afable a pesar de contar con pocos lenitivos: no fumaba, y tampoco bebía, a menos que lo hiciera, trágicamente, en secreto. Tampoco contaba con tiempo libre, ni con la oportunidad de viajar o de variar de ocupación. ¿Con qué contaba, pues? Con su religión, sus obras caritativas, sus jaquecas.

La mujer constituía entonces el faro de la existencia, el centro de gravedad, el núcleo, el eje, y los hombres esperaban de ella lo que de nadie hubieran exigido; nunca, desde luego, de sí mismos, ni de su propio presidente, alcalde, maestro o médico; ni siquiera quizás del cura de su parroquia. De ella exigían una integridad y un idealismo intachables.

Como todo principio absoluto, la mujer en el hogar resultaba un elemento perturbador, a veces difícil de sobrellevar para los niños. Mas prestó a las generaciones que ella sirvió un tono que no ha sido igualado en nuestros días: una especie de perfecto diapasón, con el cual debían armonizar los miembros todos de la sociedad en que vivía.

La joven de nuestra época encara situaciones que nunca habrían podido presentarse en la vida de su progenitora. Cada diez años se traza nuevos códigos de conducta y sufre radicales mudanzas con agotadora celeridad. Las perspectivas que se abren ante cada nueva generación son más y más audaces y más y más libres. Al menos, así lo esperamos. Por mi parte no estoy segura de que la joven de hoy sea más feliz. En último término, la felicidad es algo muy personal y va íntimamente ligada a la aptitud para amar. Nuestras abuelas lo sabían esto bien. La mujer de su tiempo vivía para los demás. Uno de sus timbres de gloria era su altruísmo. Su generación conoció la fe, la disciplina, un fin en la vida, en contraste con la ambición y el goce personal. Fue una generación que comprendió el valor de la galantería. En el recato de su existencia, la mujer de entonces representó lo que tal vez haya sido el último baluarte de la hidalguía.

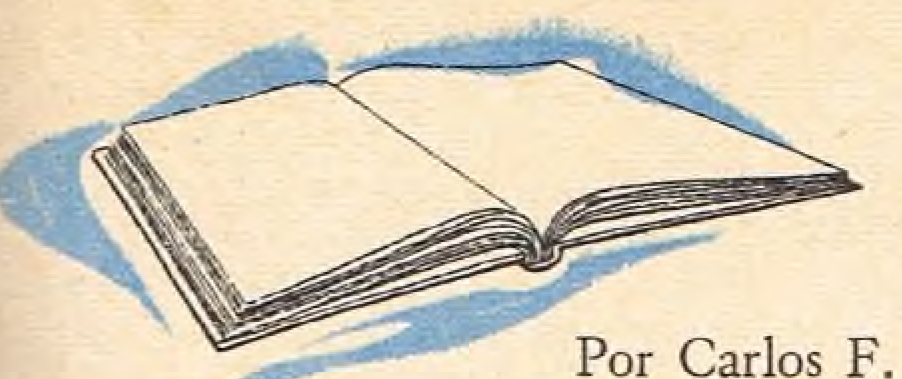


Hoy "los buenos" ganan en todos los programas de televisión, menos en los de noticias. —O. S.

Por si acaso

Sentados en el vestíbulo de un hotel vimos entrar a un señor bien vestido, de edad madura, del brazo de una muchacha muy guapa. Ninguno de los que levantamos la vista en esos momentos pudo disimular una sonrisa al ver la tarjeta que el caballero llevaba prendida en la solapa. Era de patente manufactura casera e informaba al mundo entero: "Soy el papá". —I. F. T.

Enriquezca su vocabulario



Por Carlos F. Mac Hale

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

El secreto para franquear el conocimiento de toda lengua está en armonizar los medios que dan acceso a ella (el estudio, la lectura, la conversación, etc.); *pero un medio que muy a menudo se descuida, a pesar de ser muy fácil y* poco costoso, es la frecuente consulta del diccionario. Trate el lector de acertar el significado correcto, indicado a la vuelta, de las siguientes voces y compruébelo *después en el diccionario.*

1) **abulia** — A: falta de paz. B: de voluntad. C: de paciencia. D: de orden.

2) **alardear** — A: descollar. B: alborear. C: alentar. D: blasonar.

3) **cerrero** — A: salvaje. B: obtuso. C: extranjero. D: bobo.

4) **chochear** — A: faltar la fuerza física. B: pedir chocho. C: debilitarse la mente. D: cantar la chocha.

5) **denuesto** — A: injuria. B: laberinto. C: perjurio. D: brío.

6) **escoda** — A: cepillo. B: martillo. C: yunque. D: tenazas.

7) **filoso** — A: puntiagudo. B: confianzudo. C: afilado. D: fiel.

8) **guión** — A: término de teatro. B: de fútbol. C: de sintaxis. D: de cine.

9) **hálito** — A: ventarrón. B: aliento. C: ave rapaz. D: cerco.

10) **judaizante** — A: renegado. B: judío errante. C: condenado. D: que practica la religión de los judíos.

11) **lueñe** — A: listo. B: luego. C: lejano. D: costo.

12) **nimbo** — A: nube de color gris. B: contorno de un astro. C: rayo de luz. D: pico de montaña.

13) **odre** — A: viñatero. B: cuero. C: taberna. D: olla.

14) **prevenir** — A: preterir. B: privar. C: advertir. D: llegar.

15) **¡quia!** — A: ¡qué quimera! B: indicación de incredulidad. C: de inquietud. D: ¡qué cosa!

16) **ruginoso** — A: ruinoso. B: rubio. C: oblongo. D: mohoso.

17) **sudario** — A: cierto lienzo. B: sudor frío. C: ataúd. D: féretro.

18) **trapo (a todo)** — A: a mansalva. B: a toda costa. C: a toda hora. D: a toda vela.

19) **urdir** — A: velar. B: lucir. C: tramar. D: aducir.

20) **vandálico** — A: godo. B: venal. C: suevo. D: bárbaro.

* * * * * * * * * * * *

RESPUESTAS A "*Enriquezca su vocabulario*"

* * * * * * * * * * * *

(Véase la página anterior)

1) **abulia** — B: falta de voluntad. "Llegaríamos al marasmo, a la *abulia*". (Miguel A. Macau)

2) **alardear** — D: blasonar, hacer alarde u ostentación de una cosa. "¿*Alardea* de culta (tu mujer)? Te humilla". (Ramón y Cajal)

3) **cerrero** — A: salvaje; cerril. "¿Cómo ha de parar un potro / *cerrero* y desenfrenado?" (Baltazar del Alcázar)

4) **chochear** — C: debilitarse las facultades mentales. "El mundo está viejo y *chochea*". (Benavente)

5) **denuesto** — A: injuria grave, improperio. "Creció (Andresillo) entre golpes y *denuestos*". (Carlos Roxlo)

6) **escoda** — B: especie de martillo para labrar piedras. "Los pedazos saltaban en lascas bajo la *escoda*". (Luis Álvarez Cruz)

7) **filoso** — C: americanismo por *afilado*. "Las tijeras de podar / preciso es que estén *filosas*". (María Enriqueta Camarillo)

8) **guión** — D: argumento de una obra de cine. "Quiso también (Agustín Foxá) escribir para el sétimo arte y lo hizo con éxito en el *guión* de corto metraje". (Editorial de ABC)

9) **hálito** — B: aliento. "Y sienta yo en mi frente bajo la tumba fría, / de tu ternura el soplo, de tu *hálito* el calor". (José Rizal)

10) **judaizante** — D: que practica la religión de los judíos. "... *judaizantes* de apartadas sinagogas / que anhelaban de sus labios escuchar / la palabra de consuelo / la palabra de verdad". (Guillermo Valencia)

11) **lueñe** — C: lejos; lejano. Sólo en poesía. "... ¡Cómo mi alma a esa hora / va hacia el *lueñe* paisaje de la aldea! ..." (Luis Palés Matos)

12) **nimbo** — A: capa de nubes de color gris uniforme. "Y los hombres ... querrán evocar la imagen de un estrato, de un cúmulo, de un cirro, de un *nimbo* ..." (Amado Nervo)

13) **odre** — B: cuero cosido para contener vino, aceite, etc. "... coge un cuchillo y le parte el vientre (al oso) de alto abajo como un *odre* de vino". (Vicente Huidobro)

14) **prevenir** — C: advertir, avisar. "De manera que ándese usted con ojo, como le he *prevenido* antes". (S. y J. Álvarez Quintero)

15) **¡quia!** — B: interjección con que se denota familiarmente incredulidad o negación. "—¿Y no tenéis confianza / en que don Luis a la cita / acuda? —¡*Quia!*, ni esperanza". (José Zorrilla)

16) **ruginoso** — D: mohoso. "... fuego arrojó su *ruginoso* acero". (Juan Nicasio Gallego)

17) **sudario** — A: lienzo en que se envuelve a los difuntos. Fig. "... entre los dos *sudarios* / de la tierra y el cielo, / avanza en el Naciente / el helado crepúsculo de invierno". (R. Jaimes Freyre)

18) **trapo (a todo)** — D: a toda vela. "Es de ver / como vira y se previene / *a todo trapo* a escapar". (Espronceda)

19) **urdir** — C: tramar, preparar los hilos de la urdimbre; maquinar. "Hay ideas que yo elaboro, y compagino, y *urdo* ..." (José Martí)

20) **vandálico** — D: bárbaro. "... *vandálicas* huestes debeladas". (Olmedo)

Calificación

20 respuestas acertadas . . . sobresaliente
15 a 19 acertadas . . . . notable
12 a 14 acertadas . . . . bueno
9 a 11 acertadas . . . . regular

Estados Unidos de Europa: esperanza de Occidente

Paso a paso, las naciones de Europa Occidental están creando una fuerza que los comunistas no pueden detener: el poderío arrollador de la unión económica.

Por Roscoe Drummond
Comentarista en Washington del "Herald Tribune" Syndicate, de Nueva York

Condensado de "Saturday Review"

SI BIEN aún no se perfila del todo el porvenir, el Occidente está a punto de llevar a cabo una empresa tan vasta como vivificante, que podría cambiar por completo el curso de la guerra fría.

No me refiero a ninguna alianza encaminada a alcanzar la victoria en una contienda armada, sino a una nueva unión económica y política que podría afianzar la paz.

Por mi parte me aventuro a afirmar que, dentro de los años restantes de este decenio, presenciaremos la creación de unos Estados Unidos de Europa que funcionen amplia y coherentemente. Esta nueva unión producirá al año una renta nacional bruta muy superior a la de los propios Estados Unidos de Norteamérica.

Junto con los Estados Unidos, esa nueva entidad podrá demostrar inequívocamente el vigor de la libre empresa, del mercado libre y de una economía dedicada al consumidor, hasta tal punto que, a los ojos de un número de personas cada día mayor, el comunismo resultará un sistema anticuado.

¿Se me podría acusar de iluso? No lo creo. Existen sólidas pruebas que apoyan este criterio. Hemos estado tan preocupados por las crisis instigadas por los comunistas desde Vietnam hasta Berlín que no nos hemos percatado del giro positivo que están tomando los acontecimientos ante nuestros propios ojos.

Lo cierto es que, gracias al floreciente Mercado Común, la unificación política de Europa está hoy más cerca que nunca de convertirse en realidad.

La zona de comercio internacional, que agrupa a seis naciones: Francia, Alemania Occidental, Italia, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, en una sola entidad económica al servicio de 170 millones de consumidores europeos, ha resultado un éxito económico que sobrepasa las más risueñas esperanzas de sus fundadores.*

El otoño pasado, el gobierno británico, en revolucionaria resolución, presentó su solicitud para incorporarse a aquellos seis países, a pesar de que tal paso llevaría a Inglaterra a modificar los lazos que la unen a la Mancomunidad Británica, pondría fin a su histórico aislamiento del continente europeo y mermaría su propia soberanía. Es casi seguro que Noruega, Dinamarca e Irlanda sigan este ejemplo. En esta forma se establecerá una federación económica europea de diez naciones y 250 millones de almas, cuyos trabajadores, artículos manufacturados y productos agrícolas podrán cruzar las fronteras con la misma libertad con que, en los Estados Unidos, se pasa de un estado a otro.

Estos acontecimientos pueden cambiar por completo el curso de la guerra fría. Gracias a la participación británica, los países del Mercado Común Europeo podrían compartir colectivamente con los Estados Unidos la dirección del mundo libre. Tal combinación puede llegar a constituir un centro de poderío político y económico que los comunistas no llegarían a igualar en este siglo . . . o tal vez nunca.

Tanto los ingleses como los dirigentes del Kremlin saben que se aproximan sucesos de vasta trascendencia histórica. El 31 de julio pasado, el primer ministro Harold Macmillan anunció a la Cámara de los Comunes, con frases mesuradas, la resolución tomada. En vísperas de las indispensables negociaciones, no deseaba provocar polémicas inoportunas ni fomentar esperanzas prematuras. Mas Desmond Donnelly, uno de los intelectuales más notables del partido laborista, no vaciló en expresar el amplio alcance de aquel paso con estas palabras:

"La declaración del Primer Ministro constituye un claro indicio de que la frontera de Inglaterra ya no está en Dover, sino en la puerta de Brandenburgo".

El señor Kruschef lo comprendió así también. No tardó en tildar la decisión británica como una "capitulación" ante las codiciosas fuerzas económicas de los financieros londinenses, con lo que esperaba dividir la opinión de Inglaterra y agitar la oposición parlamentaria hasta el punto de lograr que la determinación del gobierno fuese rechazada.

El dirigente ruso sabe muy bien que los beneficios que las 10 naciones europeas, unidas en un mercado

---

*Véase *Mercado Común: nuevo gigante del viejo continente*, en SELECCIONES de setiembre de 1961.

común, pueden extraer de su asociación, representa, el obstáculo más formidable que se pueda oponer a los designios soviéticos. A esto se debe, precisamente, el gran valor del Mercado Común en la guerra fría. Al igual que el plan Marshall no es una alianza militar y es por tanto difícil combatirlo con eficacia. Todo lo cual alarma y enfurece a Kruschef, que observa cómo el Mercado Común progresa a pasos gigantescos mientras él se ve impotente para oponerse a él.

¿Hasta qué punto ha tenido éxito el Mercado Común desde su creación en 1957?

En los pocos años trascurridos, todos los países miembros han alcanzado un ritmo de sostenido crecimiento económico que no tiene precedente en la historia europea. Trabajadores y patronos, industriales y obreros, consumidores y productores, todos vienen compartiendo los beneficios de una recuperación económica y de una prosperidad más rápidas y más constantes que las de cualquier otra región del mundo.

La renta nacional bruta de la Comunidad Europea aumentó en 1960 en un siete por ciento con relación a 1959 en cuanto a precios constantes y siguió ascendiendo a un ritmo de cinco por ciento durante 1961. La producción industrial aumentó en un 12 por ciento en 1960 y se ha incrementado en un 25 por ciento en tres años.

Gracias a este dinámico desarrollo, el Mercado Común ha logrado, con mayor celeridad de lo que se había previsto, reducir los aranceles aduaneros y otras barreras dentro de la zona de los seis países. A fines de 1961 ya se habían suprimido, ocho años antes del plazo señalado, todas las cuotas de restricción fijadas para el intercambio de artículos industriales entre dichos países.

La apertura de las fronteras a la competencia exterior ha traído consigo una serie de beneficios que superan con creces las expectativas de los más fervorosos partidarios de la comunidad. En un principio los grandes industriales de Europa Occidental se mostraron en su mayoría escépticos o francamente contrarios con relación al Mercado Común. Mas ahora los europeos, siempre tan adictos a la formación de grandes consorcios comerciales, han modificado casi por completo su actitud. Han descubierto que las ventajas de producir para un mercado libre de 170 millones de consumidores superan ampliamente las que gozaban en los años anteriores a la guerra. La prueba de esto es que los negocios tienden cada vez más a establecer sistemas de desarrollo y distribución a base de un Mercado Común en pleno funcionamiento.

Durante los últimos cinco años, la Gran Bretaña, que tiene forzosamente que exportar con el fin de poder comprar en el exterior, ha visto que su parte de las exportaciones mundiales ha disminuído en un cuatro por ciento, mientras que la parte correspondiente a los paí-

ses miembros del Mercado Común aumentó en un 20 por ciento. Por este motivo el gobierno británico acabó por adoptar la decisión, trascendental aunque dolorosa, de ingresar como socio activo en el Mercado Común Europeo.

En setiembre de 1946, cuando pocos hombres eran capaces de columbrar más allá de los estragos y la miseria causados por la guerra, Winston Churchill dijo en un histórico discurso pronunciado en Zurich:

"En muchas y extensas zonas, grandes y medrosas muchedumbres de seres humanos, atormentados, hambrientos, agobiados y perplejos, contemplan las ruinas de sus hogares y ciudades, y otean en el horizonte tenebroso la aparición de nuevos peligros. Entre los victoriosos se levanta un confuso tropel de voces estridentes y entre los derrotados reina el sombrío silencio de la desesperación . . . Y sin embargo hay un remedio siempre presente que podría, como por milagro, trasformar este cuadro: Consiste en la reestructuración de toda la familia europea, o de tantas de sus partes como nos sea posible reestructurar, y dotarla de una organización que le permita vivir en paz, a salvo y en libertad. Debemos construir una especie de Estados Unidos de Europa".

Esos Estados Unidos de Europa están ya en construcción.

Ahora mismo hay un punto inmediato en que la próspera y creciente Comunidad Europea puede desempeñar un papel vital en la tarea de frustrar las ambiciones soviéticas. El punto en cuestión es Alemania. La meta del primer ministro Kruschef no consiste únicamente en neutralizar a Berlín. Lo que persigue en última instancia es desligar a toda Alemania de sus vínculos con el Occidente, para reducir de ese modo a la OTAN a la impotencia.

Al anexar el Berlín Oriental a la Alemania Oriental y esta última a su imperio de satélites, el Kremlin ha eliminado toda perspectiva de unificación alemana. Kruschef está ya en condiciones de decir al gobierno de Bonn: "Te has equivocado al confiar en tus aliados occidentales. Éstos no podrán darte una nación unida. Sólo nosotros estamos en condiciones de ofrecerte una Alemania unificada".

Si Europa Occidental estuviese hoy dividida, política y económicamente, con seguridad que muchos se sentirían atraídos por el señuelo soviético, con calamitosas consecuencias para el Occidente. Mas una Europa Occidental económica y políticamente unida, como la que ya está tomando cuerpo, puede rechazar el ofrecimiento de Kruschef como algo amargo e intolerable.

Pero queda mucho más por hacer. El interrogante más urgente es: ¿Cuál es el siguiente paso?

Los Estados Unidos no pueden dejar de contribuir al tremendo ímpetu alcanzado por la Comunidad Europea. Ya están aquéllos participando en la nueva organización económica del Atlántico, la Orga-

nización de Cooperación y Desarrollo Económicos, a la cual pertenecen junto con el Canadá y las naciones europeas. Ello es prueba de que los Estados Unidos se dan cabal cuenta de la interdependencia que existe entre Europa y América.

Lo que ahora se necesita es que los Estados Unidos redoblen sus esfuerzos para convertir la Comunidad Europea en una Comunidad del Atlántico. Ha llegado la hora de prepararse para tomar esta medida.

El progenitor de la Europa unida de nuestros días, Jean Monet, actual presidente del Comité de Acción de los Estados Unidos de Europa, se ha expresado de este modo: "Así como en los albores de su historia los Estados Unidos tuvieron necesidad de unirse, y así como Europa se está fusionando hoy, el Occidente debe orientarse hacia un concierto de naciones del Atlántico. Éste no es un fin en sí mismo. Es el punto de partida hacia ese mundo mejor que debemos construir para evitar la destrucción".

En su actual y dinámica etapa, la Comunidad Europea estará en aptitud de poner un valladar al adverso rumbo de la guerra fría. Una Comunidad del Atlántico que abarcara a Europa, los Estados Unidos y el Canadá podría alterar tal rumbo al crear una fuerza preponderante unida y permanente, de tal dinamismo, que resultaría irresistible para las demás naciones.



Caricaturas

UN PESCADOR a otro, mientras ayuda a cargar cajas de licor en un barco: "Esto me parece más lógico que eso de meter barcos en botellas".
— R. H.

UNA ADOLESCENTE a otra, mientras toman un refrigerio: "Elisa es un encanto. Vale lo que pesa en patatas fritas".
— B. B.

EN JUNTA de médicos, uno de ellos dice a sus colegas: "Los síntomas del enfermo no son alarmantes; pero sí me preocupan, francamente, las ideas que ha expresado sobre la medicina socializada".
— Lichty

EL INSTRUCTOR de un grupo de *boy scouts*: "Muchachos, recordad que si os perdéis de noche en el bosque, debéis mirar al firmamento para orientaros. Donde veáis un resplandor, allí estará el cine al aire libre más cercano".
— D. T.

UNA SEÑORA, a la empleada de la tienda durante una realización de pieles: "Si hago un pequeño abono, ¿me la guardarán hasta que mi marido cometa una falta imperdonable?
— A. K.

Cualquiera puede llegar a millonario

Uno de esos hombres que llegaron a millonarios por su propio esfuerzo ofrece aquí seis consejos para quienes deseen seguir su camino

Por William Lear, en colaboración con Charles Sopkin

Condensado de "This Week Magazine"

Es bien fácil describir al tipo ése a quien yo llamaría "flojo de remate". Es el primero que sale de la oficina a tomar café, el primero que abandona el trabajo al terminar la jornada, el primero en quejarse de lo peliagudo que es juntar unos cuantos billetes de banco en estos tiempos, cosa que achaca a "lo cara que está la vida".

Para mí, todo eso son tonterías. Aunque no pasé de la escuela secundaria, llegué a fundar Lear, Inc., una de las mayores empresas fabricantes de instrumentos y equipo de aviación en Norteamérica, que en 1961 tuvo un volumen de ventas de más de 90 millones de dólares.

Cualquier individuo razonablemente inteligente y sano puede aún hacerse millonario. De los 30.000 millonarios que hay actualmente en los Estados Unidos, la mayoría son "nuevos" millonarios.

Eso sí, hacer dinero cuesta bastante esfuerzo; de modo que será mejor que el perezoso no siga leyendo esto. Mas a aquellos que poseen verdadero espíritu de empresa, tal vez les interesen estas seis fórmulas para ganar dinero que a mí me sirvieron a las mil maravillas.

1. Aprenda a expresarse. Criado en los barrios bajos de Chicago, era natural que de muchacho mi manera de hablar no fuera muy refinada que digamos. Pero a los 18

años me coloqué de mandadero en el Club Rotario Internacional, del cual era secretario el señor Chesley Perry, hombre de claro talento y gran conversación, a quien yo no perdía ocasión de escuchar. Al cabo de unos cuantos meses empecé a conocer mi propio idioma.

Nunca habría salido de pobre sin tales principios. El que quiera convencer a alguien para que acepte una idea o un producto, tendrá que saber expresarse. La regla es la misma hoy que en mis tiempos: *El que quiera progresar tendrá que aprender a comunicar sus ideas con claridad y precisión.*

2. Sepa cuándo conviene dejar un empleo. A los 16 años trabajaba yo en una curtiduría de Chicago. Estaba encargado de la central eléctrica, y todas las mañanas tenía la obligación de poner en marcha los generadores. No era poca cosa para un muchacho de mi edad, mas apenas llegué a hacer aquel trabajo a la perfección, lo dejé.

Hoy es harto frecuente que un joven se preocupe por los aumentos de sueldo, el sistema de jubilación, el seguro de enfermedad y la participación de los empleados en las utilidades de la empresa. A la postre, tal individuo se hallará abrumado por una colección de complicados formularios impresos cuya única finalidad será explicarle por qué se le ha descontado del sueldo esto y aquello.

Para hacerse millonario sígase la mejor de mis reglas: *En cuanto uno sepa todo lo que se puede saber de su trabajo, debe pedir que le den más atribuciones en la empresa . . . o una ocupación distinta. De no lograrlo, lo mejor que puede hacer es irse a otra parte.*

3. Acumule algunos ahorros. Yo puse manos a la obra aventurando 500 dólares. Aun hoy se puede comenzar con una suma tan modesta como ésa, pero hay que contar con *algo* para invertir. Digamos que alguien tiene la luminosa idea de proporcionar cierto servicio al público, o que quiere poner un negocio por su cuenta. Necesitará dinero contante y sonante.

Para ahorrar, recomiendo algo muy sencillo: tomar una segunda colocación. Por mi parte, prefiero tener trabajando para mí a un hombre ocupado de noche en otra parte, que ver en mi fábrica a un mostrenco bostezando, amodorrado, después de pasarse la noche viendo películas por la televisión.

4. Trabaje una hora más al día. Yo trabajo 12 horas diarias, normalmente seis días a la semana. Y también he trabajado siete. No es que vaya a proponer que todo el mundo trabaje las horas que yo. Pero lo que buscan afanosamente los altos funcionarios de las empresas son hombres que se tomen tanto interés por la tarea que desempeñen que no les importe dedicarle algún tiempo más del obligado. En eso se diferencia el futuro jefe de aquél que se pasará la vida haciendo girar la noria burocrática.

5. Corra algún riesgo. Quien tenga alguna buena idea para un

negocio o un producto, ¿por qué no ha de pedir dinero prestado? Todos los millonarios que conozco tienen algo de jugadores. Uno puede hipotecar su casa, o conseguir un crédito bancario en buenas condiciones. El compromiso de saldar la deuda le hará esforzarse más en su labor.

6. **Recurra al sentido común.** Muchos conciben negocios que parecen magníficos en teoría, pero que carecen de valor comercial. Hay que tener por tanto en cuenta que el éxito que uno pueda alcanzar depende del público. Bueno será que nos preguntemos si compraríamos el producto o el servicio que tratamos de ofrecer, y, sobre todo, si es importante para la economía del país.

Espero que mis seis secretos sirvan de acicate a algunos de los lectores para que lleguen a millonarios y puedan competir con quien esto escribe.



Simpatizante extraordinario. Conocemos a cierto joven que se suma a cualquier piquete de huelguistas, sea el que fuere. Lleva un gran cartel que dice simplemente: ¡QUÉ VERGÜENZA!

—He llegado a la conclusión —nos explica— de que eso lo dice todo. Y además, me proporciona la satisfacción de haber participado activamente en pro de una causa. —H. C.

Reciprocidad

Antes de conceder el permiso para que un grupo coreográfico procedente de Ghana diera una serie de funciones en Sofía, el ministro de espectáculos públicos de Bulgaria, indignado, escribió una carta al funcionario correspondiente en la república africana. El motivo de su indignación era que las bailarinas negras debían aparecer en escena ataviadas en lo que pudiera llamarse el traje nacional de Ghana, o sea, con el busto desnudo. Los amos comunistas de Bulgaria están decididos a salvaguardar la moralidad pública. "Las bailarinas", alegaba el ministro, "debían cubrirse para ajustarse a las costumbres del país".

El ministro de Ghana contestó en términos muy corteses diciendo que estaría de acuerdo en que sus compatriotas se presentaran con sostenes, si las bailarinas búlgaras que irían a Ghana en breve, como parte del programa de intercambio cultural, se presentaban en el teatro sin ellos, "de conformidad con las costumbres de Ghana". Llegado a este punto el caso se dio por cerrado, y se permitió a las jóvenes africanas bailar en su nacional semidesnudez ante los camaradas de Sofía. — *Il Borghese*, de Italia

El asesino loco

Por Joseph Blank

Atrapado con otros siete hombres por un sicópata criminal, Luis Gorman halló a pesar de su afable carácter el valor para hacer "lo que era indispensable".

El nueve de octubre de 1959 era viernes, y en Jerseyville, pueblo de 7500 habitantes, situado en el sudoeste de Illinois, la mañana se presentaba tibia y llena de sol. Los vecinos habían comenzado ya sus ocupaciones habituales cuando oyeron una noticia inquietante: un despiadado asesino se hallaba escondido en las inmediaciones.

El asesino, James Gordon Palmer, era natural de Jerseyville y contaba 21 años. El jefe de policía Herman Blackorby lo describió como "un joven de agradable aspecto



que se expresaba con amabilidad pero que no vacilaba en matar". En sus merodeos a través de tres estados, había robado y asesinado a un hombre que vendía carnadas para la pesca, a una camarera y a un empleado de una estación de gasolina. A dos de sus víctimas, que yacían boca abajo, les disparó varias balas en la nuca, hasta que dejaron de moverse.

En la noche del 8 de octubre, varios agentes de policía lo descubrieron cuando se dirigía en su automóvil a su apartamento de Jerseyville. Al verse perseguido huyó hacia las afueras, saltó del vehículo y se escondió en un campo sembrado de maíz. Una hora más tarde hirió de un balazo a un empleado ferroviario que acertó a pasar con su linterna cerca de la zanja donde se ocultaba.

Más de cien policías, agentes a caballo y oficiales de justicia, se reunieron en Jerseyville. Llevaron varios sabuesos al lugar donde Palmer se había refugiado, pero los perros no pudieron seguirle la pista. La policía recorría todos los caminos y revisó cientos de edificios. En cada ómnibus escolar viajaba un agente armado. Un helicóptero y cuatro aviones pequeños escudriñaban las tierras de labranza vecinas al pueblo. Se previno por radiotelefonía a los granjeros que echaran cerrojo a sus puertas, pues se temía que Palmer asesinara a alguna familia que viviera aislada para robarle el automóvil.

A medida que pasaban las horas, crecía la nerviosidad entre los habitantes de Jerseyville. Al atardecer, ya todos los comercios habían agotado su provisión de armas y municiones. Varias familias de granjeros bajaron al pueblo para pasar la noche en el hotel. Una mujer, al oír ruido en el sótano de su casa, acribilló a balazos el piso de madera de la cocina.

En el pequeño y chato edificio de ladrillo situado en la calle Franklin, donde tienen sus oficinas los hermanos Gorman, fabricantes de hormigón, la actividad comercial prosiguió como de costumbre. Pero cuando Luis Gorman volvió esa noche a su casa, halló a su familia muy alarmada. Gorman, hombre tranquilo, de 52 años de edad, trató de tranquilizar a su esposa y a sus dos hijos.

—Lo más probable es que Palmer haya huído hacia Méjico y esté ya lejos —les dijo.

Sin embargo, no durmió bien. Se levantó antes de las cinco, se vistió y se dirigió en su automóvil al café de Sandy, donde trabó conversación con dos hombres pertenecientes a un destacamento que había andado toda la noche en busca de Palmer. Luego, poco después de las siete, se marchó a su oficina. Dos camioneros, Carlos Kroeschel y su yerno, Roberto Cordes, llegaron al mismo tiempo.

Cuando Gorman metió la llave en la cerradura, advirtió que el cerrojo no estaba echado. Se propuso llamar la atención a sus subordinados sobre la necesidad de revisar las puer-



Es el flan
más flan

Flan
Royal

¡Y EL MAS
ECONOMICO!

Flan
ROYAL

Se hace en 9 minutos
sin horno ni bañomaría!

Por su poco costo, su rico gusto, su excelente calidad, ¡Flan Royal conviene mucho más! Si usted exige lo mejor, preferirá Flan Royal. Suave, cremoso, exquisito, es el flan más flan y el más económico. Porque no contiene huevo, resulta más digestible y livianito. ¡Pruébelo!

Pida **FLAN ROYAL**

En cada paquete 4 generosas porciones

Royal

Calidad aceptada mundialmente!

Vea y escuche en TV a "Daniel el travieso" todos los viernes a las 19.30 horas por LS 85 Canal 13.

tas antes de partir. Entró en el edificio y se dirigió al baño. Vio entonces que uno de los vidrios de la puerta trasera estaba roto, y había sido cubierto con un pedazo de cartón, pero supuso que uno de sus empleados habría ocasionado el desperfecto el día anterior.

Mientras tanto, Carlos Kroeschel pasó por detrás del mostrador de la oficina que daba a la calle y penetró en el interior. En ese momento un hombre le apuntó con un rifle semiautomático calibre 22. Kroeschel se quedó boquiabierto. Retrocedió, repitiendo, incrédulo:

—Luis, está aquí. ¡El prófugo está aquí!

Palmer, un muchacho alto y rubio de rostro juvenil, les ordenó:

—Hagan lo que les digo y no los mataré. Siéntense en el piso de la oficina interior y no se muevan.

Kroeschel y Cordes obedecieron. Gorman había oído desde el baño las palabras llenas de sorpresa del primero. Echó rápidamente el cerrojo a la puerta y trató de escapar por la ventana, pero no consiguió quitar el marco de alambre. Palmer golpeó la puerta con la culata del rifle, diciendo:

—¿Sale usted, o me hará disparar a través de la puerta? Siéntese con sus compañeros —ordenó a Gorman cuando éste salió.

Luego preguntó a los tres hombres si el dueño del comercio estaba entre ellos. Cuando Gorman le respondió que era él, el asesino, haciéndole una seña con la cabeza, le dijo:

—Abra la caja de caudales, amigo . . .

—No puedo. Tiene un cerrojo de combinación, muy difícil. Nuestro gerente, Ernesto Pohlman, es el único que lo entiende.

—Usted me está mintiendo, amigo —repuso Palmer con voz tranquila—. Siento tentaciones de matarlo inmediatamente —agregó apuntándole con el rifle.

—No miento. Pohlman abrirá la caja cuando llegue.

Gorman reconoce ahora que sintió verdadero miedo. Era imposible saber en qué instante empezaría a hacer fuego el asesino loco.

En ese momento el camionero Eduardo Fitzgibbons estacionó su camioneta en el patio trasero del edificio. Palmer se agachó detrás del mostrador, que tenía un metro y veinte de alto. Fitzgibbons, reparando en el vidrio roto de la puerta, entró en la oficina diciendo:

—¡Eh! Parece que alguien se ha metido aquí.

—Y aquí está todavía —dijo Palmer, alzándose detrás del mostrador y apuntándole con el rifle—. Siéntese allí en el suelo con sus compañeros.

Fitzgibbons obedeció. El próximo cautivo fue Guillermo Kuehnel, un empleado ferroviario que venía a anunciar a Gorman la llegada de un vagón de hormigón dirigido a él. Luego entraron Herschel Andrews, operador de equipo de construcción, y el camionero Darrell Smith.

Ernesto Pohlman llegó un poco



tarde esa mañana, porque le había costado decidirse a dejar a su esposa y a sus tres hijos en su casa de campo situada a casi diez kilómetros del pueblo, y se detuvo para enseñar a su mujer el manejo de su escopeta. Cuando descubrió a Palmer, su primera sensación fue de alivio, pues su familia se encontraba a salvo.

Una vez que Pohlman dio su nombre, Palmer dijo:

—Justamente lo estábamos esperando. Abra la caja, Ernesto.

Pohlman se arrodilló delante del cerrojo, que desde hacía ya tiempo resultaba difícil de abrir. Hizo girar el botón de la combinación, pero fracasó en su primero y segundo intentos.

—¡Ernesto! —lo interpeló el asesino en tono amenazador—. Le daré otro minuto. Si pasado ese tiempo no abre la caja, dese por muerto —agregó al ver que fallaba una vez más.

—Trabaje con calma, Ernesto. Un minuto es mucho tiempo —dijo Gorman.

El rostro de Pohlman estaba lívido y cubierto de sudor. Hizo girar de nuevo con mucho cuidado el botón, y suspiró, aliviado, al oír un chasquido en el mecanismo. Volcó en el suelo el contenido de la caja de caudales. Entonces Palmer se dirigió a Kuehnel y le dijo:

—Ahora, señor, recoja todos los billetes que estos hombres tengan en sus carteras y póngalos en esa bolsa de papel.

Una vez que Kuehnel terminó su

cometido, Gorman dijo a Palmer:

—Ya tiene usted todo lo que le podemos dar. ¿Por qué no se marcha?

Palmer no hizo caso de la insinuación y se quedó mirando a los hombres por espacio de un minuto. Luego se dirigió a Gorman:

—Amigo, escriba un cartel que diga: "Cerrado hasta la una", y fíjelo en el vidrio de la puerta.

Aparentemente Palmer tenía un plan. Gordon escribió las palabras con lápiz en un rectángulo de cartón. Mientras pegaba el letrero en el vidrio de la puerta, vio que un hombre salía de la casa de enfrente, y se entretuvo frotando el cartón con la esperanza de atraer la atención del vecino. Mas Palmer advirtió sus exagerados movimientos, y dijo:

—Usted tarda mucho en fijar ese cartel, amigo. Salga de ahí.

Cada vez que daba una orden, apuntaba, amenazador.

—¿Tiene alguien un cuchillo? —preguntó luego, dirigiéndose al grupo, y como nadie contestara, dijo a Kuehnel—: Tome un pedazo de vidrio, señor, y corte el hilo del teléfono.

Parecía hallar satisfacción en usar la palabra "señor" al dar órdenes. Una vez que Kuehnel hubo obedecido, preguntó:

—¿Hay alguna cuerda por aquí?

De nuevo todos permanecieron en silencio, aunque Gorman y sus empleados sabían que había cordeles en el cobertizo situado detrás de la casa.

¿Significa esto un ahorro apreciable en dinero contante y sonante?

Sí. Cuando se pone BARDAHL en el cárter, se pone dinero en el bolsillo. Dinero que de otra manera se gastaría en reparaciones y revisiones más frecuentes. Supongamos que uno compra un automóvil nuevo y le agrega siempre BARDAHL al aceite cada vez que lo cambie. Si viaja 10.000 kilómetros anuales en los próximos cuatro años, el cuentakilómetros puede indicar 40.000 kilómetros, *pero, gracias al* BARDAHL, *el desgaste real del motor será sólo el que corresponde a 30.000 kilómetros.*

Su automóvil tendrá además mayor potencia, funcionará más suavemente y carecerá de muchos de los molestos ruidos de motor. El BARDAHL ayuda a eliminar los sedimentos y pegajosidades que estorban el movimiento de las válvulas y los alzadores hidráulicos, y producen funcionamiento perezoso. Sentirá usted la mayor potencia del motor y logrará mayor kilometraje.

Los ingenieros de la York informaron:

"Hemos logrado obtener pruebas evidentes de que usando el Aditivo BARDAHL con varias clases de aceites comunes y costosos, puede reducirse eficazmente el rozamiento y disminuirse la temperatura y, por consiguiente, reducir el desgaste de los motores de automóvil de un 10 a un 40 por ciento en piezas tan vitales como balancines y ejes, válvulas y guías, alzadores hidráulicos, alzaválvulas y levas, palancas y excéntricas de la bomba de combustible, y engranajes impulsores de la bomba de combustible; y también puede disminuirse el desgaste en otras piezas tales como los cojinetes principales, cojinetes de varillas, aros de émbolos, pasadores, cojinetes de bielas y paredes de los cilindros."

11 de diciembre de 1961



¿Qué es este aditivo mágico llamado BARDAHL?

La idea de que nuevos compuestos químicos puedan mejorar los aceites lubricantes derivados de hidrocarburos extraídos de la tierra no tiene realmente nada de mágico. Lo que sucede es que el BARDAHL consiste en una mezcla inusitada de tales compuestos y de aceite de primera calidad. Tiene un índice de viscosidad de la S.A.E. pero, a diferencia de otros aceites, es un producto concentrado. La resistencia de la película de cualquier aceite lubricante puede aumentarse con sólo agregar BARDAHL.

El verdadero secreto del BARDAHL está en su fórmula de "Atracción Polar". Distinguidos científicos que estudiaban la reacción de los metales sometidos al rozamiento, descubrieron que ciertas sustancias tienen atracción molecular para los metales. Tales sustancias se adhieren a las superficies metálicas y es casi imposible quitarlas exprimiéndolas o aun quemándolas. El BARDAHL es este tipo de lubricante para presiones extraaltas.

Los sensacionales resultados de las pruebas York confirmaron lo que ya sabían los millones de personas que usan el BARDAHL en 72 países. *Agregando* BARDAHL *puede disminuirse el rozamiento y evitarse el desgaste innecesario.* Esto es cierto donde quiera que se necesite lubricación—desde automóviles hasta motonetas, desde equipo agrícola hasta maquinaria industrial. BARDAHL es el mejor aditivo del mundo.

PARA OBTENER INFORMACIÓN TÉCNICA ADICIONAL SOBRE LAS PRUEBAS A QUE SE SOMETIÓ EL BARDAHL, ESCRIBA A YORK RESEARCH CORPORATION, 1 RESEARCH DRIVE, STAMFORD, CONNECTICUT, E.U.A.

VALDEL S.R.L

DESCANSE EN NUESTRO ESFUERZO

SISTEMA
Delgado
CON SEGURO DE VIDA

le ofrece en cada modelo el fruto de su constante superación técnica.

Solicite su
CREDITO PERSONAL
EN 5 CUOTAS

- Luego de un breve trámite usted retira su calzado SIN PAGAR NADA
- Recién AL MES SIGUIENTE abonará la primer cuota.



El calzado MAS FINO para caba

FLORIDA Y CORRIENTES - FLORIDA 359 - CABILDO 2120 - RIVADAVIA 6784
Rosario: CORDOBA 1090 - M. del Plata: RIVADAVIA 2674 - C. Rivadavia: GAL. SAN MARTIN

Y en las mejores zapaterías de todo el país

Fábrica: AV. JUAN DE GARAY 2480

Ind. Arg.

—¿Tiene algún pedazo de cuerda? —insistió Palmer, dirigiéndose a Gorman.

—Hay uno allá fuera, sobre aquel aparato elevador.

Y Gorman señaló el montacarga para levantar arena y grava y mezclarlas con cemento, que estaba a unos doce metros de distancia. Una escalera de madera subía desde el suelo a la parte superior del depósito, del cual colgaban dos trozos de cuerda.

—Usted, señor, suba por la escalera y traiga un pedazo —dijo Palmer, dirigiéndose a Kuehnel, pero cuando éste se aprestaba a obedecer, agregó—: Espere, parecerá más natural que sea el dueño quien haga eso. Será mejor que vaya usted, Gorman.

Ordenó a los otros siete hombres que se acostaran boca abajo en el suelo, con las manos a la espalda.

—Si alguno de ustedes se mueve, mataré a su patrón —les previno.

Apostándose junto a la puerta, ordenó a Gorman que subiese por la escalera y trajese la cuerda.

—Si trata de jugarme una mala pasada, habrá aquí muchos muertos.

Gorman subió por la escalera. Cuando alcanzó la cuerda, se encontraba cerca de la parte superior del aparato elevador de arena. Tenía unos terribles deseos de librarse de Palmer, y pensó: *Si saltara dentro del depósito, los tiros de Palmer no podrían alcanzarme. Pediría auxilio, y quizá mis compañeros, al oírme, podrían escapar. Pero no... éste haría fuego sobre ellos.* Tomó la cuerda y bajó.

Una vez en la oficina, Palmer le ordenó que atase a la espalda las manos de sus compañeros, todavía de bruces en el suelo. El primero de la fila era Kuehnel. Cuando el ferroviario sintió que le amarraban las muñecas, se resignó a morir.

—Pensé que había llegado mi último momento —comentó después—. Sabía que el asesino nos iba a matar a tiros.

Palmer probó el nudo y dijo:

—Está muy flojo, amigo. Si encuentro otro como éste, le meteré al hombre una bala en la cabeza.

Gorman hizo un nudo más apretado. Luego ató las muñecas de Fitzgibbons. Le angustiaba la idea de que estaba amarrando a sus compañeros para que Palmer los asesinara a mansalva. Sabía que el criminal solía operar siempre en esa forma.

Una vez que Gorman hubo atado las muñecas del tercer hombre, que era Darrell Smith, Palmer dijo:

—Tres ya están atados, faltan cuatro. Cuando acabe de amarrarlos a todos, tendré que meterles una bala en la cabeza.

Los infortunados permanecían en silencio en el suelo, tensos como tablas y escuchando latir la sangre en sus oídos mientras esperaban la descarga.

—Nunca en mi vida tuve tanto miedo —confesó después Gorman—. Pero sabía que debía hacer algo. Si me abalanzaba sobre Palmer, posiblemente recibiría un balazo en la

cabeza. Si me limitaba a obedecerle, me mataría, lo mismo que a mis otros siete compañeros.

Palmer, en cuclillas y alerta, seguía con el rifle cada movimiento de Gorman. Éste se encontraba ahora a unos dos metros del bandido, y sabía que si ataba al cuarto hombre se alejaría todavía más del asesino. Y era indispensable hallar una manera de acercarse a él.

Durante sus 75 minutos de cautividad, había advertido que siempre que Palmer se alzaba de su posición en cuclillas, apuntaba invariablemente un instante el rifle al techo antes de dirigirlo hacia sus víctimas. Si se le atacaba, ¿obedecería a ese hábito, dando así a su enemigo una fracción más de segundo, o haría fuego en la posición en que se encontraba?

—Los hombres tienen las piernas demasiado juntas y no puedo pisar entre ellas —dijo al criminal.

—Pues píseselas —repuso Palmer —. No sentirán el dolor por mucho tiempo.

—Me sería más fácil atarlos desde el otro lado —insinuó Gorman, pensando que de esa manera se aproximaría a Palmer.

—No hay inconveniente —repuso éste.

De pronto Gorman tuvo una inspiración. Sintió que el estómago se le hacía un nudo de miedo, pero no vaciló. Dio un paso entre el segundo y el tercer hombre y, sin apresurarse, fingió que perdía el equilibrio. Tambaleándose y aparentando tratar de no caer, pasó sobre el segundo compañero, acercándose al mismo tiempo a Palmer. A fin de que éste no sospechara sus intenciones, retrocedía de espaldas, aunque al hacerlo presentaba un excelente blanco a su rifle. Otro traspié lo hizo pasar por encima del último hombre que lo separaba del asesino.

Éste vaciló un momento. Luego, siguiendo su costumbre, alzó el rifle a tiempo que se ponía de pie. En el instante que tardó en bajarlo de nuevo, Gorman se puso junto a él y sintió el cañón del arma en el hombro. Con el puño izquierdo asestó un golpe a la guarda del gatillo, que le hirió los nudillos pero que hizo saltar el rifle de las manos del asesino, y luego descargó con todas sus fuerzas el puño derecho en la mandíbula de aquél. Palmer cayó al suelo, y Gorman se le echó encima. El bandido pujaba por apoderarse del rifle, que estaba a 15 centímetros de distancia, pero Gorman le apretó la muñeca con la rodilla, y le dio otra trompada, a tiempo que gritaba:

—¡Vengan, muchachos!

Levantándose de un salto, los cuatro hombres libres se arrojaron sobre Palmer. Cuando lo acababan de dominar, el contratista Ralph Russell entró en la oficina. Al oír el ruido de la lucha y las exclamaciones, miró por encima del mostrador y dijo:

—¿Qué pasa? ¿Jugando a los dados a estas horas de la mañana?

—Es Palmer —gruñó uno de los hombres, alzando la vista.

Kroeschel corrió hacia el teléfono más próximo. Tres minutos más tarde, el automóvil de la policía se detenía patinando enfrente de la oficina. Los agentes esposaron a Palmer, ya dócil y algo lloroso, y se lo llevaron. Todo había terminado.

Gorman y sus siete compañeros se miraron los unos a los otros. El pensamiento de lo que podía haberles ocurrido los sacudía como un choque eléctrico. Gorman se miró la mano ensangrentada. Luego, aturdido pero en su tono habitual, dijo:

—Bueno, muchachos, tenemos que acarrear hormigón.

Sus palabras rompieron el encanto. Casi a coro, los cuatro camioneros preguntaron:

—¿Y quién demonios lo va a acarrear?

Aliviado, Gorman sonrió y dijo:

—Por hoy, creo que nadie.

Luis Gorman recibió por su arrojo la Medalla de Plata al Heroísmo donada por la Fundación Carnegie. Palmer está cumpliendo una condena de 180 años.



Un soldado de infantería que pasaba una noche en una base aérea, fue a la biblioteca a escribir cartas.

La bibliotecaria era una joven muy bonita, perteneciente al cuerpo aéreo femenino. Mi amigo hizo varios viajes hasta su escritorio para pedirle primero papel, luego una pluma, después un sobre . . . y poder observar a la joven de proa a popa. Al cuarto viaje, la chica le entregó, sin que él lo pidiera, un sello de correo.

—¡Ajá! Me adivina usted el pensamiento —comentó el soldado.

—Si así fuera —replicó ella— a usted tendrían que seguirle consejo de guerra. —T. J. W.

Ciencia doméstica

Un individuo aficionado a hacerlo todo él mismo afirma muy orondo que el nuevo equipo para cortarse el pelo se pagó por sí solo la primera vez que lo usó. No sólo se ahorró los gastos de la peluquería, sino que, al ver el resultado, su mujer decidió que se quedaran a cenar en casa en lugar de ir, como tenía planeado, a un restaurante de mucho tono. —C. R. F.

La señora de la casa explicaba al electricista la instalación especial que deseaba:

—Necesito un interruptor en la cocina —le decía— que esté conectado con el taller de mi marido en el sótano. Quiero que cuando yo lo llame a comer se paren en seco todos los aparatos. —F. G. K.

¿Es usted otra víctima de la televisión?

Un sencillo consejo que puede contribuir al mejor empleo de este poderoso medio de difusión

Por Leo Rosten

Condensado de "TV Guide"

EN CUALQUIER casa existen objetos capaces de causar la muerte a un niño: puede degollarse con un cuchillo afilado, ahogarse en la bañera, envenenarse con líquidos de limpieza o asfixiarse con el gas de la cocina. No obstante, ninguna Liga Protectora de la Niñez pretende, indignada, que prescindamos de cuchillos, cocinas, bañeras o líquidos de limpieza. ¿Por qué? Porque los padres tienen el buen sentido de enseñar a sus hijos cómo evitar que esos utensilios prácticos se conviertan en armas letales.

¡Pero cuán diferente es la reacción que produce la televisión, ese milagro doméstico! Un televisor en la sala parece tener la virtud de convertir a los padres en ciudadanos asustados y quejumbrosos, que obran como si fueran totalmente incapaces de impedir la corrupción mental de sus niños. Se diría que la televisión les obliga en forma misteriosa a abdicar de su tradicional papel de guías, maestros y (¿por qué no?) censores de los pequeños. Sin embargo, es muy fácil para cualquier padre, sin duda, el disponer qué es lo que aquéllos pueden ver o no y cuándo y por cuánto tiempo. Y más fácil aún le será apagar el aparato. ¿Por qué no lo hace más a menudo?

La primera vez que me vi en di-

LEO ROSTEN, autor de muchos libros, cuentos, guiones cinematográficos y melodramas, es profesor de la Universidad de Columbia. Durante la segunda guerra mundial fue uno de los directores de la Oficina de Información de Guerra de los Estados Unidos.

ficultades con mis tres angelitos a causa de la televisión, puse fin a la discusión tomando unos alicates y cortando el cordón del enchufe. Así permaneció una semana, y si yo creí indispensable tomar esa medida extrema, pero sumamente eficaz, fue porque supe que los niños presenciaban a escondidas programas que yo les había dicho ya que eran basura en la que no debían revolcarse.

No se puede negar que mucho de lo que se exhibe actualmente en la televisión es vulgar. Para ser justos deberemos reconocer que lo mismo ocurre en otros medios de difusión. Desgraciadamente, hay muchos diarios que cultivan lo sensacional y grosero; revistas escandalosas llenan los quioscos, y entre los libros populares en rústica abundan los insustanciales y desprovistos de todo mérito. La triste verdad, de la cual todos debemos avergonzarnos, es que hay demasiadas personas dispuestas a favorecer lo mediocre y lo de mal gusto, a preferir lo hueco a lo sustancioso, lo vulgar a lo noble, lo superficial a lo importante.

Pero no somos impotentes. Cada ciudadano tiene una manera simple y eficaz de mejorar el material de la televisión: ejercer su derecho de voto, o sea el voto que cada uno de nosotros emite cuando enciende el televisor o lo desconecta, o cuando cambia de un canal a otro. Estos "votos" los tienen muy en cuenta las estaciones emisoras, los empresarios y los anunciantes, pues todos ellos dependen de la reacción del público. ¡Supongamos, por ejemplo, que cada semana, a la hora en que se trasmite alguno de esos programas particularmente desagradables, cinco millones de receptores fueran desconectados al mismo tiempo! Estoy seguro de que se producirían cambios milagrosos.

A mí personalmente me gusta la televisión, y la uso para determinados propósitos: por los noticiarios, los documentales, las películas antiguas, los deportes y los espectáculos dramáticos de categoría. Este invento es un admirable economizador de tiempo que me permite asistir, en la comodidad de mi casa, a mil sucesos que de otra manera me resultaría imposible presenciar. Pero nadie me obliga a ver un programa estúpido, del mismo modo que nada me obliga a leer un pasquín. Al obrar así, creo proceder como un adulto sensato, que elige por sí mismo lo que le gusta y que tiene la responsabilidad de ayudar a sus hijos a formarse un criterio sobre lo que pueda tener cabida en su espíritu.

El peor de los males de la televisión es, sin duda, la desidia del público, que acepta los programas con notoria falta de buen gusto y de discernimiento. Los individuos de talento que hay en la industria nos ofrecerían cosas mejores si un número mayor de espectadores los respaldara exigiendo lo excelente para acabar con la trivialidad que nos rodea.

¡Un futuro mejor para sus hijos!





15 TOMOS
3.684 páginas
4.767 ilustraciones en negro y color

El mundo de los niños

LA ENCICLOPEDIA DE HOY PARA LOS HOMBRES DE MAÑANA

Basada en modernas y probadas orientaciones de psicología y pedagogía infantil; traducción de la obra norteamericana CHILDCRAFT.

Es una edición SALVAT

En COMODAS MENSUALIDADES usted puede adquirir ésta o cualquier otra obra del sello SALVAT en:

CORRIENTES 2777 - Tel. 89-4762/5812/7013
LAVALLE 371 - Tel. 31-9014
También en:
Librería **FAUSTO** **CORRIENTES 1311 - Tel. 40-1222**
Librería **JUAN CRISTOBAL**
GALERIA JURAMENTO - Local 105 - Cabildo 2092
NAHUEL - Avda. de Mayo 666

Envíe este cupón y recibirá un espléndido folleto. ⇨

SALVAT EDITORES ARGENTINA, S.A.
CORRIENTES 2777 • BUENOS AIRES
Sírvanse remitirme sin compromiso, folleto y condiciones de adquisición de 153
EL MUNDO DE LOS NIÑOS

Nombre .
Profesión . . .
Domicilio . . . . .
Localidad . . . . . .
Provincia . . F.C.

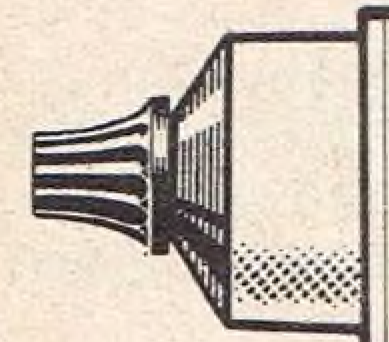
Descubra la

belleza

de sus

dientes

con



Pepsodent

CREMA DENTAL CON IRIUM*

Aumente su atractivo personal revelando la verdadera y natural belleza de sus dientes. Use diariamente PEPSODENT, única crema dental con IRIUM - ingrediente exclusivo de su fórmula internacional - que limpia a fondo los dientes, los hace lucir más hermosos y deja en su boca una perdurable... vivificante frescura!...



Pepsodent

Dientes BRILLANTES para Ud. también

use DIARIAMENTE...Pepsodent!

PEP 6

Médicos y buenos samaritanos

La epopeya de una legión extranjera que persigue a las enfermedades hasta los más remotos rincones del planeta

Por George Kent *Condensado de "The Rotarian"*



IMAGINEMOS un país tropical con una extensión de más del doble que Colombia y una población de 14 millones de habitantes en el que, de la noche a la mañana, desaparecieran los médicos, dejara de purificarse el agua potable y de recogerse la basura... y se habrían sentado las bases del desastre. Así estaba el Congo en el verano de 1960.

Los servicios de salud pública, que habían mantenido los belgas, quedaron paralizados en cuanto el Congo pasó a ser independiente. Unos 2000 médicos y técnicos sanitarios volvieron a su patria, y en esas tierras de selvas ardientes se hizo sentir la falta casi total de asistencia médica. Se recrudecieron la viruela, la tifoidea, la enfermedad del sueño y la meningitis. Sin tratamiento, los leprosos propagaban la enfermedad. En docenas de ciudades las pilas de la basura llegaban hasta los techos, y las ratas, infestadas con pulgas trasmisoras de la peste bubónica, constituían terrible amenaza.

Tras pocas horas de ser notificados, 150 médicos y técnicos sanitarios de 40 países empacaron sus equipos y partieron rumbo a las selvas. Gracias a su callado heroísmo y al trabajo increíblemente intenso que desarrollaron pudo evitarse una verdadera catástrofe y salvarse un número incalculable de vidas.

Se alojaron con las mayores incomodidades, teniendo a veces que enfrentarse a fusiles que les apuntaban. A uno de ellos lo sacaron de



un río donde se bañaba y lo arrojaron en la cárcel, mojado y desnudo. Había gran escasez de catgut para suturas y de antibióticos. Al concluir sus delicadas labores con el bisturí y la jeringuilla, se dedicaban a bañar niños, lavar pisos y limpiar retretes. Pero estos 150 hombres sobrevivieron en su lucha contra el trópico, y contuvieron epidemias, curaron a millares de personas y establecieron los fundamentos de un servicio permanente de salud pública.

Este safari de samaritanos pudo realizarse merced a la Organización Mundial de la Salud de las Naciones Unidas, quizás el más eficaz de los grupos internacionales, que durante 13 años se ha dedicado a salvar vidas humanas. La OMS llegó al Congo debido a que el Dr. Ralph Bunche, representante de las Naciones Unidas en Leopoldville, se alarmó ante el éxodo en masa de médicos belgas. Bunche envió un telegrama y los problemas sanitarios del Congo fueron puestos en manos del Dr. M. G. Candau, director general de la OMS en Gine-

Foto: cortesía de las Naciones Unidas

bra. El Dr. Candau, eminencia en medicina tropical y salud pública, es un amable brasileño que se torna intransigente cuando se trata de poner en práctica los objetivos de la OMS: la erradicación total o, por lo menos, el control de la mayor parte de las enfermedades epidémicas en un plazo de diez años.

La mañana en que recibió la noticia de su nuevo cometido, el Dr. Candau se sentó en su oficina del Palais des Nations y comenzó una jornada de 14 horas de llamadas telefónicas por todo el mundo: a un hospital en Haití, a un edificio gubernamental de Nueva Delhi, a un hotel de los Estados Unidos y a doce países más. Sus esfuerzos fueron fructíferos y en poco tiempo había reunido un grupo de expertos para resolver el problema urgente del Congo. (Ese día gastó más de 2000 francos suizos por concepto de llamadas telefónicas.)

El director general eligió médicos que hablaran francés y pudieran adaptarse a situaciones críticas. Con ayuda de la Cruz Roja Internacional, 26 grupos estuvieron pronto listos para partir; 48 horas después, el propio Dr. Candau estaba en Leopoldville.

Los grupos se desplegaron por las selvas en barco, *jeep* y helicóptero. Los técnicos repararon rociadores de DDT que habían estado enmoheciéndose en garajes y los pusieron a funcionar. Explicaron a los congoleses la necesidad de clorar el agua; tocaron discos, exhibieron películas y al poco tiempo la gente comenzó a cooperar. Se retiraron toneladas de basura, y volvió a correr agua potable por las aldeas.

Un médico francés llegó a la aldea de Bunia y encontró 30 casos de peste bubónica. Como los habitantes se negaran a ser vacunados, el médico les habló durante dos horas; finalmente, desesperado, se inyectó él mismo. Se produjo gran algarabía y súbitamente la masa de aldeanos se disolvió para formar una fila de hombres, mujeres y niños que sumisamente esperaron su turno. Otro médico voló a una isla del lago Kivu, donde encontró a un tercio de la población con tifoidea. Dispuso que se aislara a los enfermos e inmunizó al resto de la colectividad.

En población tras población, en aldea tras aldea, comenzaba a ceder al cabo de largos días de esfuerzos el peligro de las epidemias.

Actualmente la OMS continúa su vigilancia en el Congo, donde ha dejado un personal permanente que con el tiempo formará parte del servicio de salud pública del país. La organización ha suministrado fondos para llevar 67 auxiliares de medicina congoleses —y sus familias— a Francia y Suiza, donde estudiarán para hacerse médicos. También envió a Leopoldville siete profesores para la facultad de medicina.

Desde hace 13 años la OMS actúa en países subdesarrollados, combatiendo el paludismo, la lepra, la rabia, toda la terrible gama que comprende desde el cólera y la fiebre amarilla hasta el pian y la peste

bubónica. Ha salvado millones de vidas y restablecido la salud de millones más de débiles y desnutridos. Esta impresionante hazaña ha sido realizada por una entidad que sólo cuenta con unas 2500 personas, de las cuales la tercera parte son oficinistas. La labor práctica de salvar vidas la llevan a cabo un grupo de unos 500 médicos, enfermeras, ingenieros sanitarios, anatomopatólogos, veterinarios, químicos y profesores, hombres y mujeres procedentes de 60 países. En remotos rincones de la tierra, sufren penalidades que aterrarían al profesional ordinario. Han sido mordidos por víboras mortíferas, atacados por tigres, capturados por bandidos. Algunos han muerto, otros han contraído las enfermedades que trataban de curar.

En una ciudad asiática, un médico iba en *jeep* a visitar un enfermo cuando los elefantes del rey desfilaban lentamente por el camino. Impaciente por pasar, tocó la bocina. Fue un error: un elefante levantó en vilo el *jeep* con médico y equipo quirúrgico y lo lanzó a través de un escaparate.

Dice el Dr. Luigi Mara, un italiano de la OMS: "En la India maté un leopardo que estaba a punto de devorar a mi esposa. En Dankalie (Etiopía), fui atacado por una manada de asnos salvajes y mis tres camellos murieron de sed. Unos bandidos me hicieron prisionero para que los atendiera. Hemos acampado en desiertos, en selvas, en volcanes".

Desde un principio presentó ca-

racteres dramáticos la OMS. Las naciones que en 1945 se reunieron en San Francisco para formar las Naciones Unidas habían aprobado la idea de un organismo de esa índole, pero la constitución tenía que ser ratificada por los diversos gobiernos antes que la OMS pudiera establecerse oficialmente. Mientras tanto, un grupo interino —de unas 20 personas— se instaló en unas cuantas habitaciones pequeñas del Palais des Nations, en Ginebra.

Una tarde de setiembre de 1947 llegó un telegrama de Egipto notificando dos casos de cólera. Se habían descubierto en una reunión de mercaderes de dátiles, los cuales habían huído aterrorizados. El personal de Ginebra dio telegráficamente la voz de alarma a todo el mundo y esperó. Llegó otro telegrama: ya había 20 casos. Un tercer telegrama: la cifra era de 55; al día siguiente, de 1000. Andaba suelto un terrible asesino de la humanidad; en cualquier momento la enfermedad podía cruzar una frontera. Egipto pidió vacuna.

De los Estados Unidos, la India, Inglaterra y una media docena de países más llegó vacuna suficiente para inmunizar a una nación. Egipto envió tropas para rodear con un cordón sanitario las aldeas afectadas e inyectó a todos sus ciudadanos. Antes de acabar con la epidemia, más de 10.000 personas habían muerto. Pero sin la oportuna advertencia de la incipiente OMS —y la celeridad con que proporcionaron la vacuna— la vida de

millones de personas en muchos países habría corrido grave peligro. Con esta prueba espectacular del valor del organismo sanitario, los legisladores de todo el mundo se apresuraron a enviar la ratificación y a principios de 1948 la OMS quedó establecida oficialmente.

La OMS envía informes por radio en inglés y francés acerca de los brotes epidémicos y demás enfermedades a buques, aviones y autoridades de salud pública. Cuando apareció la gripe asiática en 1957, el sistema demostró su valía haciendo posible la rápida identificación del virus, para poder elaborar vacunas eficaces.

La gran ventaja de la OMS es su capacidad de coordinar la investigación, los conocimientos especializados y las técnicas del centenar de países miembros. Reúne autoridades en problemas tales como la salud mental, la epilepsia, las enfermedades venéreas y el alcoholismo. Más de 1000 laboratorios y centros de investigación llevan a cabo gratuitamente trabajos de investigación a corto y a largo plazo a instancias de la OMS.

Uno de los mayores éxitos de la OMS fue la creación de un método para agregar yodo a la sal en bruto que emplean los pueblos primitivos. Con esto, dio a muchos habitantes de Iberoamérica, África y Asia un recurso para vencer el bocio.

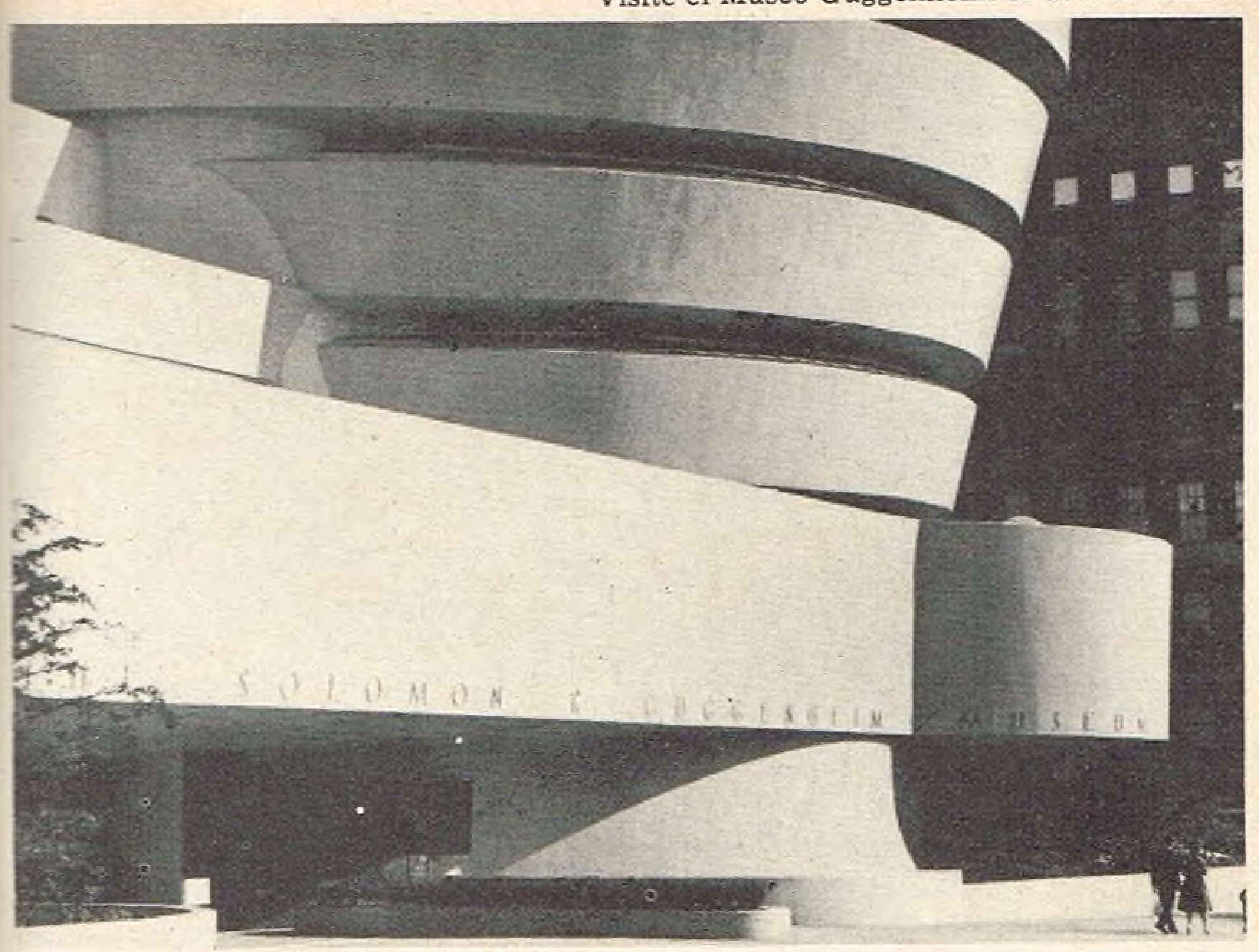
La OMS ha elaborado una vacuna antivariólica desecada que puede conservarse durante dos años en el trópico. Y por medio de un tratamiento combinado de suero y vacuna contra la rabia ha logrado reducir notablemente el número de defunciones a causa de esta enfermedad. El nuevo método es rápido, relativamente indoloro y, lo que es más importante, innocuo.

Un buen ejemplo de cómo funciona la OMS cuando recibe un llamado de auxilio, es el siguiente: En Costa Rica, donde durante varios lustros era desconocida la rabia, se desató de pronto una epidemia. La OMS envió en seguida a un eminente especialista, el Dr. Aurelio Málaga-Alba, que llegó provisto de escopetas, carne envenenada y equipo para vacuna.

El foco de la epidemia estaba en una aldea donde un perro rabioso había mordido ocho perros, un cerdo, unas gallinas y a tres personas. El perro rabioso consiguió escapar, pero se mató a los animales que había mordido, así como a lobos y perros sueltos; otros animales fueron exterminados por medio de la carne envenenada que se había colocado ex profeso en distintos lugares. Más de ochocientos perros fueron vacunados. La operación, que duró cinco días, acabó definitivamente con la epidemia.

El *kwashiorkor* es un implacable asesino de niños en los países primitivos; se la conoce como "la enfermedad que adquiere un niño cuando nace el siguiente". En otras palabras, el niño retirado del pecho ya no obtiene suficientes proteínas. Alimentándose principalmente con

Visite el Museo Guggenheim en Nueva York



AHORA USTED TENDRÁ MÁS TIEMPO PARA DIVERTIRSE EN E.U.A.

Los jets de *El InterAmericano* lo transportan rápidamente a los E.U.A. mientras usted duerme, y así puede disfrutar de un paseo en Nueva York durante *el primer día de sus vacaciones*. O si desea puede hacer conexiones para otros puntos, durante las primeras horas de la mañana.

Panagra ofrece el servicio más frecuente de jets hacia los E.U.A., desde Perú y Argentina, y el único servicio directo desde Chile. Aprovéchese de la nueva tarifa de Jet Economy (ida y vuelta) que le ahorra a usted dinero:

Lima a Nueva York, diario	$440
Buenos Aires a Nueva York, menos el miércoles	$599
Santiago a Nueva York, 5 días a la semana	$599

No hay cambio de avión en las rutas de Panagra, Pan American y National. Consulte a su agente de viajes, o llame a Panagra para hacer sus reservaciones.

PANAGRA · PAN AMERICAN

PAN AMERICAN-GRACE AIRWAYS   PAN AMERICAN AIRWAYS

féculas, se debilita, su pelo pierde el color; el pequeño va decayendo hasta que, en uno o dos años, muere. Actualmente, ayudado por la OMS, el Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (INCAP) elabora una mezcla sencilla y económica de verduras, semillas y granos, de producción local, que devuelven al niño salud y robustez. La fórmula, llamada incaparina, ya está curando a millares.

De todas sus realizaciones, la OMS considera quizás las más importantes el triunfo sobre dos grandes azotes de la humanidad: el paludismo* y el pian. Lentamente se está ganando la batalla contra el mosquito anofeles, portador del paludismo, y para 1965 quizás la enfermedad esté totalmente erradicada. Hasta hace poco tiempo, tres millones de personas morían de paludismo cada año, cifra ya reducida a la mitad por la OMS y sus rociamientos con DDT.

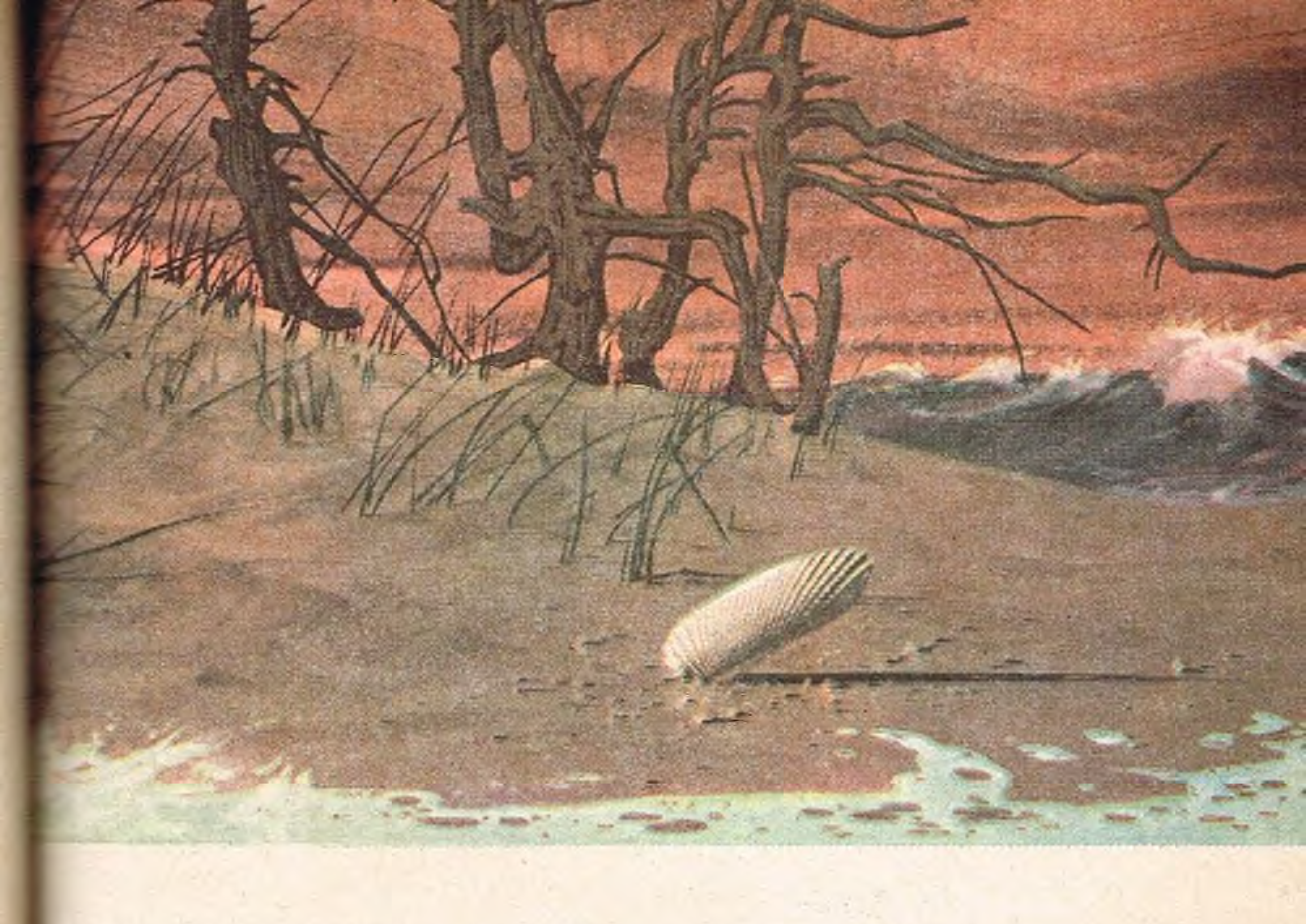
La derrota del pian —un pariente distante de la sífilis que va acompañado de úlceras dolorosas— es igualmente espectacular. La OMS ha curado a 25 millones de sus víctimas mediante el sencillo método de ir de aldea en aldea e inyectar penicilina a cada persona de quien se sospeche que lo padece. La sección de treponematosis y enfermedades venéreas de la OMS —dirigida por un noruego, el Dr. Thorstein Guthe— comenzó su ataque contra el pian en Haití, donde casi el 80 por ciento de las personas sufrían de la enfermedad. Actualmente ésta casi ha desaparecido.

La rapidez de la curación produce una fuerte impresión en la gente. Un muchacho cubierto con úlceras deformantes recibe su inyección de penicilina y en 10 días las úlceras han desaparecido y el enfermo se ha trasformado de una persona torpe e indiferente en otra sonriente y activa. Impresionados, los que sufren otras enfermedades vienen en masa a recibir tratamiento. Los que se han curado de sus males ahora quieren clínicas, hospitales y, sobre todo, educación. Cuando los gobiernos actúan lentamente, el pueblo se pone a trabajar y construye sus propios centros comunales; sólo pide que se suministren médicos, enfermeras y maestros.

Los intereses de la OMS son tan vastos como la humanidad, porque la organización define la salud como "un estado de completo bienestar físico, mental y social y no solamente la ausencia de enfermedad o invalidez". La definición explica, quizás, el celo y el espíritu de sacrificio de las múltiples mentes brillantes que constituyen el organismo: hombres y mujeres que han renunciado a los beneficios financieros del ejercicio privado a fin de servir a la humanidad.



*Véase *Ataque global al paludismo*, en SELECCIONES de octubre de 1958.



Mensaje del mar

POR ARTHUR GORDON *Condensado de "Guideposts"*

EN ESTE mundo hay personas dotadas de un don maravilloso. Es difícil decir con exactitud si la naturaleza de esta virtud es la serenidad, la entereza moral o la generosidad de espíritu. Pero sea lo que sea, cuando uno tropieza con dificultades o tiene algún problema serio recurre instintivamente a estas personas. Poseen un no sé qué que atrae como un imán. Yo cuento con un amigo así. Por eso, hace unas noches, teniendo el ánimo conturbado, decidí llamarle por teléfono.

—Ven por aquí —me dijo—. Alma ya se acostó y yo me iba a preparar una taza de café.

Allá fui, pues, y al cabo de una hora (como ya lo había previsto), me sentí mucho más tranquilo. El problema no había desaparecido, mas, por alguna razón, ya no me parecía tan tremendo. Mi amigo lo había aligerado con sólo escucharme, sentado en un viejo sillón giratorio, con los pies sobre la mesa,

las manos enlazadas detrás de la cabeza, sin hablar mucho . . . mas con evidente interés.

Llegó un momento en que la gratitud y el afecto que me inspiraba me movieron a decirle:

—Ken, cuando se trata de aliviar el desasosiego de una mente inquieta, no hay nadie como tú. ¿Cómo te las arreglas?

Ken tiene una pausada sonrisa que parece nacer en sus ojos.

—¡Hombre! —repuso—. Soy bastante más viejo que tú.

Pero, meneando la cabeza, yo insistí:

—No, la edad no tiene nada que ver con ello. Tú comunicas una calma que llega muy dentro. ¿De dónde la sacas?

Entonces, en actitud meditabunda, me miró unos segundos como tratando de decidirse a revelarme algo. Por fin, abrió con la punta del zapato una de las gavetas del escritorio. Sacó de ella una cajita de cartón y la puso sobre la carpeta.

—Si tengo algo de esa virtud de que hablas —me dijo— probablemente procede de esto.

Yo esperaba, mientras sobre la repisa de la chimenea sonaba el acompasado tictac del reloj.

Ken cogió una de sus ennegrecidas pipas y se puso a cargarla, mientras decía:

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Diez años? ¿Doce?... Esta caja es muchísimo más vieja que nuestra amistad. La tengo desde hace más de 30 años. Alma es la única otra persona que sabe lo que contiene, y acaso ya lo haya olvidado. Pero, de vez en cuando, yo la saco y la contemplo.

Encendió un fósforo, y el humo de la pipa se elevó, azul y reminiscente, a la luz de la lámpara. Ken empezó a hablar con tono evocador:

—Allá por la década del 20 yo era un joven a quien el éxito sonreía. Próspero como no te puedes dar idea. Ganaba el dinero fácilmente y lo gastaba aun con más facilidad. Era un muchacho a quien le sonreía la fortuna: hábil como el que más y también bebedor como ninguno. Me casé con Alma porque era bonita y vistosa pero no creo haberla querido. A decir verdad, no creo haber sido capaz de alentar ningún cariño. Lo que más se aproximaba a tal sentimiento era el enorme interés que sentía . . . por mí mismo.

Yo le oía estupefacto. Me resultaba poco menos que imposible creer esa brutal descripción que hacía de su propia persona.

—Pues bien —continuó Ken— como quizá hayas supuesto ya, llegó el momento de la expiación. ¡Y qué momento! A los que no experimentaron el desastre financiero de 1929 les resulta difícil darse cuenta de lo que fue aquello. Hoy era yo millonario . . . al menos en acciones y valores. A la semana siguiente me hallaba en la indigencia. Mi reacción fue la que se podía esperar: cogí una borrachera de tres días.

Soltó una breve carcajada ronca

y, pasándose la mano por los hirsutos cabellos, se levantó.

—El sitio que escogí para aquella pequeña orgía a la que me entregué para compadecerme de mí mismo, fue una cabaña que poseíamos junto a la playa, o mejor dicho, que era nuestra antes de que se desplomara nuestra jaula dorada. Alma quería ir conmigo, pero no la dejé porque lo que yo anhelaba era alejarme de todo y emborracharme como una cuba. Y así lo hice.

"Pero llega un momento en que empieza uno a serenarse. Para un alcohólico (y a mí me faltaba poco para serlo) éste puede ser un trance horrible. Se siente abrumado por la desilusión de sí mismo, embargado por la desesperación. Me vi en el espejo, con los ojos inyectados de sangre y una barba de tres días, y me di cuenta de que estaba contemplando la faz del perfecto fracasado. Como hombre, como esposo, como ser humano, me parecía que había hecho de mi vida un completo desastre. Se me ocurrió el pensamiento . . . ¡no, no fue un pensamiento, sino una convicción! . . . tuve la convicción de que lo mejor que podía hacer por Alma y por todos los demás era desaparecer permanentemente de este mundo.

"Además, sabía exactamente cómo llevarlo a cabo. Afuera azotaba un violento vendaval. El mar estaba embravecido. Me lanzaría a nado y avanzaría hasta donde me fuera posible, tan lejos que ya no tuviera fuerzas para volver. Con eso se solucionaría todo".

La pipa de Ken se había apagado, y mi amigo la dejó sobre la mesa. La vieja silla crujió cuando Ken se sentó de nuevo.

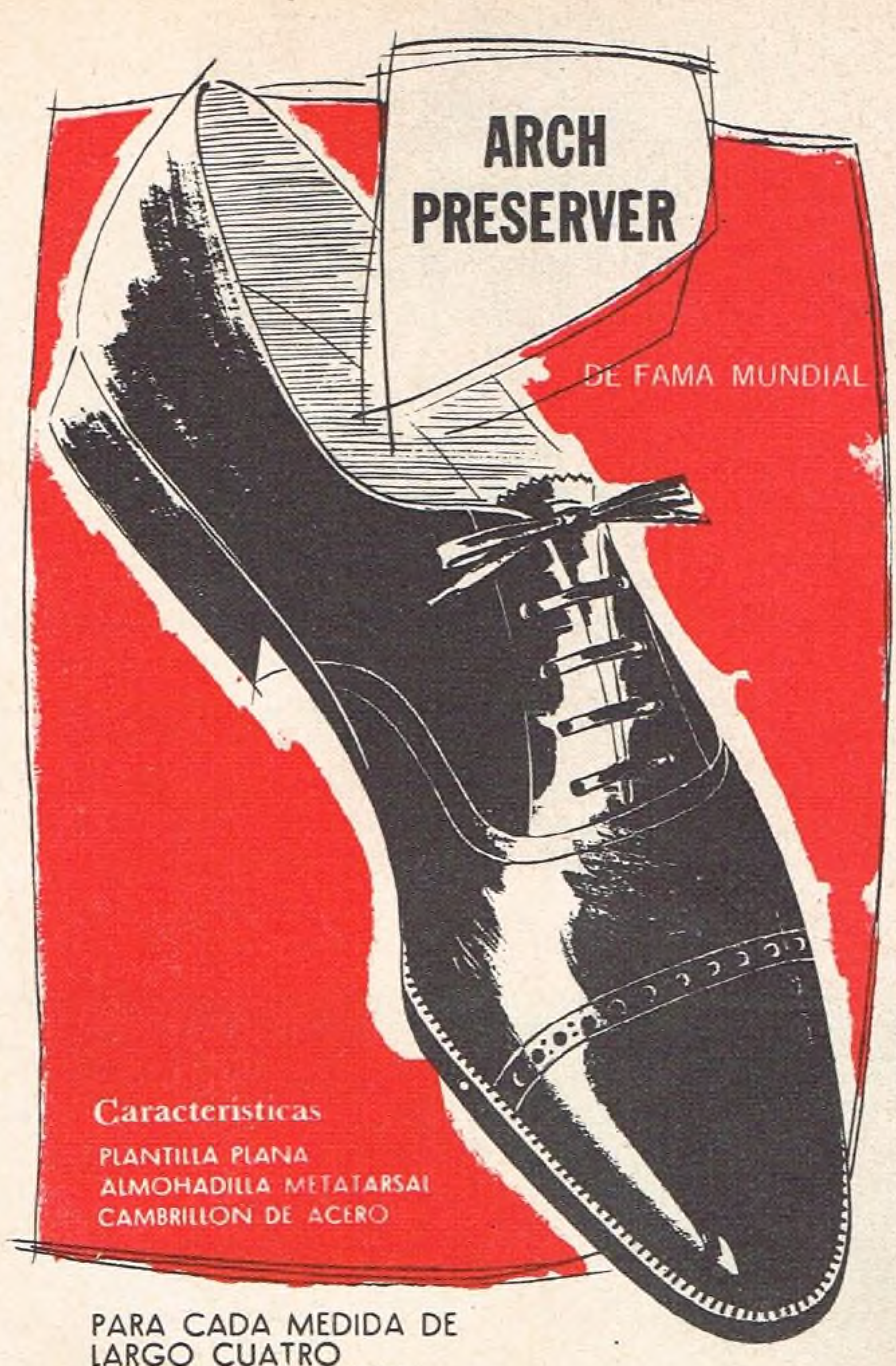
—Cuando se ve uno empujado a tomar una decisión como ésa lo único que se le ocurre es acabar cuanto antes. Así pues, no perdí tiempo. Dando tumbos bajé la escalera de la galería a la playa. Recuerdo que acababa de amanecer; el cielo tenía un ceño rojo y adusto; las olas estaban furiosamente encrespadas. Fui derecho hasta la orilla del agua. Cuando llegué allí, vi algo que brillaba en la arena. Esto.

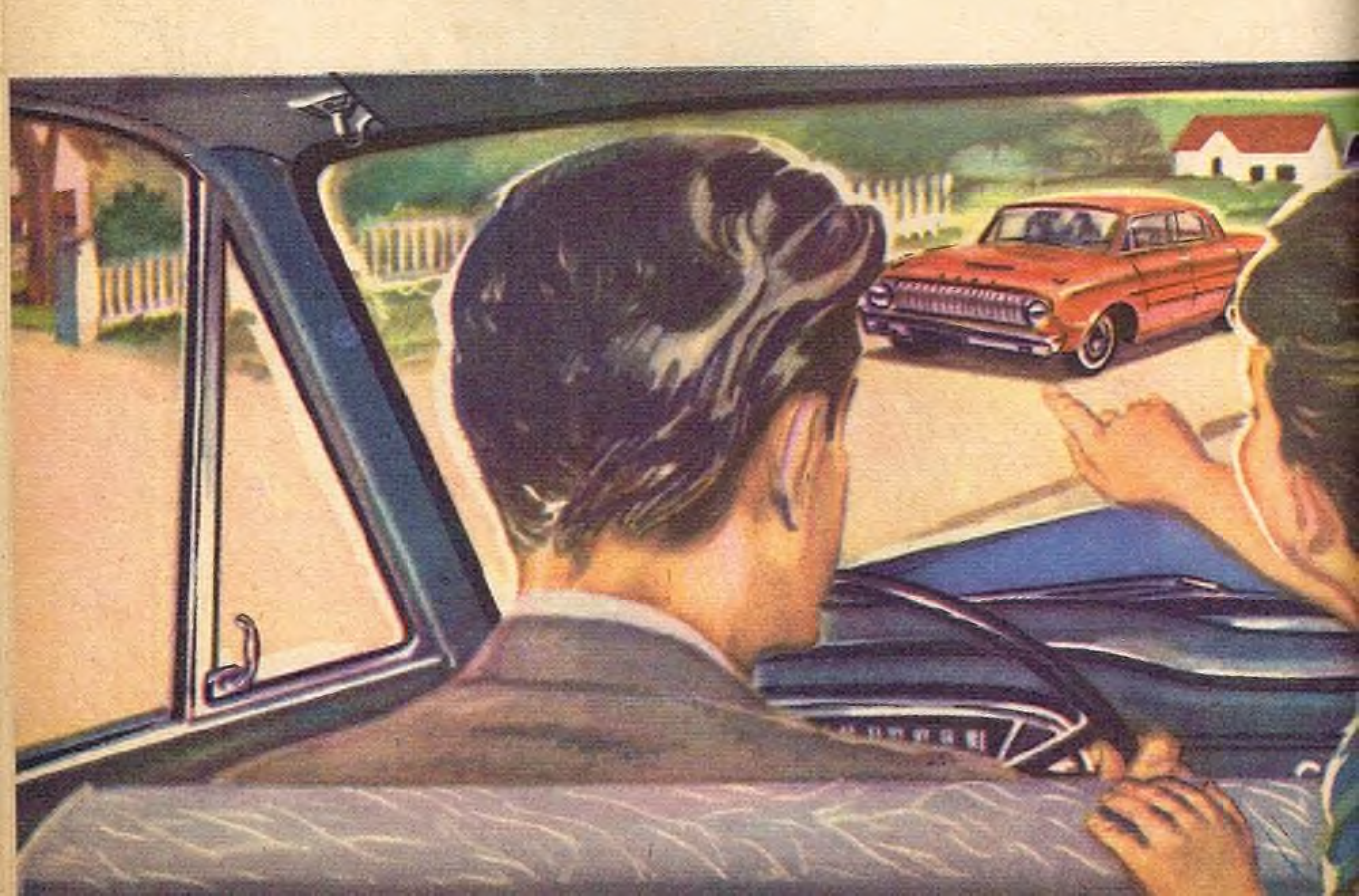
Y así diciendo, abrió la caja. Contenía una concha. No era una concha especialmente rara; yo había visto otras iguales. Era un estrecho óvalo de calcio ondulado, pálido, gracioso, delicado. Ken continuó:

—Me quedé mirándola fijamente. Finalmente la recogí, húmeda y resplandeciente. Era tan frágil que la menor presión de los dedos la hubiera deshecho. No obstante, allí estaba indemne, perfecta.

"¿Cómo era posible? Esta pregunta parecía atenazarme el cerebro, mientras a mi alrededor el viento bramaba y rugía el océano. Toneladas de hirvientes aguas habían zarandeado a esta concha sobre la arena maciza. Debió haber quedado hecha añicos, destruída irremisiblemente. Mas no había sido así.

"¿Qué había conservado la concha intacta, en una pieza? Yo me repetía esta pregunta con una especie de frenética obsesión, y de pron-


ARCH
PRESERVER
DE FAMA MUNDIAL
Características
PLANTILLA PLANA
ALMOHADILLA METATARSAL
CAMBRILLON DE ACERO



Ford

1962

FORD *Falcon '62*

Suceso de hoy . . . estilo del mañana!

to lo comprendí. La concha se había plegado a las tremendas fuerzas que estallaban a su alrededor. Había aceptado la tempestad igual que había aceptado antes la quietud de las profundidades donde había tenido su origen. Y había sobrevivido. Y, de repente, me vi a mí mismo luchando contra lo inevitable, batiendo los puños contra el destino, cuando debía aceptarlo armado de fe.

"No sé cuánto tiempo permanecí allí, pero finalmente, cuando volví la espalda al mar, me llevé la concha conmigo. Desde entonces la conservo".

Tomé la cajita de manos de mi amigo y levanté la concha en las mías. En la palma de mi mano, la veía exquisitamente formada, leve como una pluma . . . respetada por los años.

—¿Sabes cómo se llama esta especie? —pregunté.

Sonriendo con aquella pausada sonrisa suya, Ken replicó:

—Sí. La llaman "ala de ángel".



El finado Cordel Hull, que fue Secretario de Estado norteamericano, decía que una mentira le puede dar la vuelta al mundo antes de que la verdad haya acabado siquiera de vestirse.

— C. P. en el *Times*, de Nueva York

¡A la escuela!

Un sobrinito mío, muy tímido, sufría por tener que ir a la escuela todas las mañanas. La madre hizo que en la droguería le llenaran de azúcar unas cápsulas y se las dio al niño diciéndole que eran "píldoras de valor".

—Esas píldoras son magníficas, mamá —dijo el chico al regresar de clase—. Lo malo es que el efecto pasa muy pronto. — R. W.

Terminaba el primer día de clase para mi hijito de seis años. Todos los del primer curso salían marchando de dos en dos y daba gusto ver lo bien que el niño se comportaba entre los demás . . . es decir, hasta que reparó en mí. En el momento en que me vio, se dibujó en su rostro un gesto de consternación. Volvió sobre sus talones y se acercó a la maestra. Cambiaron ambos unas palabras, sonrieron los dos, y el niño regresó.

Le di poca importancia al incidente hasta que se repitió exactamente al siguiente día. Curiosa, le pregunté:

—¿Por qué te volviste a ver a la maestra, hijito?

—Para darle las gracias por todo y decirle que estuve muy contento.

— Sra. R. A. G.



De la sartén al fuego

Un artículo en pro de dejar las cosas en paz

POR DON HEROLD

Condensado de "Contemporary"

MI BOTIQUÍN, en otros tiempos, estaba atestado de frascos, cajitas, goteros y menjurjes destinados a remediar tales y cuales achaques.

Pero, hojeando un diccionario cierta vez, tropecé con la palabra de origen griego *iatrogénico* que significa "mal provocado por la medicina". Como, por ejemplo, la irritación de la piel que viene de un remedio para curar una afección cutánea. Eso me hizo reflexionar si los remedios serían a menudo la causa de los males.

Desde entonces, he hecho una lista de las "recetas" que, con frecuencia, nos dañan. Entre ellas:

El aire acondicionado trae bronconeumonías en pleno verano. Las vacaciones producen fatiga. El ejercicio para dar elasticidad a los músculos, nos envara. Y, por lo que a mí toca, cuando recibo una tarjeta en que se me desea pronto alivio, me siento peor.

Los peritos en problemas conyugales causan desavenencias cuando escriben artículos titulados "¿Es usted feliz casado?" (En otra época, pocos matrimonios se preocupaban por averiguarlo.)

Tras largos años de analizar centenares de aparatos y dispositivos para allanar las pequeñas dificulta-



des de la vida, he llegado a la conclusión de que, generalmente, resultan un tropiezo más. Por ejemplo, el sistema perfeccionado para marcar números telefónicos impide la comunicación con el número que deseamos. Los automóviles nos estorban para llegar a nuestro destino. Las autopistas inducen a la gente a salir en tal número que la carretera se vuelve intransitable. Las guías automovilísticas lo extravían a uno. Los aviones nos abandonan en los aeropuertos.

Los bolígrafos echan a perder la caligrafía. El rocío insecticida hace inmunes a él a los insectos. Los abonos acaban con el césped. Si compramos un nuevo sillón, todo el aposento resulta anticuado. Si adoptamos una criatura, nuestra esposa da a luz gemelos. Llamamos a un plomero y nos deja goteras nuevas. Si nos empeñamos en hacer algo en la casa sin ayuda ajena, tendremos que llamar a un experto para que lo enderece.

De modo que hay que desconfiar de demasiadas mejoras. Las cremas embellecedoras afean a las mujeres. Los peinados de fantasía en-





redan el cabello. Los zapatos arruinan los pies. Los dentistas, a la postre, lo dejan a uno sin dentadura. Si uno procura ir siempre bien atildado, acabará por descubrir que a quien la gente no soporta es a uno mismo.

En sociedad, las ayudas desayudan. Si no se bebe, hay que hablar con gente embriagada. Trata usted de disimular un bostezo y la visita se queda un rato más largo. Baja uno la voz para hacer una confidencia y los demás callan a la vez para enterarse.

También desde el punto de vista nacional, una gran suma de nuestras actuales preocupaciones resultan de habernos enredado en asuntos triviales que no habrían tenido consecuencias si los hubiésemos dejado hervir un rato.

Por ejemplo, si tratamos de controlar las finanzas, viene la depresión económica. Los planes fiscales traen inflación. La prosperidad nacional nos agobia con deudas. El programa agrícola desespera a los agricultores. Las rentas congeladas hacen imposible hallar residencia. Los pagos a plazos producen quiebras. Los sindicatos obreros son un obstáculo para conseguir trabajo.

En el dominio internacional, las

guerras para acabar con las guerras producen guerra. Los diplomáticos acaban con la diplomacia. Las conferencias "en la cumbre" terminan en un barranco.

En el campo de la ética sobresale lo contraproducente, sobre todo si se trata de inducir a las personas a que se conduzcan mejor de lo que la naturaleza determina.

Así como la prohibición aumentó el consumo de bebidas embriagantes, la censura induce a la gente a leer obras obscenas. Los letreros que advierten que la pintura está fresca, invitan a las personas a tocarla. Y, si se aconseja a los niños que no se metan habichuelas en la nariz, eso precisamente harán.

Todo lo cual me lleva a la conclusión de que es preferible atenerse a aquel clásico epitafio: "Aquí yace un español que estaba bien y quiso estar mejor".



Trotamundos

Un viajero veterano cuenta que aún le causa cierto escalofrío recordar el anuncio que oyó por los altavoces la última vez que viajó en avión: "El vuelo 109 —decía solemnemente una voz— está ya listo para su partida final".

— A. R.

Una amiga que nos visita nos informó de una extraña conversación que sostuvo en un aeropuerto con el encargado de los pasajes.

—Me informan que allá están en huelga las líneas aéreas. ¿No se me dificultará el regreso?

—No, señorita. La huelga sólo afecta a los pilotos.

— *Tribune*, de Minneapolis

¡Atrapado!

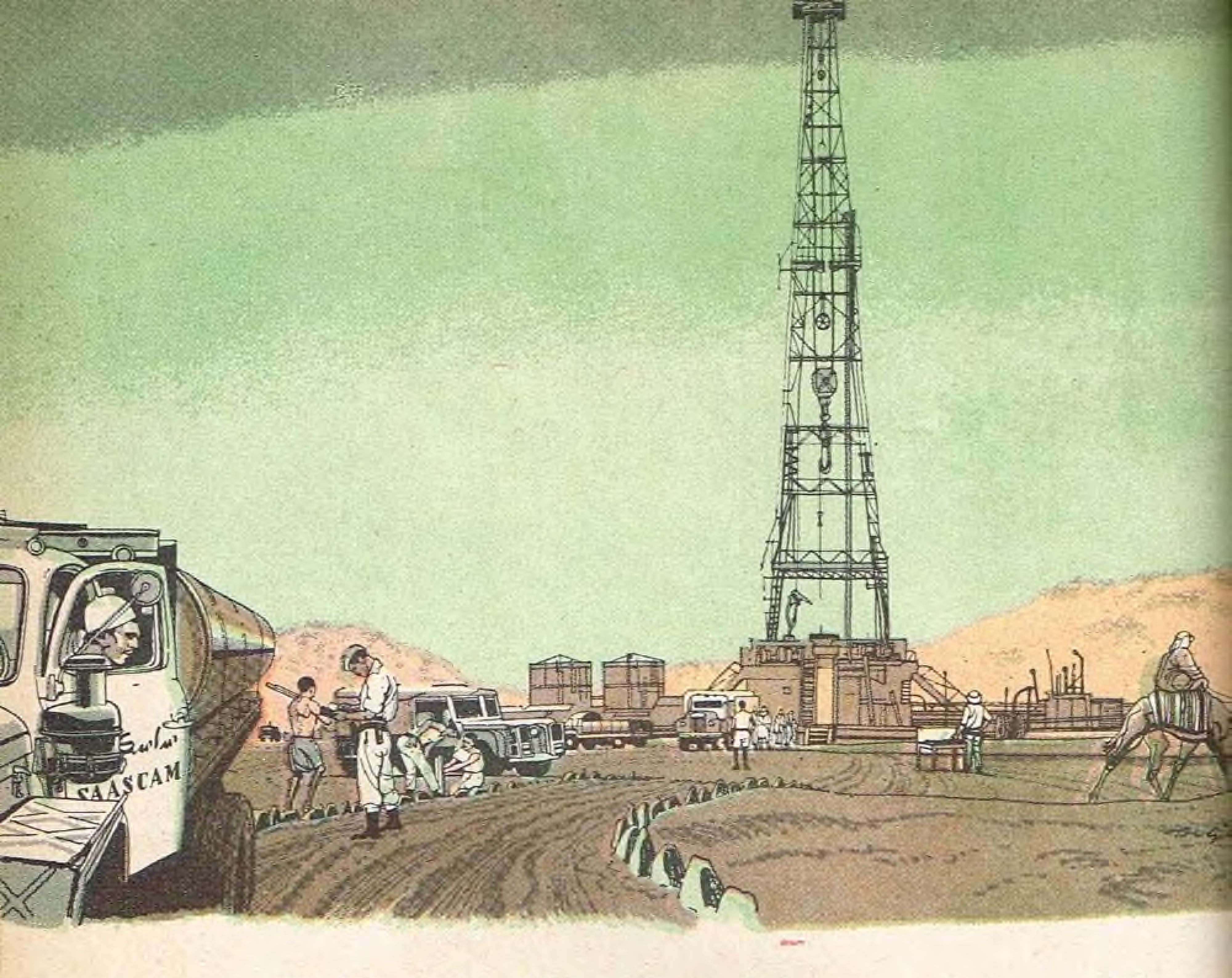
Una noche de verano mi marido y yo descubrimos que un ratoncito se había quedado atrapado en una de las rejillas de la calefacción. Después de haber tratado infructuosamente de librarlo, mi marido dijo:

—Vamos a dormir. El ratón morirá de hambre en un par de días.

No podía yo dormir pensando en la cruel muerte que esperaba al animalito. Al fin me levanté, tomé un pedazo de pan y comencé a echar migajas por la rejilla. Pero no tardó mi marido en interrumpirme.

—¡No hagas eso! —me gritó. Y luego, un tanto corrido—: Yo ya le di de comer.

— Sra. C. J.



Libia, la indigente, se hace millonaria

POR JAMES WINCHESTER

Condensado de "World-Telegram and The Sun" de Nueva York

El fantástico hallazgo de oro negro trasforma un viejo reino del desierto

CIERTO DÍA de octubre del año pasado, Idris, el septuagenario rey de Libia, presidió una regocijada ceremonia que se llevó a cabo en el puerto de Marsa el Brega en el Me-

diterráneo, de reciente construcción. A la vez que el soberano abrió una válvula de oleoducto, la estentórea voz de un locutor de la radio gritaba al micrófono: "¡Ya llegó! ¡Ya llegó! ¡Ya corre el oro negro!"

Para el indigente e iletrado pueblo de Libia, presa de toda clase de miserias y enfermedades, el acontecimiento resultaba de enorme trascendencia. Hacia los mercados mundiales comenzaba a fluir el petróleo crudo producido por Libia, bombeado hasta la costa desde el corazón del desierto. Por fin daba frutos una aventurada empresa en que se habían arriesgado más de mil millones de dólares.

Hoy Libia es, entre los países productores de petróleo, el más prometedor del mundo. Veintiuna compañías extranjeras (entre británicas, holandesas, norteamericanas, francesas, alemanas e italianas) han llegado a este antiquísimo reino. Hasta ahora han perforado más de 300 pozos, de los cuales unos 150 producen petróleo. En 11 regiones diferentes se ha dado con yacimientos petrolíferos cuya capacidad se aproxima a la de todo el estado de Tejas, mas a pesar de ello parece que apenas se ha rasguñado la superficie del gran desierto líbico, que tiene una extensión de 1.300.000 kilómetros cuadrados. Hacia fines de 1962, la producción petrolera de Libia pasará de 200.000 barriles diarios y se calcula que hacia 1967 llegará a un millón de barriles cada veinticuatro horas, lo que será igual, o poco menos, a la producción actual de los yacimientos del Irak.

Hace poco, cuando llegué al activo aeropuerto internacional de Trípoli, lo primero que vi fue una multitud de aviones de las compañías petroleras. Yendo en automóvil hacia el centro de la ciudad, observé muchas explanadoras que levantaban el terreno a orillas de la carretera bordeada de árboles y preparaban los sitios donde se construirán los nuevos barrios suburbanos (con supermercados y todo) en que habrá de alojarse la enorme afluencia de trabajadores petroleros y sus familias. En las afueras de la ciudad, los almacenes de utensilios petroleros y depósitos de abastecimientos se alzan unos detrás de otros. Los muelles se hallaban atestados de buques que traían máquinas y materiales para las compañías petroleras.

Un funcionario petrolero me decía cierta noche en que nos hallábamos en la terraza del Hotel Uaddan de Trípoli: "Lo más interesante es que muchos de los principales yacimientos están a sólo 150 kilómetros del Mediterráneo, lo cual sólo requiere la construcción de un oleoducto relativamente corto y económico. Podremos despachar petróleo de Libia a Londres a razón de 35 centavos de dólar el barril, en contraste con los 65 que cuesta llevarlo desde el Oriente Medio".

Los yacimientos líbicos podrían contribuir a librar a la Europa occidental de su dependencia del petróleo del Oriente Medio, abastecimiento que podría verse fácilmente interrumpido en cualquier mo-

mento por una guerra o por un cambio en la situación política. Los envíos de petróleo de Libia no se suspenderían por la clausura del canal de Suez ni por sabotaje en los oleoductos que atraviesan otros países árabes.

El interés en Libia como posible abastecedora de petróleo se despertó en 1947, cuando dos geólogos que hacían exploraciones por cuenta de una subsidiaria de la Standard Oil Co. de Nueva Jersey, informaron que habían descubierto extensas secciones que contenían sedimentos marinos enterrados desde hace siglos. En diversas épocas de su historia, gran parte de la Libia de hoy estuvo cubierta por las aguas, en las que vivían millones de minúsculos seres marinos. Cuando las aguas se retiraron, estos animales quedaron allí entre el cieno y la arena del fondo. Con el trascurso de varios milenios aquellas criaturas marinas se convirtieron en petróleo, palabra que literalmente significa aceite de piedra. Así fue como la madre naturaleza dejó a Libia un rico legado de energía latente.

Fue apenas en 1955, después de haberse descubierto petróleo más hacia el Oeste, en el Sahara argelino, cuando Libia empezó a conceder permisos de exploración y perforación a compañías extranjeras. Aparecieron entonces docenas de cuadrillas de operadores de sismógrafos que viajaban en *jeeps* ingleses y se guiaban con brújula para ir y venir por aquella tierra sin caminos. Enormes eran las extensiones que había que explorar. Las concesiones de la Oasis Oil Co., combinación ésta de tres grandes empresas petroleras norteamericanas (Ohio Oil, Continental Oil y Amerada Petroleum) abarcan unos 1500 kilómetros, desde la frontera argelina hasta la egipcia.

Un grave problema que se presentó a los exploradores consistió en que precisamente en aquellas grandes extensiones desérticas fue donde los ejércitos de Rommel y Montgomery libraron algunas de las más decisivas batallas de la segunda guerra mundial y dejaron una herencia de seis millones de minas terrestres, trampas explosivas y granadas intactas. Debido a ello los camiones de las compañías petroleras que cruzan el desierto deben ir provistos de pisos blindados como protección contra las explosiones, y es necesario limpiar de minas terrestres hasta el último palmo del terreno explorado o donde haya de perforarse un pozo. Esto cuesta todavía a las empresas petroleras más de un millón y medio de dólares al mes.

Las minas terrestres han dado muerte o dejado inválidos a muchos trabajadores petroleros. Uno de los dispositivos más endiablados es la mina alemana "S" contra tropas, que, al ser accionada salta en el aire uno y hasta dos metros y estalla, disparando unas 350 balas de acero que escapan como metralla en todas direcciones. Algunas de las minas están enterradas en posición invertida, lo cual hace más difícil extraerlas. Otras están disimuladas



Es natural: las cosas delicadas... frágiles... preciosas, exigen un tratamiento especial, todo delicadeza y suavidad... La piel de su bebé, por ejemplo, merece ser tratada con lo más fino: *únicamente* con Johnson. **Jabón JOHNSON** es purísimo, cremoso... una caricia para la piel más tierna. **Colonia JOHNSON** es tan fresca y deliciosa, que el bebé la reconoce ¡y la reclama! Y muchas mamás los usan también.

Todas las Especialidades Johnson para Niños, están elaboradas con elementos expresamente seleccionados: por eso, el uso simultáneo de varios productos, jamás resulta incompatible... si son de **JOHNSON & JOHNSON.**

Exija especialidades Johnson para niños

y dispuestas en pares, de modo que al sacar una estalla la otra. Cuando los trabajadores descubren una mina, generalmente la destruyen con una carga explosiva que introducen debajo de ella.

Los individuos que se contratan para extraer estas minas constituyen una tosca versión civil de la famosa Legión Extranjera y proceden de una docena de países; muchos de ellos militaron en el Afrika Korps de Rommel, y ellos mismos sembraron algunas de esas minas hace cerca de 20 años.

El primer pozo fue perforado, por vía de prueba, por la Libyan-American Oil Co. en 1956, pero hubo de ser abandonado cuando alcanzó una profundidad de 2857 metros. Con la misma mala fortuna se perforaron otros cuatro pozos en 1957. En 1958 se hallaron, en puntos muy alejados entre sí, varios yacimientos, mas ninguno llegó a brotar en abundancia. Hacia las postrimerías del mismo año, ya muchas compañías estaban dispuestas a abandonar la empresa.

El 14 de abril de 1959, sin embargo, la Esso Libya dio en el blanco. A una profundidad de 1650 metros, el pozo Bir Zelten No. 1 brotó con un rugido y comenzó a arrojar el tan ansiado oro negro. Finalmente, cuando se logró dominarlo, el Bir Zelten No. 1 mostró la prodigiosa capacidad de 17.500 barriles diarios. Poco después, a unos ocho kilómetros del primero, brotó el Zelten No. 2 con una producción de 15.000 barriles diarios.

Desde entonces el petróleo pareció brotar por todas partes en el desierto líbico. Las compañías Royal Dutch Shell, Gulf, Texas, American Overseas y Oasis, entre otras, perforaron pozos productivos. En la actualidad, cada mes comienzan a funcionar, por término medio, unos 14 pozos nuevos.

Las líneas de abastecimiento de los campos petrolíferos en Libia resultan más extensas y costosas que las de cualquier otra empresa petrolera en el mundo. Dondequiera que es posible se emplean aviones de carga, pero esto no resulta práctico en todos los casos. Para perforar un pozo en el corazón del desierto se requieren, entre otras menudencias: una torre que pesa 200 toneladas, cerca de 5000 metros de tubería de acero para perforación y revestimiento, de 50 a 100 brocas perforadoras de grueso calibre, y 3000 barriles de aceite combustible diésel para las máquinas perforadoras... a más de las viviendas y provisiones para los 40 o 50 individuos que componen una cuadrilla de perforadores.

Todo esto tiene que trasportarse por camión desde Trípoli y Bengasí, atravesando candentes y extensas regiones desérticas y sin caminos. Los vehículos van equipados con neumáticos enormes para evitar que se queden atascados. El viaje redondo a los sitios donde se efectúan los trabajos de perforación (un recorrido de 3000 kilómetros), dura de 20 a 25 días. En algunos puntos, las agudas rocas dejan los neumá-

ticos hechos trizas; en otros, los vehículos del desierto tienen que abrirse camino por verdaderos mares de arena cuyas "olas" alcanzan hasta 180 metros de altura. Solamente en neumáticos para un camión de 60 toneladas se gastan anualmente hasta 15.000 dólares.

A todo esto se agregan la temperatura, que aun a la sombra alcanza a veces hasta los 58° centígrados, y los vientos del desierto, llamados localmente *ghiblis*, que soplan a 115 kilómetros por hora durante varios días seguidos. A una altura de 1500 metros sobre la superficie, la visibilidad es nula.

Para llevar el petróleo crudo desde Zelten a Marsa el Brega se construyó un oleoducto de 75 centímetros de diámetro y 167 kilómetros de largo. Debido a que no había instalaciones adecuadas para desembarcar la carga en lo que va a ser el puerto, los tramos de cañería para el oleoducto, de unos doce metros de longitud y con un peso de dos toneladas cada uno, fueron llevados a flote hasta la orilla tras de cerrarlos por los extremos para que pudieran boyar. A medida que se construía una carretera asfaltada hasta Zelten, la tubería iba avanzando en camiones. Obreros soldadores, procedentes de una docena de países, trabajaron bajo un sol abrasador (y al amparo de coloridas sombrillas de playa) para unir la cañería.

Las compañías de petróleo extranjeras han gastado ya alrededor de mil millones de dólares en la empresa, pero ni aquéllas ni el gobierno de Libia comenzarán a cosechar los beneficios de tan enorme inversión mientras no se obtenga una mayor producción . . . probablemente dentro de unos cuatro o cinco años. Sin embargo, con la demanda de petróleo por parte de la Europa occidental, demanda que se espera ascenderá a 6.250.000 barriles diarios hacia 1965, bien poco habrá que preocuparse en cuanto a mercado.

El impacto económico que esta riqueza petrolera ha tenido en Libia ya se manifiesta en diversas formas. Unos 8000 nativos del país trabajan anualmente en las compañías petroleras y reciben salarios nunca antes soñados en estas tierras. Emprendedores residentes de la región proporcionan a los trabajadores petroleros docenas de diversos servicios, como el de trasportes y aprovisionamiento. Empero, las nuevas riquezas están creando graves problemas. Si bien una minoría prospera, las masas siguen sumidas en su desoladora pobreza. Se han dejado de cultivar muchas tierras antes productivas porque los labradores afluyen a las poblaciones en busca de empleo. En las afueras de Trípoli y Bengasí han aparecido ya barriadas miserables e infectas.

Dentro de unos años, la fuente de trabajo creada por la nueva industria sufrirá una aguda merma. Se emplearán bombas automáticas para extraer el petróleo, y los oleoductos hoy en construcción, que dan empleo a millares de personas, estarán terminados.

Libia tiene destinado el 70 por ciento del dinero que reciba por su petróleo (elevadas regalías y el 50 por ciento de las futuras utilidades de las compañías explotadoras) a un programa de fomento nacional a largo plazo. "Nuestro objetivo", dice Fuad Cabasi, ministro de Petróleos de Libia, "es invertir nuestras ganancias en obras que vayan produciendo a medida que falten los empleos en la industria petrolera. Deseamos que nuestro pueblo obtenga verdaderos beneficios y no sólo un bienestar pasajero".

Lo malo es que estos benéficos propósitos (construcción de caminos, escuelas, puertos, hospitales, nuevas industrias que den variado empleo al pueblo, y el fomento de las habilidades individuales para ayudar a los naturales de Libia a desempeñar nuevos trabajos) son cosas que tardan varios años en lograrse. Mientras tanto, son muchos los que en Libia, tanto en las altas como en las bajas esferas sociales, sólo ven en el petróleo una riqueza inmediata para todos.

"Lo que ocurrirá probablemente", predice un veterano observador de los asuntos líbicos, "es que el gobierno de Libia pedirá a las compañías petroleras que le adelante sus regalías, y las empresas tendrán que acceder a ello. Vendrá entonces una inundación de obras que el pueblo pueda *ver*. Muchas de ellas no serán de ningún provecho para el país... Sólo servirán para que los políticos se atiborren los bolsillos. Pero eso sí, serán algo sensacional".

Los rusos, y más especialmente el presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser, quien cuenta con muchos partidarios entre el pueblo bajo, desearían enseñorearse del Reino Unido de Libia, que sólo lleva diez años de vida independiente. Maestros egipcios gobiernan desde hace mucho tiempo las escuelas de Libia. Las radiodifusiones del Cairo son escuchadas por todos. Los rusos, por su parte, adquieren buena parte de las exportaciones de Libia y vienen ofreciendo becas a los estudiantes del país, así como brindando ayuda técnica y no pocos préstamos sin intereses.

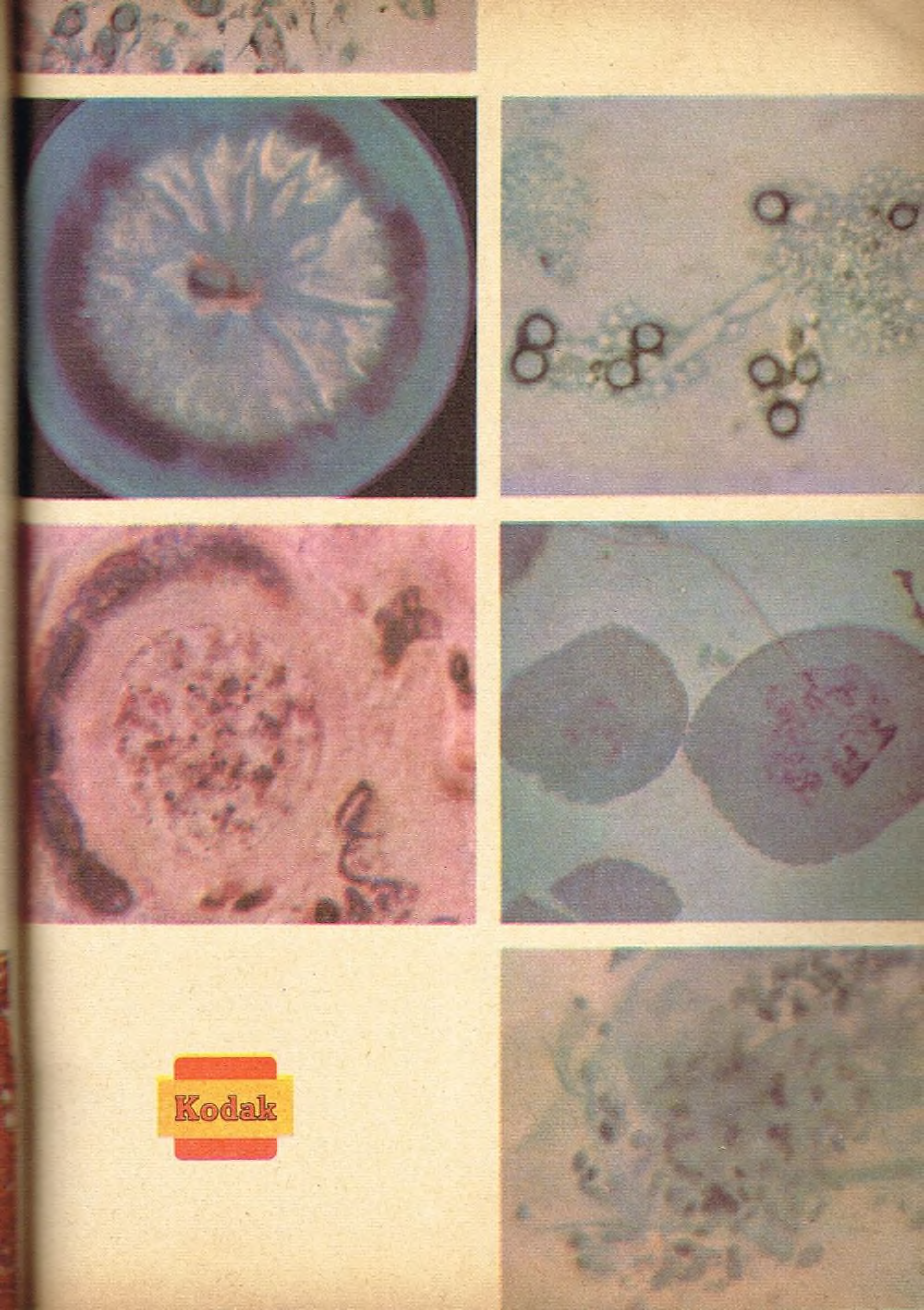
Mantener al pueblo satisfecho y ocupado: he aquí la clave de la vida política de Libia durante los próximos años. Los rusos y Nasser están listos para sacar el mejor partido de cualquier motivo de descontento que pueda presentarse. Tal es el telón de fondo, lleno a la vez de promesas y de amenazas, ante el cual marcha Libia, a grandes pasos, de la miseria a la opulencia.

Nacidos antes de tiempo

Un viejo cascarrabias a otro: "Si hubiera habido mantas eléctricas y pan en rebanadas cuando yo era joven, nunca me hubiera casado".

— *The English Digest*


SISTEMA
Delgado
INDUSTRIA ARGENTINA
LA GRAN MARCA ARGENTINA
Ahora para Usted
HORMAS DE CALCE JUSTO: que confieren máxima soltura al andar de la mujer.
RIGUROSA SELECCION DE MATERIALES: como base de la más prolija confección.
DISEÑOS DE AVANZADA: en líneas exclusivas de cautivante actualidad.
SISTEMA
Delgado
El calzado MAS FINO para damas


Kodak

Cuidado con la hepatitis

Cada vez son más frecuentes los brotes epidémicos de esta debilitante enfermedad del hígado. Es mucho más fácil su prevención que su curación.

Por Lin Root

Por tomar agua contaminada de un pozo, en Virginia Occidental, 52 niños en edad escolar enfermaron gravemente y se pusieron de un color amarillo mostaza. En Nueva Jersey, 40 adultos ingresaron en el hospital con síntomas similares; 14 murieron. En estos casos, la enfermedad comenzó después de habérseles aplicado inyecciones . . . todas por un mismo médico.

En Misisipí, las ostras del río Pascagoula, contaminado, causaron una epidemia de la misma enfermedad. En la primavera pasada, las autoridades de Nueva York y Nueva Jersey prohibieron la pesca de mariscos en la bahía de Raritan y aguas adyacentes después de una epidemia que atacó a varios cientos de personas que habían comido almejas crudas procedentes de esa región.

En todos esos casos el diagnóstico fue: hepatitis (inflamación del hígado) producida por un virus. Debido a que sus síntomas pueden parecerse a los de muchos otros padecimientos que afectan el hígado, desde la mononucleosis infecciosa hasta el envenenamiento por arsénico, o a diversas afecciones de la vesícula biliar, es difícil diagnosticar la hepatitis, que ha confundido a los médicos desde hace mucho tiempo. En los Estados Unidos continúa aumentando el número de casos de esta enfermedad, y actualmente el país sufre una de sus peores epidemias de hepatitis.

Según informes presentados, durante los 12 últimos meses la hepatitis por virus atacó a 60.000 estadounidenses, 50 por ciento más que en el año anterior. Los casos no diagnosticados y los no registrados probablemente eleven el total a cer-

ca de 600.000. Ningún estado se ha librado de los brotes epidémicos. La "temporada" de hepatitis alcanza su apogeo desde noviembre hasta abril o mayo. Antes, la enfermedad atacaba principalmente a los niños, por lo común en forma leve. En cambio, recientemente el número de casos de adultos ha aumentado en muchos estados hasta constituir más del 60 por ciento del total.

La hepatitis por virus no suele ser mortal, pero sus víctimas dicen sentir algo peor que la muerte: agudos dolores de cabeza, náuseas (que aparecen con sólo pensar en comida, tabaco o licor), generalmente fiebre alta, extrema debilidad y profundo abatimiento moral (no se pueden evitar las lágrimas). Pasada una semana o más, puede presentarse la ictericia: la piel y las conjuntivas adquieren un color amarillo sucio. La hepatitis, que no reacciona ante ningún remedio conocido, excepto la buena nutrición y el reposo en cama, dura unas seis semanas. Luego, a veces se prolongan por meses los sufrimientos durante la convalecencia. Y mucho después de haber desaparecido todos los síntomas, cualquier esfuerzo en el trabajo o el juego, cualquier exceso de comida o bebida, puede traer como consecuencia una recaída.

El hígado, con un peso de 1350 gramos, aproximadamente, es el órgano más grande y más pesado del organismo humano y el de mayor actividad química. Trasforma todos los alimentos que comemos. Elimina por filtración las sustancias tóxicas. Diariamente elabora un litro de bilis de color amarillo anaranjado, que contribuye a digerir y absorber las grasas. (Cuando la inflamación impide a las células del hígado eliminar bilis, ésta pasa a la corriente sanguínea, y aparece el color típico de la ictericia.) El hígado almacena azúcar y la distribuye a los músculos a medida que éstos la requieren. Regula la concentración de ácidos aminados (constituyentes de las proteínas) en la sangre. Desde luego, cualquier obstáculo al trabajo normal de este órgano vital acaba con nuestro bienestar.*

Dos formas de hepatitis vírica afectan al hígado: la hepatitis infecciosa y la hepatitis sérica, cada una producida, aparentemente, por virus o grupos de virus distintos. Los dos tipos producen los mismos síntomas con variable intensidad y requieren el mismo tratamiento fundamental.

El virus de la hepatitis infecciosa generalmente entra en el organismo por la boca, se incuba en el intestino durante dos a seis semanas y luego se manifiesta bruscamente con fiebre alta y síntomas violentos. El enfermo puede pensar que sufre una fuerte influenza. Como muchas otras enfermedades por virus —poliomielitis, sarampión, varicela, paperas— la hepatitis infecciosa ataca a los adultos mucho más intensamente que a los niños.

La ictericia, considerada por mu-

*Véase *La función vital del hígado*, en SELECCIONES de abril de 1958.

cho tiempo como el signo cardinal, no da la medida de la gravedad. El Dr. Félix Wroblewski, del Centro Anticanceroso Memorial Sloan-Kettering y de la Escuela de Medicina de la Universidad de Cornell, dice: "Por cada caso que presenta ictericia puede haber otros 10 o 15 sin ningún signo aparente". Este último grupo es el que ofrece mayor peligro, pues la enfermedad puede avanzar sin diagnosticarse y producir lesiones internas. Más aún, esos casos no identificados pueden difundir la enfermedad.

El Centro de Enfermedades Trasmisibles del Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos, considera la hepatitis infecciosa como uno de los problemas más serios entre las enfermedades infecciosas. El virus, que se incuba en el intestino, es excretado por la víctima antes y durante algún tiempo después de manifestarse la enfermedad. También, como el bacilo de la fiebre tifoidea, puede trasmitirse por medio de portadores que no tienen síntomas visibles de enfermedad. Sin una higiene escrupulosa, se puede propagar la enfermedad con la contaminación de manos, vajilla, alimentos, ropas y toallas. Se ha demostrado que en las escuelas el rollo de papel sanitario es un medio de trasmisión.

La hepatitis sérica se presenta nada más cuando el virus se introduce directamente en la corriente sanguínea de la víctima. Una cantidad tan pequeña e invisible como 0,000001 de centímetro cúbico de

plasma, puede producir infección. Las inyecciones, trasfusiones, vacunaciones, tomas de sangre, punciones, incisiones y toda clase de intervenciones médicas y dentales con jeringas, agujas, lancetas o cualesquiera instrumentos que hayan estado en contacto con la sangre humana y que no se hayan esterilizado adecuadamente, todos pueden ser trasmisores del mal.

La hepatitis sérica no hace distinción de edades; es más virulenta que la infecciosa (en algunos brotes ha producido una mortalidad hasta de 30 por ciento), comienza más insidiosamente (con malestar general, fiebre poco elevada o sin fiebre) y tarda en manifestarse plenamente. El virus se incuba únicamente en la sangre, de seis semanas a seis meses.

La hepatitis por virus es un mal antiguo. En el siglo V a. de J.C., Hipócrates describió la "ictericia epidémica", pero no fue sino hasta la segunda guerra mundial cuando, por haberse recrudecido la enfermedad como resultado del uso de ciertas vacunas y de trasfusiones de sangre, la ciencia emprendió una verdadera ofensiva. El progreso ha sido angustiosamente lento.

Durante la guerra, gran número de "pacifistas de conciencia" y prisioneros se ofrecieron voluntariamente como conejillos de Indias. En Europa y los Estados Unidos, los investigadores hicieron planes para conocer las causas de esta enfermedad y la forma en que se trasmite. Los hombres de ciencia filtraron sangre, plasma, materias fe-

cales y orina de hombres enfermos para separar las bacterias, y luego dieron por vía oral o inyectaron los filtrados a los voluntarios. Cuando éstos enfermaron, nuevos voluntarios recibieron filtrados derivados de los anteriores.

Los resultados de estos estudios demostraron que la hepatitis infecciosa, y probablemente la hepatitis sérica, se deben a virus tan pequeños que pueden atravesar el filtro más fino, y que las dos enfermedades se presentan con o sin ictericia. Ensayos posteriores probaron que la hepatitis infecciosa confiere inmunidad contra sí misma.

Allí estaba el primer indicio prometedor. Los anticuerpos que producen inmunidad se fabrican en una parte de la sangre llamada globulina gama. La fracción de globulina gama, separada del plasma, pudo entonces emplearse para reforzar la producción de los propios anticuerpos de una persona. Si se administra después del contagio, pero antes de desarrollarse la infección, la globulina gama inmuniza durante unas seis semanas contra muchas afecciones producidas por virus. La globulina gama —con la que se obtiene buen éxito hasta en un 95 por ciento de casos— se emplea actualmente para evitar que se difunda la hepatitis infecciosa entre los que están en estrecho contacto con enfermos de esa hepatitis. En cambio, no es eficaz contra la hepatitis sérica.

Hasta hace poco tiempo, no habían dado el fruto esperado los experimentos realizados durante la guerra. Este año, cuatro laboratorios dieron, no obstante, noticias alentadoras.

El grupo del Dr. Joseph Boggs, director de los laboratorios del Hospital Children's Memorial, de Chicago, y los doctores I. William McLean y Wilton Rightsel, de los laboratorios Parke, Davis, de Detroit, son los más avanzados a este respecto. En junio pasado, el Dr. Boggs anunció que los hombres de ciencia de Parke, Davis habían logrado cultivar en gran escala un virus de hepatitis en células de médula ósea humana. Con inyecciones de este virus, el Dr. Boggs produjo hepatitis infecciosa en voluntarios de la penitenciaría del estado de Illinois. Las preparaciones atenuadas del virus estimularon la formación de anticuerpos sin producir síntomas de la enfermedad.

Por alentador que esto sea, quedan muchos problemas por resolver para llegar a obtener una vacuna contra la hepatitis. Entre otros, el de que, como en la poliomielitis, son varias cepas de virus las que ocasionan la enfermedad, según se cree cada vez más firmemente. Aunque todo lo demás se haya resuelto, es posible que trascurran todavía algunos años de experimentación y pruebas para perfeccionar la vacuna.

Mientras tanto, los expertos destacan la importancia de prestar la debida atención a los síntomas iniciales, ya que éstos señalan la posibilidad de que se produzcan le-

LAS GUERRAS MAS BRUTALES DEL SIGLO XIX, LAS QUE INSPIRARON A DUMAS Y TOLSTOY, LAS QUE ARROJARON MILES DE MUJERES MUTILADAS E INCALCULABLE CANTIDAD DE TARTAROS Y COSACOS MUERTOS O DESTROZADOS, EVOCADAS BRILLANTEMENTE Y CON EXCEPCIONAL REALISMO



Los Sables del PARAISO

por Lesley Blanch

LEA este dramático y apasionante relato



CIRCULO LITERARIO



Este libro habla de violencia y frenesí y más de odio que de amor. De un país que es a la vez duro y exótico, repulsivo y atrayente y del hombre que fue su encarnación misma: el gran caudillo Shamyl, guerrero místico, ogro y santo, taimado e ingenuo, caballeresco y despiadado, quien con su ejército de fanáticos y rudos tribeños se convirtió en pesadilla para el zar Nicolás I y sus cosacos, a quienes enfrentó en una guerra de represalias, inmisericorde, sin tregua, en la que hombres y mujeres se batieron valientemente y aceptaron una vida de desolada abnegación y sacrificio.

Documento novelado basado en cuatro años de investigaciones y viajes por el Cercano Oriente, **y en las memorias de dos princesas georgianas y una institutriz francesa, que vivieron cautivas en el harén de Shamyl, quien tras una jornada de espeluznante barbarie y entre aromas de carne viva y jóven y fetideces de cadáveres, se hacía amar en el Serallo mientras sus tártaros coronaban su triunfo haciendo rodar las cabezas de los cosacos...**

Rarísimas fotografías y reproducciones de dibujos de la época ilustran esta extraordinaria edición

Beneficios que ofrece el

CIRCULO LITERARIO

Elige el libro más interesante que se edita cada mes. *La suscripción es gratuita, sin cuota de ingreso o gasto alguno. Los libros serán entregados en su casa por correo certificado sin ningún recargo y después los abona. El suscriptor no está obligado a comprar un libro mensual, cada mes recibe gratis el boletín mensual en el que se le informa sobre el libro seleccionado para que decida si desea recibirlo, el libro se le remite si no ordena lo contrario.*

LIBROS LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS QUE LE PERMITIRAN FORMAR UNA SELECTA BIBLIOTECA

RECORTE Y ENVIE ESTE CUPON

- AHORA MISMO -

CIRCULO LITERARIO - *Lavalle 1454 - T. E: 40-3618*

Sírvanse anotarme como suscriptor del Círculo Literario y enviarme como mi primera Selección "LOS SABLES DEL PARAISO" por LESLEY BLANCH, por el cual abonaré $ 155.-

Nombre..

Calle y Nº .... T. E. ....

Localidad .... F. C. ....

Provincia ....

Firma ....

Las Mujeres Más Fascinantes del Mundo Usan Pond's

Meg Westergren, Suecia.

Usted lucirá más fascinante...

¡por más tiempo!



Lucirá más fascinante porque — superando los anticuados polvos sueltos — Angel Face cubre mejor, logrando un arreglo "acabado", realmente favorecedor.

Por mucho más tiempo, porque Angel Face se mantiene impecable ¡por horas! No se empasta, ni se agrieta, y no requiere retoques.

Pida Angel Face en su nuevo estuche, en color negro, blanco o rosado: moderno, coqueto ¡y económico!

siones del hígado. Cualquier esfuerzo acelera la destrucción de células. Es indispensable el reposo absoluto, lo que significa estar acostado, pues aun permaneciendo sentado, se reduce el flujo de sangre que ha de regenerar el hígado enfermo. Solamente el descanso y alimentos nutritivos en abundancia pueden ayudar a reparar las células dañadas.

Actualmente, nuestra mayor esperanza para prevenir y reprimir los brotes de hepatitis infecciosa estriba en observar estrictamente los principios higiénicos habituales: lavarse las manos después de ir al retrete; secarse las manos con toallas desechables; lavarse las manos antes de comer.

Para ayudar a prevenir la difusión de la hepatitis infecciosa es necesario aplicar rigurosamente los reglamentos sanitarios entre las personas que manipulan alimentos en los lugares donde se sirven éstos al público. En las regiones donde no haya alcantarillado, debe uno cerciorarse de que los abastecimientos de agua estén exentos de contaminación por fosas sépticas y pozos negros. En caso de duda, debe consultarse a las autoridades sanitarias locales.

La hepatitis sérica puede reducirse por medio de una esterilización escrupulosa; el empleo de cartuchos o ampolletas con dosis *individuales* en las inyecciones; y el uso de agujas, lancetas, instrumental de punción y jeringas desechables. (Experimentalmente se ha demostrado que cuando se saca una aguja, puede introducirse por succión al interior de la jeringa una gotita contaminadora.)

Si tomamos todas las precauciones a nuestro alcance y pedimos la cooperación de quienes dispensan atención médica, mucho podemos lograr para protegernos contra la hepatitis.



El mejor amigo de la mujer

Cierta familia acababa de instalarse en un nuevo vecindario. Pronto, Bosco, el perro de los recién llegados, estaba haciendo diarias visitas al despacho de víveres, donde el propietario, que había simpatizado con él, le daba una ración de carne.

Un día el ama de Bosco, que desconocía la nueva costumbre del can, paró en ese mismo lugar a cobrar un cheque. Mientras buscaba en el bolso algún papel de identificación, apareció el perro que, batiendo la cola, se llegó directamente hasta su dueña.

—¿Es suyo el perro? —preguntó el tendero.

Ella hizo una seña afirmativa y se quedó asombrada cuando el otro contestó:

—¡Desde luego! Con mucho gusto le cambiaré el cheque. —B. S. P.



SABIDURÍA DEL REINO ANIMAL

Recopilación de Mary Devoe

UN AMIGO que, como yo, es aficionado a las aves, no hallaba manera de impedir que las ardillas saquearan los comederos que tenía en el jardín de su casa para atraer a los pájaros. Al cabo compró un nuevo modelo de comedero que le pareció resolvía el problema, pues tenía un disco montado sobre un eje y equilibrado en forma tal que todo peso mayor que el de un pájaro pequeño lo hacía voltear de suerte que el merodeador caía al suelo, sin que se derramara la comida, que se ponía en un compartimiento central independiente.

Colgó mi amigo en la rama de un árbol el ingenioso aparato y durante varios días observó muy complacido que cuanta ardilla pisaba el disco, caía instantáneamente al suelo. Seguro de que había conseguido burlar a los roedores, cesó en su vigilancia. Mas pronto hubo de reanudarla al notar que la comida de los pajarillos mermaba con sospechosa prontitud.

Lleno de grano el comedero y puesto a vigilar mi amigo, no tardó mucho en ver que dos ardillas se deslizaban a lo largo de la rama de la cual pendía el comedero, se detenían, permanecían la una al lado de la otra por un instante, y luego saltaban ambas simultáneamente a opuestos lados del disco, que de este modo quedaba equilibrado, en tanto que los roedores devoraban con toda tranquilidad un abundante desayuno.

—G. H. S.

MIS HERMANOS encontraron un cervatillo de pocas semanas perdido en el bosque y lo trajeron a la gran-

ja. Lo bautizamos con el nombre de Billy y lo criamos con biberón. Medró que daba gusto y no tardó en volverse un animalito consentido y juguetón; pero creció tanto y se puso tan insoportable con sus travesuras, que mi madre decidió encerrarlo.

Un buen día Billy cambió la segura estrechez de su corral por la insegura libertad del bosque. Al final de la temporada de caza, como no pareciera por parte alguna, lo lloramos por muerto.

Años después, al efectuar mi padre una de sus giras mensuales de inspección por los campamentos de la empresa maderera en que estaba empleado, asistía una noche a la cena campestre con que le obsequiaba un grupo de trabajadores, cuando asomó en la orilla del bosque un ciervo que, avanzando con majestuosa lentitud hacia los allí reunidos, se llegó a mi padre, le apoyó cariñosamente el hocico en el hombro y comenzó a lamerle la mejilla. Era Billy; un Billy corpulento, viejo, cansado. Desde aquel instante no se apartó un punto del lado de mi padre; siguió como un perro el carro en que él viajaba de campamento en campamento; y cuando, terminada la gira, llegaron a la granja, fue en derechura a su corral. Allí pasó sosegadamente el resto de sus días. —A. S.

A poco de haber entrado en casa después de dejar frente a Chicho la escudilla con su comida, lo oí ladrar con tan furiosa insistencia que me asomé corriendo a la ventana para ver qué ocurría.

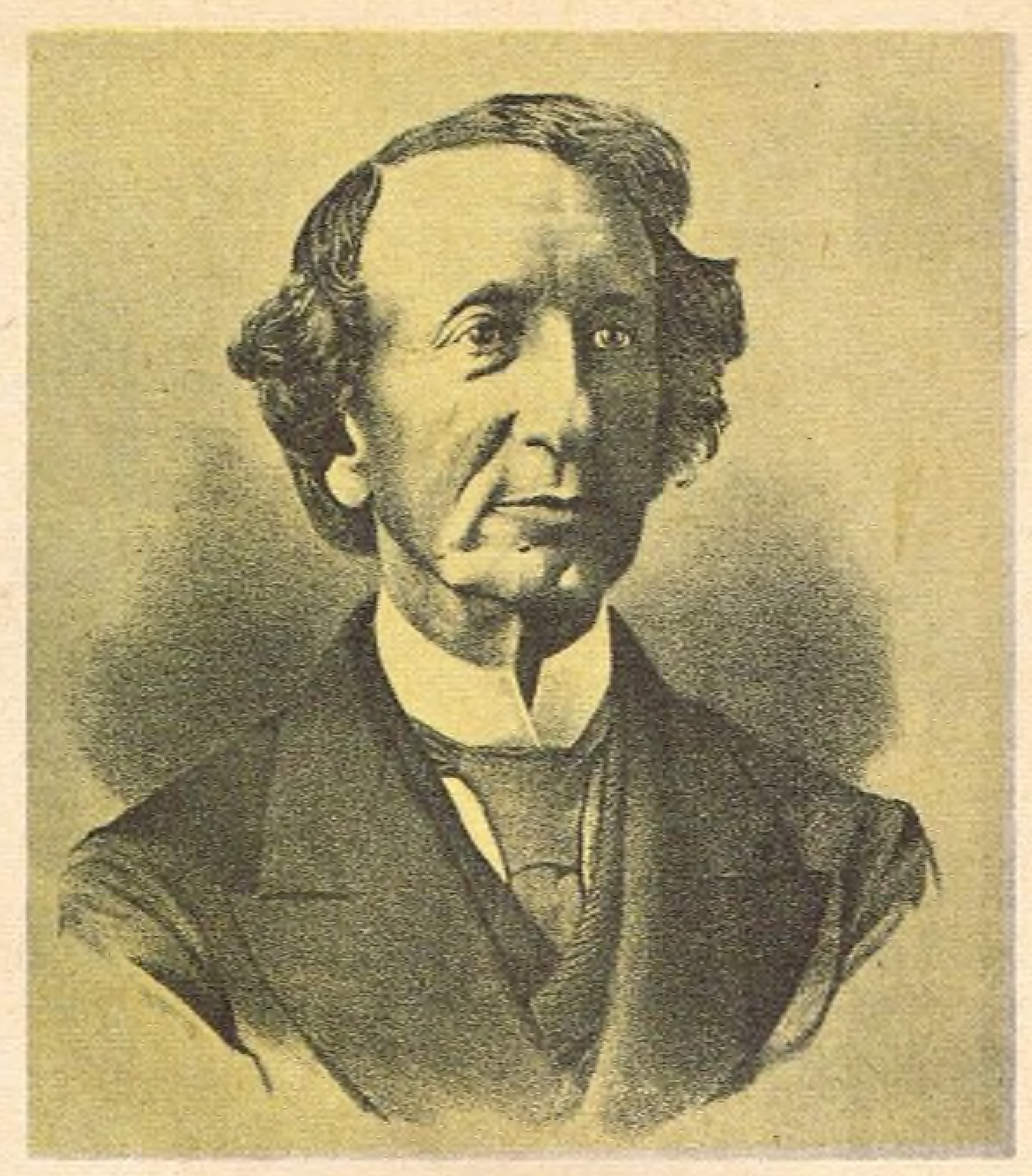
Levantándose en las patas traseras y tirando de la cadena, Chicho hacía desesperados esfuerzos por embestir contra una zorra sarnosa que era la causante de todo el alboroto.

Empezó la zorra a dar vueltas alrededor del poste en que estaba fija la cadena de Chicho, de cuyos colmillos cuidaba muy bien de mantenerse a prudentísima distancia. El perro daba vueltas también, tratando de alcanzarla, y de este modo fue enrollando la cadena hasta quedar sujeto al pie mismo del poste. Entonces la zorra, con lo que parecía burlona sonrisa, cargó con la escudilla y fue a internarse en la vecina espesura. —J. D.

En una base aérea ensayábamos los motores de chorro antes de instalarlos en los aviones. Los colocábamos en una armazón, al aire libre, de modo que la corriente del escape fuese a dar a un terreno a espaldas de la pista.

Cierto riguroso día de invierno reparamos en un faisán que, posado en una loma situada frente al escape, a unos 70 metros de distancia, giraba despacio sobre sí mismo para que la corriente de aire caldeado le penetrase bajo el plumaje. Una vez que entró en calor, echó a andar loma abajo y se perdió de vista.

Desde entonces no hubo día frío en que no viésemos a nuestro amigo el faisán acudir a reconfortarse con el calorcillo del escape. Los días muy fríos venía hasta dos veces. —L. H.



John Alexander Macdonald

El gran unificador del Canadá

Por Bruce Hutchison

Luchó toda su vida para forjar una nación de un puñado de colonias desparramadas por la América del Norte . . . y vio su sueño plasmado en realidad.

UNO DE los hombres que más influyó en la historia de la América del Norte, a pesar de ser hoy poco conocido, fue John Alexander Macdonald. Mitad genio, mitad dipsómano, hombre espléndido y contradicto-

Retrato: cortesía de Capital Press Service / Pix

rio, igualmente célebre por la escandalosa notoriedad de su conducta como por lo perspicaz de su talento político, ocupa en la historia del Canadá puesto tan eminente como el de su gran contemporáneo Abrahán Lincoln en la historia de los Estados Unidos. Fue el gran unificador del Canadá. A él se debe que se constituyera una nación separada al norte de los Estados Unidos y, no obstante, fue ese país el que contribuyó en cierto modo a que Macdonald desempeñara el papel que la historia le asignó. Porque no habría pasado tal vez de la categoría de político pueblerino este hombre, tan escandaloso en su vida pública como melancólico en su vida privada, si no hubiese ocurrido el incidente de que fueron protagonistas unos estadounidenses.

"Invasión" del Canadá

Era John Alexander Macdonald en 1838 un joven abogado de 23 años, delgaducho, no muy distinguido y bastante amigo de empinar el codo. Ejercía la profesión en Kingston (Ontario) y se encargó de defender a los estadounidenses que en corto número habían cruzado el río San Lorenzo e invadido el Canadá para liberarlo —según ellos— de la tiranía de la reina Victoria. Aunque al principal de sus defendidos lo condenaron a la última pena, la entereza de carácter de que dio prueba Macdonald el encargarse de defenderlo a él y a los demás invasores sin reparar en lo desastroso que esto podría ser para su naciente carrera política, le granjeó las simpatías, y los votos, de los vecinos de Kingston. La fracasada tentativa de invasión llevó, por otra parte, al ánimo de Macdonald el claro convencimiento de que era indispensable unificar al Canadá, si había de ser capaz de resistir a las presiones de su poderoso vecino.

Se reducía en aquella época la colonia inglesa del Canadá a unas pocas poblaciones de calles fangosas situadas a orillas del río San Lorenzo; unas cuantas tierras a medio cultivar, y allende éstas, la selva. Constaba sólo de lo que hoy son las provincias de Ontario y de Quebec, unidas en 1841. Las cuatro colonias inglesas de la costa atlántica —Nueva Escocia, Nuevo Brunswick, Isla del Príncipe Eduardo y Terranova—, separadas unas de otras por constantes rivalidades, veían en el Canadá una tierra extraña y lejana. En 1844 la unión del Canadá peligraba a causa del desacuerdo entre los protestantes británicos y los católicos franceses, que ponía al borde de la disolución al parlamento canadiense.

Muchas tabernas

John Alexander Macdonald, el novel político conservador elegido diputado por Kingston, nació en Escocia en 1815. Tenía cinco años cuando sus padres emigraron al Canadá y durante su vida sólo pasó

Bruce Hutchison se inició en el periodismo canadiense en 1918; en 1950 fue nombrado director del *Daily Times* de Victoria (Colombia Británica).

unos cinco años en escuelas formales. Ya adulto, sus principales condiciones de político eran el conocimiento de los hombres adquirido en la lectura, en los tribunales de Kingston y en no escaso número de tabernas. Lo ostentoso de la vestimenta, la afición a los chistes subidos de color y su genio bromista le daban cierto aire bufonesco. Muchos de sus conciudadanos veían en él solamente al orador de rizada melena negra, simpática sonrisa y gallarda actitud, que al hablar de su principal enemigo político aseguraba que el Canadá preferiría siempre a un Macdonald ebrio que a un George Brown sobrio. A otros de sus conciudadanos, la mirada triste y el rostro surcado de prematuras arrugas les recordaban al Macdonald que pasaba las veladas al lado de una esposa inválida: al padre desconsolado por la pérdida de su primer hijo muerto a los 13 meses a consecuencia de una caída.

La senda que hubo de recorrer Macdonald hasta alcanzar el ideal de un Canadá grande y unido fue lenta y tortuosa. Había llegado a la edad madura y todavía pertenecía a la oposición. Aparentemente, era un fracasado. Sin embargo, en todos esos años había estado trabajando callada y tenazmente en la formación del primer partido político que se ajustaba a la realidad canadiense: el resultante del acuerdo tácito entre ingleses y franceses moderados para oponerse a los diversos grupos que se hacían llamar reformistas.

El "Viejo Mañana"

El hombre que hasta entonces se guiara por intuiciones y siguiera la táctica de darle tiempo al tiempo, proceder este último que le valió el apodo de el "Viejo Mañana", dio al formar su partido liberal-conservador —precaria unión de los dos grupos raciales canadienses— con el único instrumento posible de gobierno en el futuro Estado en que coexistirían dos naciones. Poco a poco fueron ganando aceptación las ideas de Macdonald, y en 1857 era nombrado primer ministro de la colonia.

Percibió claramente que el verdadero porvenir de las dispersas y desunidas colonias británicas de la América del Norte estaba en la unión. Por diferentes motivos, otro político norteamericano, Abrahán Lincoln, había llegado a abrigar igual convencimiento en lo tocante a su propia y desunida nación. Y la obra de Lincoln trajo en breve radical mudanza en la carrera política del hasta entonces oscuro canadiense.

Inquietaba a Macdonald el poderío militar que daba al Presidente de los Estados Unidos su carácter de comandante en jefe del mayor ejército del mundo, como era el empeñado en la guerra de secesión. ¿Qué sucedería si ese ejército de la Unión, después de vencer en el sur al ejército de la Confederación, marchase hacia el Norte? La tácita amistad de Inglaterra para con la Confederación había dado

motivo a reclamaciones del gobierno de la Unión; a pique estuvo de ocasionar el rompimiento de hostilidades. Senadores hubo en Washington que abogaron por que se tomasen represalias en las indefensas colonias británicas.

Los enemigos políticos de Macdonald acabaron por compartir el recelo que a él le inspiraba la República en armas. El parlamento canadiense reunido en Quebec había llegado al punto en que las encontradas opiniones imposibilitaban el acuerdo. Macdonald tenía ya en su poder la real orden del gobernador general para disolver el parlamento, cuando supo que George Brown, jefe de los reformistas y enemigo personal suyo de toda la vida, estaba dispuesto a entenderse con él. Pese a la animadversión y al recíproco desprecio que se profesaban, y a que hacía años que no se dirigían la palabra, salvo en el recinto del parlamento, Macdonald no vaciló un sólo instante. Echando en un cajón del escritorio la real orden, fue al hotel en que se hospedaba Brown. Al cabo de una hora de conferenciar con él quedó formado el gobierno cuyo único propósito sería unir a todas las colonias británicas de la América del Norte en una especie de confederación. La noticia de este plan fue recibida en el parlamento con ruidosas manifestaciones de júbilo.

Momento decisivo

El rígido puritanismo de Brown hacía que Macdonald viese en él un sujeto cargante, pero al fin y al cabo tratable. Brown, por su parte, vio en Macdonald un hombre cuyo comportamiento, tanto público como privado, le parecía escandaloso, pero de trato tolerable. Dando esto por entendido salió la disímil pareja a recorrer las colonias de la costa atlántica. En 1864, al cabo de varios meses en los que abundaron los discursos, los banquetes y las promesas de padrinazgo político, se reunió en Quebec el congreso en que tenían representación las diversas provincias.

Había llegado el momento decisivo para el Canadá, y también para Macdonald. Entendiéndolo así, no volvió éste a probar una gota de alcohol. Al actuar como coordinador en la Conferencia de Quebec sorprendió a todos por su sobriedad, por su elocuencia, por su versación en las cuestiones constitucionales. De día empleaba sus conocimientos en derecho para ilustrar el debate acerca de la carta fundamental; al reunirse por las noches con los quisquillosos delegados les divertía con regocijadas historietas; les halagaba con la perspectiva de empleos en el futuro gobierno; despertaba en ellos serias reflexiones ante la amenaza que pudiera significar el poderío de los Estados Unidos. Aunque tomaba notas, por lo general en sobres usados, para consultarlas después al hablar en la conferencia, nunca llegó a servirse de ellas, porque invariablemente se le extraviaban. Esto no obstante, el texto de la constitución canadiense



Flexiplast

el moderno piso plástico

redactado en Quebec fue casi por entero obra suya, y escrita de su mano con su desaliñada letra llevó Macdonald consigo esa constitución por la cual quedaban unidas las colonias inglesas de la América del Norte en una sola nación que adoptaba el nombre de la más extensa de ellas: el Canadá.

Cuando se reunieron los delegados en Ottawa —la ciudad elegida para capital del nuevo Canadá— para proponer lo acordado en Quebec, tocaba a Macdonald pronunciar el discurso de apertura, mas le faltó la palabra: la inefable emoción que sobrecogía al hombre al ver cumplido su grandioso sueño, había dejado mudo al orador.

Sir John A.

MACDONALD fue el encargado de presentar en Londres el proyecto de la nueva constitución del Canadá, que el Gobierno inglés, tan receloso del poderío de los Estados Unidos como los mismos canadienses, aprobó sin tardanza. Esa constitución, conocida con el nombre de Ley de la América Británica del Norte, tuvo andando el tiempo una trascendencia que nadie alcanzó a vislumbrar en aquel entonces: estaba llamada a ser el verdadero fundamento de la moderna Mancomunidad Británica de Naciones.

El Dominio del Canadá, cuya proclamación efectuada en Ottawa el primero de julio de 1867 se saludó con salvas de artillería, fogatas, discursos y otras manifestaciones de júbilo, comprendía sólo cuatro

provincias: las de Ontario, Quebec, Nueva Escocia y Nuevo Brunswick. Para el en un tiempo oscuro abogado de Kingston, y ahora primer ministro del Canadá, comendador de la Orden del Baño, y al que llamarían de allí en adelante Sir John A., la recién proclamada nación canadiense, más bien que en la realidad, existía en los documentos que le daban ser.

En el mismo instante en que la declaraban constituída, las colonias atlánticas amenazaban con separarse de ella. Los pobladores de las llanuras occidentales, mestizos cazadores de bisontes, comerciaban sólo con los estados de la Unión estadounidense, y era de temer que acabasen por ingresar en la Unión. Allende las montañas Rocosas, la empobrecida colonia de antiguos buscadores de oro de la Colombia Británica, encerrada entre el nuevo territorio estadounidense de Alaska y el floreciente estado de Oregón, no se había adherido a la Confederación británica, y más bien parecía inclinarse a formar parte de los Estados Unidos.

Del Atlántico al Pacífico

Para que la nueva Confederación dejara de ser desnudo esqueleto legal, para que cobrase cuerpo y vida efectiva, era menester que su soberanía abarcase desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico. El primer paso que debía darse para ello era atraer a la Colombia Británica a la Confederación. Macdonald resolvió dar ese paso, aun

cuando el costo que suponía, por lo exorbitante, levantó explosiones de pánico entre los adversarios del proyecto. ¡Consistía éste nada menos que en la construcción de un ferrocarril que fuese desde el río San Lorenzo hasta la costa del Pacífico!

En aquella época de temerarias empresas, el viejo jugador se disponía a arriesgarlo todo a una sola carta. La población canadiense, que no sumaba ni siquiera cuatro millones de habitantes, habría de costear la construcción de la vía férrea más difícil de la América del Norte: la que para llegar a su término, en el litoral del Pacífico, tendría que sortear la región de los Grandes Lagos, atravesar las extensas praderas, e internarse en las inexploradas montañas Rocosas. Mas tal como Macdonald había supuesto, los habitantes de la Colombia Británica, que sólo habían aspirado a un camino carretero, hallaron en el prometido ferrocarril incentivo suficiente para ingresar en el Canadá. Así las cosas, no había más alternativa que el triunfo o el fracaso absolutos: o llevar a término las obras del ferrocarril, o renunciar al ideal de una nación canadiense.

El escándalo del Pacífico

Muy cerca anduvo Macdonald del fracaso. Alguien sustrajo de su caja de caudales y entregó al partido de oposición la correspondencia cruzada entre el primer ministro y el consorcio canadiense-estadounidense contratista del ferrocarril. Al parecer, mientras allegaba fondos para la campaña electoral de 1872 había firmado Macdonald, probablemente bajo la influencia del alcohol, un telegrama de este tenor dirigido a los contratistas: "Necesito otros diez mil. Último pedido. No me fallen".

La oposición hizo piedra de escándalo del telegrama fatal. Después de haberse salvado en muchas ocasiones por un hilo, le llegaba al veterano luchador la hora de la derrota. Pese a que en las turbias costumbres políticas de aquella época no era nada inusitado que los contratistas de obras públicas contribuyesen a los gastos de campañas electorales, aun los mismos partidarios de Macdonald lo abandonaron haciéndose los horrorizados. Una tras otra fueron saliendo a relucir dañosas pruebas. El escándalo fue tal que acarreó la caída del gobierno. Tanto la carrera política de Macdonald como la construcción del ferrocarril eran, al parecer, causas perdidas.

El nuevo gobierno presidido por el liberal Alexander Mackenzie estimaba que el proyectado ferrocarril era la mayor de las locuras. Se limitó a adelantar aquí y allá la construcción de uno que otro tramo de vía. La Colombia Británica, disgustada por este proceder contemporizador, que consideró una deslealtad, estaba resuelta a separarse de la Confederación. ¿Vería Macdonald derrumbarse su ideal de un Canadá grande y unido lo mismo que acababa de derrumbarse su propia fortuna política? An-

gustiado, sombra melancólica de su ayer, tomaba asiento Macdonald día tras día, semejante a desteñida reliquia histórica, en los bancos de la oposición. Desde allí observaba cómo el nuevo gobierno iba de tropezón en caída.

El viejo luchador

El ideal de un Canadá grande y unificado volvió a renacer en él, enriquecido con la experiencia de pasados errores y la certidumbre de su enmienda. Así lo entendieron y sintieron al punto los conciudadanos del que, con un nuevo espíritu de lucha, iba de lugar en lugar llevando las hostilidades al terreno mismo del adversario. Puso en boga las giras políticas que al reunir a los electores de cada población en torno a rústicas mesas cargadas de viandas le daban a él ocasión de hablar con ellos familiarmente, de interesarse por los negocios de cada cual, y de terminar haciendo tribuna de improvisada plataforma o de una carreta para entusiasmarlos a todos al pintarles el cuadro de un Canadá unido cuyo territorio se extendía de océano a océano.

La enjuta figura del hombre cargado de espaldas, de rizosa melena ya blanca de canas, rostro surcado de profundas arrugas, ojos en que retozaba la risa, abultada nariz de berenjena y voz henchida de convencimiento cobró en la imaginación popular caracteres de personaje mítico que se sobreponían a los de la persona real. Sus ocurrencias, comentadas en los corrillos, se hicieron famosas en toda la nación. Celebraba la gente la que tuvo después de derribar de un puñetazo a un adversario político que había puesto en tela de juicio su veracidad: al verse contenido por el ujier del parlamento, gritó a su ofensor: "¡Habría acabado contigo en menos tiempo del que tardaría una pluma en chamuscarse en el infierno!"

Estas salidas de tono, en verdad poco frecuentes en él, se prestaban a exageraciones. Pero lo cierto era que nunca había trabajado tanto, ni bebido menos. La mayoría de los canadienses olvidaron pronto el escándalo del ferrocarril. Si había un hombre capaz de salvar la Confederación, ese hombre era el mismo que la había fundado: John Alexander Macdonald. A la vuelta de cinco años había asumido de nuevo el poder.

Macdonald comprendía que era necesario terminar el ferrocarril del Pacífico costase lo que costase. Pero también sabía que el comercio este-oeste del Canadá, contrario a la natural tendencia norte-sur del continente, estaba llamado a fracasar a menos que se lo estimulase de manera radical y enérgica. A tal fin se elevaron las tarifas arancelarias para proteger las "nacientes industrias" canadienses; se fomentó el movimiento de mercancías hacia el este y el oeste, para proporcionarle carga al nuevo ferrocarril. Estas medidas podrían ser criticables desde el punto de vista económico, mas Macdonald las consideró el

único medio de salvar a la nación de la ruina. Acertada o desacertada, la que él llamó "política nacional" ha sido desde entonces norma invariable del Canadá en sus relaciones con los vecinos Estados Unidos.

Se formó una nueva empresa para encargarse de la descomunal tarea de completar el ferrocarril. Así fueron tendiéndose los rieles por las praderas, a través de las montañas Rocosas, hasta que el 7 de noviembre de 1885 quedó fijo el último clavo de la vía del Ferrocarril Canadiense del Pacífico. A poco de esto, el primer ministro atravesaba las montañas Rocosas en la delantera de una locomotora para inaugurar la vía que capacitaba al Canadá para el comercio trascontinental.

El exceso de trabajo causó la muerte a Macdonald. Tenía 76 años, estaba quebrantado de salud y decaído de fuerzas, cuando en el invierno de 1891, pese a las advertencias de su médico, tomó personalmente parte activa en los desfiles y las marchas de antorchas de la campaña electoral. En los momentos en que los votos de sus conciudadanos acababan de darle el triunfo que prolongaría su permanencia en el poder, el primer ministro Macdonald se hallaba en su casa a orillas del río Ottawa, postrado en el lecho a consecuencia de un ataque de parálisis. La nación de la cual se había hecho querer por sus merecimientos al par que por sus faltas no se conformaba con la idea de que él pudiese dejar de guiarla, y aguardaba ansiosa el último mensaje de Sir John A.

No lo hubo; acaso no fue menester que lo hubiese. Mensaje permanente, conocido de todos los canadienses, era la larga, fecunda y atormentada vida de John Alexander Macdonald. Había soñado con un Canadá grande y unido: este sueño, trocado en realidad, era lo que él legaba a sus compatriotas. La voz de Macdonald, el "Viejo Mañana", en la que alternan la risa y el consejo, se escucha aún en el diálogo de dos grandes naciones norteamericanas.

Abrumador

La voz del locutor de radio recapitulaba las angustiosas noticias mundiales. Parecía como si el destino de la humanidad dependiera únicamente de las determinaciones que se tomasen en la Casa Blanca.

—A que no te cambiarías con el Presidente en estos momentos —le dije a mi marido—. ¡Piensa en todas las preocupaciones que tiene encima!

—Pero mi amor —me contestó— ¿es que no te das cuenta que yo tengo las mismas preocupaciones que el Presidente, y además las mías?

I K A



Pensándolo bien... mi SINGER* no me costó nada!

Con lo que usted economiza haciendo sus vestidos, va pagando su máquina de coser SINGER ¡sin sentir! Los planes de ventas SINGER le convencerán de que Ud. también puede adquirir una máquina SINGER ¡sin que le cueste nada!

SINGER* MAQUINAS* SINGER PARA COSER

la marca garantiza el producto

Avda. Belgrano 673, Capital,
y más de 32 sucursales en todo el país.

* Marca Registrada de: The Singer Manufacturing Company.

LA INQUIETUD INTELECTUAL

Por Charles Kettering
Condensado de "School and Society"

LINCOLN STEFFENS, escritor y filósofo, solía decir a los jóvenes que nada en la vida se había hecho como debiera ser, y que el mundo está lleno de infinidad de cosas que es necesario volver a hacer, y hacer bien. Esta aseveración será más aplicable aun al mundo del mañana.

Mas para que nuestros hijos lleguen a mayores alturas que las que nosotros hemos alcanzado, es preciso que partan de bases mejores que las nuestras y entren en el porvenir con menos temor, menos vacilación y menos desmayo.

La mente del niño es exploradora por naturaleza y los padres deben alentar esta tendencia a la investigación; cada incidente cotidiano debe convertirse en una expedición a la región de lo desconocido. Debe fomentarse en el niño el hábito de buscar la causa y efecto de todo lo que sucede a su alrededor. A un patín se le desprende una rueda; el bizcocho deja de subir en el horno; una bicicleta se rompe. ¿Por qué sucedió esto? ¿Cómo puede evitarse que vuelva a suceder? El niño que se acostumbra a hacer estas preguntas y a buscar por sí mismo las respuestas, adquiere un hábito más valioso que todos los patines, bizcochos y bicicletas del mundo.

De suma importancia es también dejar que los niños hagan las cosas a su modo, en vez de obligarlos a hacerlas al nuestro. A medida que me hago más viejo, más me voy convenciendo de que casi todo se puede hacer de otra manera, tan buena o mejor que la acostumbrada. El perro se rasca con sus patas traseras; el puerco lo hace en cambio restregándose contra un poste; y ¿quién diría que el uno no se sabe rascar tan bien como el otro? Si un niño dice que las tortas de barro salen mejor con agua caliente que con agua fría, dejémosle, por amor de Dios, que pruebe a hacerlas con agua caliente para que se convenza de si tiene o no razón.

Y hay que dejarlo que se enfrente a las dificultades por sí mismo.

Muchos padres, que se elevaron por su propio esfuerzo, suelen allanar demasiado el camino a sus hijos, privándolos así de la disciplina que supone el esfuerzo propio y el valerse por sí mismos, disciplina que a ellos les fue de tanto provecho. Esto me trae a la memoria el cuento del benévolo aficionado a la cría de las mariposas: movido a compasión al ver la gran dificultad y el forcejeo con que salían de la crisálida, rompió una de éstas con la uña a fin de que la mariposa pudiera salir sin esfuerzo. Aquella mariposa jamás pudo volar.

Cada vez que un muchacho tropieza con una dificultad seria y la vence, le crecen y se le fortalecen las alas. Cada vez que escoge un camino y se lanza resuelto por él hacia una meta determinada, adquiere mayor confianza en sí mismo y más valor.



RECIENTEMENTE, un meteorologista francés llamado Lecerf, que residía en Bunia, en el Congo, recibió una comunicación del ejército congolés en la que se le ordenaba que se presentara en el cuartel general para ser azotado. Sin perder un instante fue a refugiarse con las fuerzas de las Naciones Unidas; un representante de éstas fue a indagar y le informaron que se acusaba al francés de hurto en gran escala: o sea, de haberse robado el buen tiempo de Bunia para vendérselo al enemigo.

— *National Review*

Pruebas de resistencia

ALGUNAS de las películas de hoy día son tan largas que pierde uno menos tiempo leyendo la novela en que se basa el argumento . . . Un matrimonio fue a ver *Ben Hur* el otro día y después contaban a sus amistades que nunca habían pasado tanto tiempo juntos desde que se casaron. (E. W.)

EN CIERTO cine se cobraban tres precios distintos por las localidades durante la exhibición de la película *Éxodo*, que dura tres horas y media: uno para los niños menores de 13 años; otro para los mayores de esa edad, y otro para los que cumplieran los 13 mientras veían la función. (L. L.) . . . Uno de los cines que exhiben la película *Éxodo* ha cambiado el título de "intermedio" por el de "hora de visitas". (*Newsweek*)

"TIENE UN final inesperado —le dice uno que sale de un cine al amigo que entra—: Cuando uno piensa que ya nunca se acabará . . . termina de repente".

— Caricatura de Bernhardt

El pequeño Estado de Israel, que aprendió a resolver sus problemas "sobre la marcha", aporta ahora su valiosa experiencia para ayudar a otras naciones a ayudarse a sí mismas.

Israel ayuda a las naciones jóvenes

Por Albert Maisel

Condensado de "The Rotarian"

SIERRA LEONA, pequeño país situado en el África Occidental, se encontraba a principios de 1960 ante un serio problema. Inglaterra había prometido darle la independencia plena para la primavera de 1961 y por tanto debía celebrar antes de un año elecciones para constituir su propio parlamento. Pero en Freetown, la capital del territorio, no había ningún edificio que pudiera servir para las reuniones de una cámara legislativa y las empresas constructoras europeas que habían sido consultadas declaraban que sería imposible construir uno dentro del plazo asignado.

El ministro de Obras Públicas, Roger Wright, se dirigió en agosto a Israel en avión y a los pocos días regresaba con un contrato firmado. Casi en seguida llegaron en otro aparato ingenieros y capataces especializados en construcción y, mientras el arquitecto estaba aún trazando los planos en Jerusalén, iniciaron con la ayuda de una cuadrilla de obreros serraleoneses la nivelación de un pequeño cerro que dominaba el puerto. Cuando se recibieron los planos de los cimientos, ya estaban listos para echar el hormigón en los moldes. Las paredes se levantaron antes de concluirse los planos de la estructura superior. El 26 de abril de 1961, cuando llegó el duque de Kent, que debía presidir la ceremonia oficial de la emancipación de Sierra Leona, el flamante palacio del Parlamento estaba listo hasta en el menor detalle para la inauguración.

Aplicando métodos semejantes, Israel se ha convertido en uno de los principales proveedores de asistencia técnica para las naciones jó-

venes, no obstante que ella misma sigue necesitando mucha ayuda económica extranjera. En los últimos dos años, 35 países han pedido su colaboración. Agrónomos e ingenieros israelíes dirigen obras de fomento desde Singapur hasta Liberia y al mismo tiempo instruyen a los obreros y los técnicos locales para que puedan proseguir la tarea después de que ellos se retiren.

Cuando U Nu, presidente de Birmania, visitó a Israel en 1955, los dirigentes de este país se dieron cuenta de lo provechosa que podría ser para otros nuevos pueblos la experiencia de sus técnicos y hombres de ciencia. Al visitar los poblados fronterizos situados en la región de Lachish, donde tropas desmovilizadas cuidan la frontera a la vez que trasforman eriales en granjas cooperativas, U Nu señaló que en Birmania había tierras semejantes en su frontera con China y preguntó si no estarían dispuestos los israelíes a enseñar a los birmanos los métodos que les habían permitido alcanzar tal resultado.

Unos meses después llegó a Birmania un grupo de ex-combatientes israelíes para organizar una granja experimental en las 400.000 hectáreas desiertas e incultas de la región de Shan. El ensayo tuvo éxito y entonces Birmania envió a su vez 40 ex-combatientes con sus familias a Israel, a fin de que estudiaran en forma práctica el funcionamiento del sistema de granjas cooperativas. Regresaron aquéllos a su patria en 1959 e inmediatamente, junto con otros birmanos, se pusieron a construir tres aldeas, rodeadas hoy por centenares de hectáreas de trigo, legumbres y frutales. Para la próxima primavera ya estarán en plena actividad nueve de esas aldeas y habrá más de 200 soldados-cultivadores formados en Israel para instruir a sus compatriotas.

En 1957 acababa Ghana de obtener su independencia cuando se supo allí el resultado de la obra emprendida en Birmania y se decidió entonces enviar una misión a Israel. Ghana necesitaba ante todo contar con una línea propia de navegación para no depender de los medios de trasporte extranjeros, y sus delegados preguntaron si la compañía naviera Zim, de Israel, estaría dispuesta a crear una filial que actuase bajo la bandera de Ghana.

Los israelíes hicieron una contrapropuesta: formar una sociedad en la que Ghana tendría el 60 por ciento de las acciones; la Zim estaría encargada de los barcos y al mismo tiempo instruiría a los ghanatas para que pudiesen formar su propia oficialidad y tripulación más adelante.

Nueve meses después, la bandera de Ghana flameaba en cinco barcos con doble tripulación, una compuesta por nacionales suyos y la otra por técnicos israelíes que los instruían. Al año, la compañía de navegación Estrella Negra de Ghana cubría sus costos de operación y dos años más tarde tenía su primer capitán titulado internacionalmente. La flota había aumentado a siete

barcos, y había otros cinco en construcción. Ghana adquirió la minoría de acciones que poseía la Zim, aunque esta última seguirá actuando como administradora hasta 1967.

Para muchas de las naciones que han obtenido recientemente la independencia y se encuentran en proceso de desarrollo, la ayuda de Israel presenta ventajas muy atrayentes. No entraña ningún peligro de subversión o infiltración comunista ni provoca el menor recelo de "colonialismo". Además, tiene millares de expertos que al realizar obras de fomento en su propio país han adquirido una experiencia que los capacita muy especialmente para ser útiles a los pueblos recién emancipados.

Tienen particular preferencia aquellos proyectos sencillos que ayudan a un país a resolver el problema de la propia subsistencia. Por ejemplo, está el caso de Etiopía, donde la alimentación del pueblo ha venido sufriendo desde hace tiempo de bajo contenido de proteínas, a pesar de que tiene en su costa del mar Rojo algunas de las mejores zonas pesqueras del mundo. Concedió a Israel la autorización de usar el puerto de Masaua como base para su flota pesquera y en cambio ese país le envió especialistas que instruyeron a los etíopes en el empleo de los métodos modernos de pesca a la rastra. Hoy obtiene Etiopía de los peces que pueblan sus costas las proteínas que antes no se aprovechaban.

Los técnicos israelíes han demostrado igual capacidad para obtener rápidos resultados tanto en las obras de gran envergadura como en las más modestas. Nigeria necesitaba cañerías para llevar agua potable a docenas de poblaciones que se encontraban en pleno crecimiento y supo que Israel había tendido una red de centenares de kilómetros con tubos de cemento hechos en moldes, en vez del costoso acero importado, para abastecer de agua potable a las nuevas aldeas y al tórrido desierto de Negev. Hace poco más de un año, varios peritos israelíes se trasladaron a la zona más apartada de Nigeria y comenzaron a enseñar a grupos de trabajadores nativos los métodos apropiados; una vez que estuvieron debidamente preparados, éstos pasaron a ser capataces de las cuadrillas de obreros y todos juntos empezaron a cavar tierra y preparar los caños. En cuatro meses terminaron unos 100 kilómetros de tuberías y actualmente más de 2000 obreros nigerios trabajan bajo la dirección de israelíes en la instalación de otra red de 1000 kilómetros de tubos.

En 1960 habían llegado a ser tantas las peticiones de ayuda técnica que se recibían en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel, que se tuvo que crear una dependencia especial, la Sección de Cooperación Internacional. Su director, Aarón Remez, se puso a buscar por todo el país los hombres que pudieran participar en esa obra. Muchísimos peritos agrícolas abandonaron las granjas cooperativas de Israel para

ir a organizar colonias semejantes en más de una docena de países, como el Irán, Chipre, la Costa de Marfil y Tailandia. Para Nigeria se contrataron ingenieros telefónicos y hasta un entrenador de fútbol.

Uno de los aspectos más valiosos de esta cooperación es que imparte la técnica moderna a los ciudadanos de los países nuevos. En ningún campo ha sido esto más patente que en el de la salud. Cuando Liberia pidió que se le ayudara a combatir las enfermedades de los ojos, el profesor Isaac Michaelson, jefe de Oftalmología en el hospital Hadassah, de Jerusalén, trazó un plan para el establecimiento del primer hospital de esa especialidad que se haya construído en el África Occidental. Al principio todos los médicos y enfermeras eran israelíes, pero para el año 1965 el personal estará formado íntegramente por liberianos adiestrados en Israel.

En 1961 entró en una segunda etapa el programa de ayuda: la de alentar a los pueblos que luchan por su desarrollo a que se ayuden mutuamente. Fueron invitados hombres de ciencia y de gobierno pertenecientes a 23 naciones de África y Asia a la primera Conferencia Científica sobre el Progreso de los Nuevos Estados, que se reunió en Israel. Participaron en ella eminentes hombres de ciencia, algunos ganadores del Premio Nobel, no sólo procedentes de Israel sino de 12 países de Europa Occidental, del Canadá, Australia, Sudamérica y los Estados Unidos.

Durante dos semanas se reunieron de día y de noche para discutir las formas en que puede ayudar la ciencia a las regiones poco industrializadas y así se ocuparon de los más diversos problemas, desde la extracción de la sal del agua de mar hasta la forma de producir la lluvia artificialmente, desde las exploraciones en busca de petróleo hasta el tratamiento de las enfermedades con isótopos. En los intervalos entre las sesiones, jefes de gobierno y rectores de universidades, peritos sanitarios y agrícolas, se comunicaban recíprocamente cuáles eran los elementos y los especialistas de que disponían en sus respectivos países y descubrían que muchos de éstos, a los que se había tenido por pobres de recursos en tales aspectos, poseían en realidad hombres preparados y de vasta experiencia, y podían hacer un fecundo intercambio de ambas cosas. En la sesión final, los delegados decidieron por unanimidad crear un comité permanente para que los nuevos Estados se prestaran mutua ayuda.

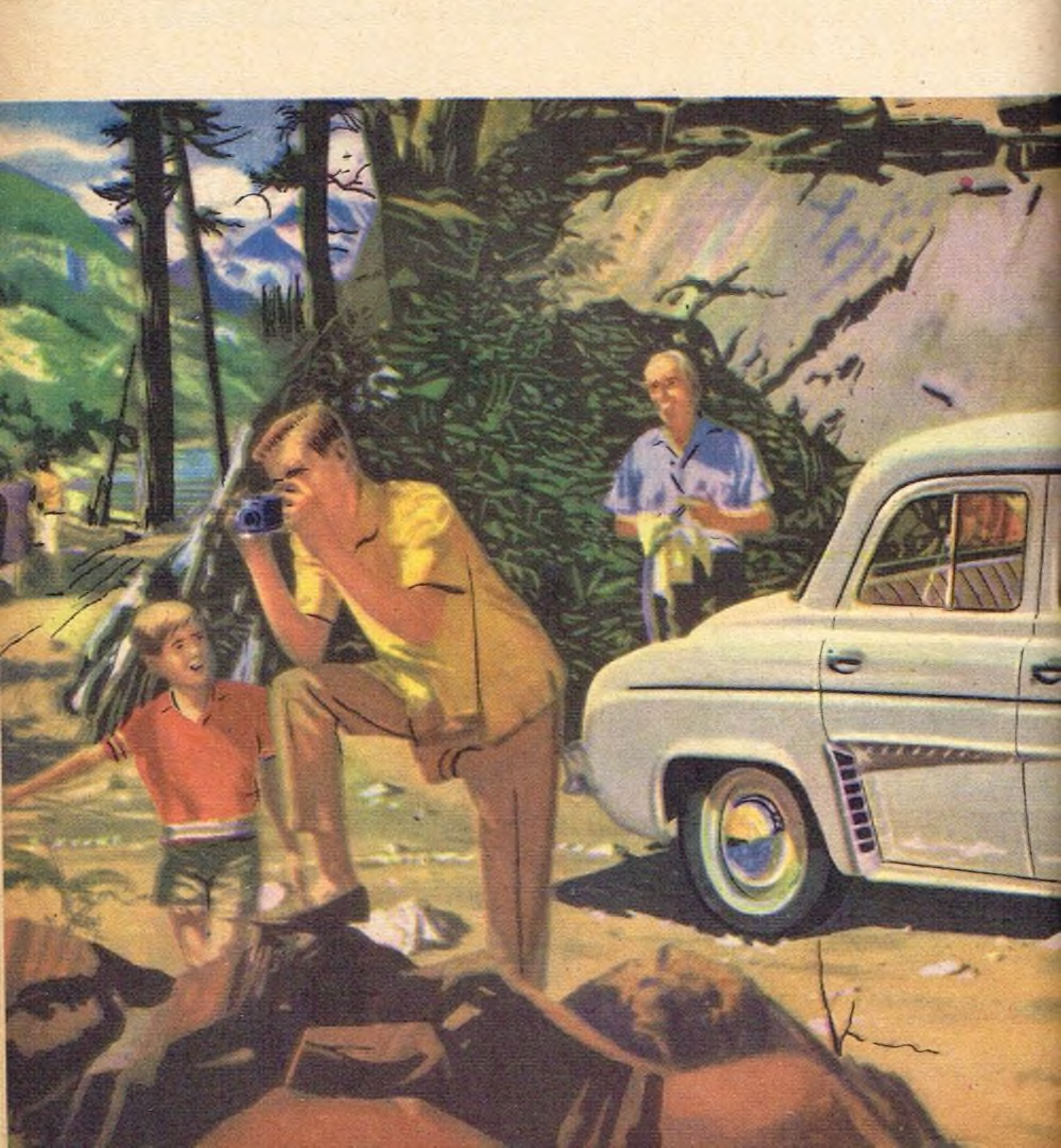
Israel anunció entonces que, como aporte propio a aquel plan de asistencia recíproca, daría mil becas a estudiantes y graduados africanos y asiáticos, y ampliaría su programa de instrucción técnica con cursos intensivos de corta duración. A fin de poder dar cabida a los universitarios que desde entonces han acudido de más de veinte naciones, tres establecimientos de enseñanza superior se han dedicado en este último año a aumentar su per-

Lleva

RENAULT

Dauphine

IKA



ventajas y trae satisfacciones

¡Adquiera usted todas las ventajas que sólo se pueden recibir de un automóvil de mucho mayor precio!
El excelente motor "Ventoux" del Renault DAUPHINE-IKA sólo consume 5,9 litros cada 100 kilómetros, lo cual le permitirá **viajar sin preocuparse por gastos mayores.** Sus cuatro puertas, **la famosa suspensión** "aerostable", y el baúl delantero de gran capacidad... ¡le proporcionan **comodidad múltiple!**
...Por eso, para sus viajes de negocios, para sus vacaciones, para su trabajo cotidiano: ¡Obtenga más satisfacciones con este automóvil más completo!

Y SI ADEMAS DE TRANSPORTE, SUS NECESIDADES DE TRABAJO REQUIEREN UN VEHICULO FUERTE Y RUDO, APTO PARA TODA TAREA, IKA LE OFRECE LA LINEA MAS COMPLETA DE VEHICULOS UTILITARIOS.

SERVICE y repuestos legítimos... ¡donde esté o donde vaya!
CONSULTE AL CONCESIONARIO I. K. A. DE SU ZONA



sonal docente y ampliar sus edificios. Uno de ellos, el Instituto de Ciencias Weizmann, está construyendo una Casa Internacional, que costará un millón de dólares, para que sirva de dormitorio y centro de recreo a 150 graduados extranjeros. En noviembre de 1961 la Facultad de Medicina de Hadassah, de la Universidad Hebrea, inició en Jerusalén cursos especiales para estudiantes africanos y asiáticos.

La ayuda que viene prestando Israel a otros países ha dado magníficos frutos. Los médicos, ingenieros y profesores israelíes han conquistado en 35 naciones valiosas amistades para su patria, tanto entre los hombres de gobierno como en el pueblo. Los funcionarios norteamericanos que preparan los planes de ayuda exterior podrían aprovechar la rica experiencia recogida por Israel, que demuestra que los regalos no constituyen la única forma —ni la mejor— de ganar el afecto y el respeto de las otras naciones. Maestros y técnicos con espíritu de iniciativa y sin miedo al trabajo pueden realizar una obra mucho más eficaz.

La mejor prueba del éxito alcanzado por el sistema puesto en práctica por Israel la dan quizás las trasmisiones de radio que la Rusia Soviética dedica especialmente a los pueblos africanos. Los dirigentes soviéticos, que ven en el ejemplo de Israel una seria amenaza a sus proyectos de penetración en los nuevos Estados, atacan reiteradamente el plan como "una nueva forma de colonialismo" y lo califican de "imperialismo económico". Por su parte, los altos funcionarios africanos escuchan esas explosiones de furor, se ríen de ellas y continúan firmando contratos con Israel.

Plagas del jardín

No ERA impertinente ni quejumbrosa nuestra vecina; pero cierto día nos dio a conocer con claridad cómo se portaba nuestro hijo de tres años de edad. Éste llegó a casa con un papelito prendido en la blusa, que decía: "Acabo de arrancar varias flores del rosal favorito de la vecina".

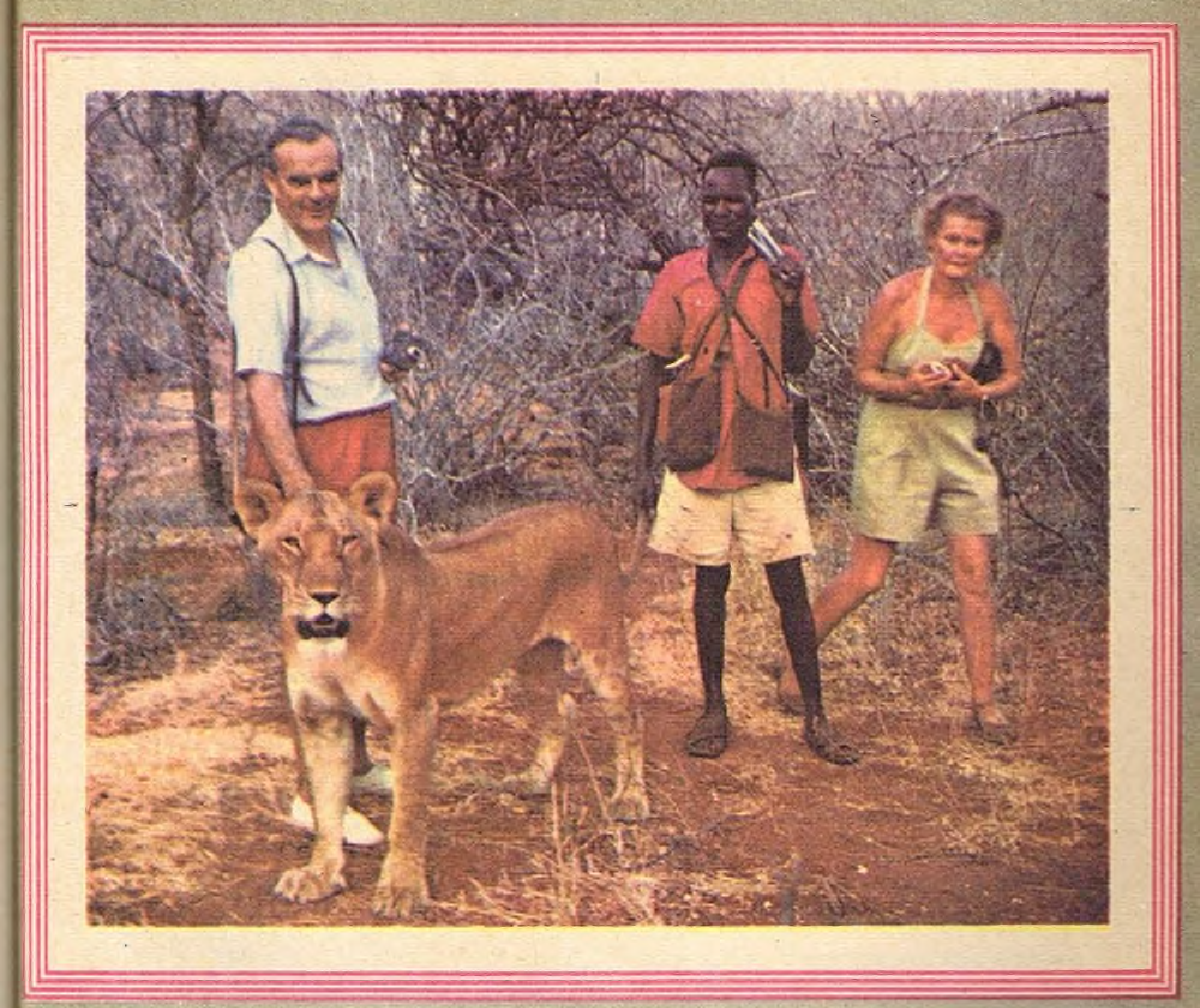
— Sra. H. P.

EL CULTIVO de flores y el cuidado del césped han sido mis principales pasatiempos desde que dejé mi negocio. Este interés no lo comparten los chiquillos del vecindario, de modo que me veo obligado a amonestarlos constantemente para que no pisoteen los macizos y los prados.

El efecto de mis reprimendas no lo vine a saber hasta una tarde en que quemaba yo basura en el incinerador del patio y oí que uno de los chicos preguntaba a sus compañeros: "¿Estará quemando a Hansel y Gretel?"

— R. A. D.

VIVIENDO EN LIBERTAD



*Condensado del libro * de* JOY ADAMSON

Elsa es la amable leona que con sus retozos y travesuras se ganó las simpatías de los millones de lectores del libro de Joy Adamson, "Nació para ser libre". Con esa historia la señora de Adamson, esposa de un guardabosques de Kenia, maravilló y deleitó al mundo al relatar de qué manera Elsa llegó a ser aceptada como miembro de la familia.

En "Viviendo en libertad" vemos que Elsa tiene ya su propia familia: tres preciosos cachorros criados en la selva . . . Sir Julian Huxley, el famoso hombre de ciencia, cuenta que los cuatro felinos irrumpieron en el campamento de los Adamson cuando él y su esposa se hallaban allí de visita. Sir Julian considera este libro tan extraordinario como "Nació para ser libre", y más interesante en muchos sentidos, y agrega: "Lo más notable es que un ser humano haya logrado inducir en una leona un proceso sicológico tan parecido en esencia a una personalidad humana" . . . He aquí, pues, una narración apasionante . . . y, aunque parezca increíble, verdadera.

LLEVÁBAMOS ya cinco meses de ansiedad y zozobra, pues sabíamos que Elsa estaba preñada. Jorge, mi esposo, y yo, la habíamos criado en casa desde cachorrilla y la habíamos devuelto a la selva cuando era ya toda una leona de 135 kilos de peso, tan afectuosa y juguetona que a veces nos ponía en aprietos. Sabíamos que le costaría trabajo acostumbrarse a su nueva vida, y para librarla de nuestra tutela la habíamos soltado a cosa de 250 kilómetros de nuestro campamento de Isiolo (en donde Jorge es jefe de guardabosques de la provincia de la Frontera Norte en Kenia) y tratamos de no volver a mezclarnos en su vida.

Mas, de acuerdo con el credo de la selva, a una leona encinta, cuyo estado le dificulta el cazar, le ayudan siempre una o dos "comadres" de su especie, y como la pobre Elsa carecía de tales relaciones, nos sentimos obligados a remplazarlas. Con este fin establecimos un hato de cabras en el puesto de caza más cercano y periódicamente dejábamos el cuerpo recién muerto de una de éstas donde ella pudiera encontrarlo. La leona aceptaba de buen grado este servicio de avituallamiento y en

*"Living Free", © 1961 por Joy Adamson. Editores: Harcourt, Brace & World, Inc., 750 Third Ave., Nueva York 17, N. Y. Precio del ejemplar en inglés: $5,95. Fotos: por Joy Adamson

pago solía visitarnos en nuestro campamento, en donde se tendía sobre mi catre de campaña, pensando quizás que ése era el único que convenía a una futura madre.

Sin embargo, como toda hembra que va a ser madre, era caprichosa. Cuando ya estaba por llegar su hora, a fines de diciembre, Elsa desapareció por completo sin que pudiéramos descubrir rastro de ella. ¿Le habría sucedido algo? Estábamos preocupados, nerviosos, tanto más cuanto que acabábamos de pasar por otra tragedia de la selva.

Pocas semanas antes Jorge había salvado y llevado a casa un elefantito que encontró caído en un pozo. Lo llamamos Pampo; era una criatura encantadora que alimentamos con ocho litros de leche al día, enriquecida con aceite de hígado de bacalao y glucosa. Pero sabíamos que sería difícil criarlo, ya que no hay sustituto para la leche de elefanta, que es la más nutritiva de todas.

Joy Adamson y el elefantito Pampo



Atender a las necesidades de dos animales que se encuentran a 250 kilómetros de distancia el uno del otro, era todo un problema, pero afortunadamente una amiga nuestra, muy amante de las bestias, se ofreció para cuidar al elefante. A nuestro regreso de una correría por los dominios de Elsa, correría que duró varios días, nos alegramos de encontrar a Pampo gozando de excelente salud, aunque algo nervioso a causa de los muchos admiradores que atraía. Se veía que lo inquietaban los desconocidos, pero tan pronto como me quedaba sola con él, se recostaba confiadamente contra mí y se dormía; indudablemente ese contacto lo hacía sentirse seguro.

Mas la vez siguiente que regresamos a casa después de una larga estancia en el campamento, el aspecto de Pampo me alarmó: lo encontré con la cara enflaquecida, los párpados caídos, y cuando se incorporó trabajosamente para recibirnos, los huesos casi le atravesaban la piel. Me informó mi amiga que el elefante había dejado de tomar la leche casi por completo, lo que al principio ella atribuyó a las molestias de la dentición, pues el animal no dejaba de frotarse las encías contra cualquier cosa que encontrase. Pero como la salud de Pampo empeoraba constantemente, llamó mi amiga al veterinario quien dispuso una dieta de glucosa y agua y un tratamiento a base de sulfamidas.

No obstante, Pampo se iba poniendo más débil cada día y, a los pocos de nuestro regreso, murió

apaciblemente con la cabeza reclinada sobre mi regazo. Yo quería tiernamente al elefantito y me entristeció el perderlo, pero al hacer la autopsia se vio que padecía de neumonía y de úlceras intestinales; de ningún modo hubiéramos podido salvarlo.

Muy abatidos estábamos aquella mañana de Navidad en que salimos a buscar a Elsa. Cinco días habían pasado desde su última visita y en tal ocasión ya había comenzado a quejarse con los primeros dolores del parto. Creíamos que había debido dar a luz la noche del 20, mas no la habíamos visto desde entonces. Al cabo de varias horas de infructuosa búsqueda nos sentamos a la sombra de un peñasco y hablamos de la suerte que la leona hubiera podido correr. Nos sentíamos deprimidos, y hasta Nuru y Makedde, los dos sirvientes africanos que nos acompañaban, hablaban en voz baja. ¿Estaría viva? Nos parecía extraño y de mal agüero que su gravidez la indujera a volverse del todo salvaje.

A mediodía regresamos al campamento, en donde tristes y en silencio comenzamos nuestra comida de Pascuas.

De pronto sentí un brusco movimiento, y antes que pudiera darme cuenta de lo que pasaba, vi a Elsa entre nosotros: arrojó al suelo todo lo que estaba sobre la mesa, se nos echó encima y nos abrumó con sus gozosas caricias.

Su figura, vuelta a la normalidad, parecía en excelentes condiciones físicas. Le dimos un trozo de carne que devoró al momento. Mientras, nosotros nos preguntábamos muchas cosas: ¿por qué habría venido a vernos durante lo más caluroso del día, a esa hora en que normalmente ella nunca se movía? ¿La habría escogido deliberadamente como la más segura para dejar solos a sus cachorros, ya que pocos animales carniceros saldrían a merodear con semejante calor? ¿O habría oído el disparo que Jorge le hizo esa mañana a una cobra singularmente agresiva, y lo tomó como una señal para ella? ¿Habrían muerto los cachorrillos? En cualquier caso, ¿por qué había esperado cinco días para venir a pedirnos alimento?

Después de despachar una buena comida y de tomar agua, se nos acercó, se frotó la cabeza afectuosamente contra nuestras rodillas, se alejó unos 30 metros por la orilla del río y se tendió a dormir la siesta. La dejamos sola; queríamos que se sintiera a sus anchas. Cuando fui a buscarla a la hora del té, se había marchado.

"Atentamente prohibido el paso"

Después de esta visita, Elsa siguió viniendo con frecuencia por las tardes. Siempre comía con apetito y a veces trepaba a la cubierta de la camioneta o se echaba a su sombra. No parecía tener prisa por volver al lado de sus cachorros y allí se quedaba hasta que su aparente abandono nos preocupaba. Cuando, por inducirla a marcharse, echábamos a andar por la trocha por don-

de había venido, Elsa nos acompañaba, pero a cada momento volvía la cabeza nerviosamente hacia el campamento. Sólo cuando estaba ya completamente oscuro emprendía el regreso.

Una tarde que la vi deslizarse furtivamente río arriba por entre la maleza, la seguí. Era evidente que no deseaba que la espiaran, pues apenas me olfateó hizo como que se afilaba las uñas contra un tronco. Y, apenas volví la espalda, saltó sobre mí y me derribó en tierra, como queriéndome decir: "¡Toma! ¡Para que no me sigas!" Fingí a mi vez haber ido solamente a llevarle una nueva ración de carne. Aceptó ella mi excusa, me siguió hasta el sitio donde estaba la res muerta y se puso a comer. Pero después de este incidente, nada la inducía a volver al lado de sus cachorros sino hasta bien entrada la noche, cuando me veía leyendo dentro de la tienda y estaba segura de que no la seguiría.

Nos preocupaba la suerte de su familia pues veterinarios de parques zoológicos nos habían dicho que los hijos de una leona doméstica es raro que sobrevivan. Decidimos, pues, enterarnos del estado de los cachorros e ir a socorrerlos, si fuese necesario. Partimos una mañana muy temprano y siguiendo las huellas de Elsa llegamos a una peña que indicaba lo que nos pareció una leonera ideal; el lugar estaba resguardado por grandes piedras y éstas, a su vez, se hallaban rodeadas de una maleza impenetrable.

Trepamos a la más grande de aquellas rocas y desde allí tratamos de observar el centro de la guarida sin poder ver absolutamente nada. Allí estábamos cuando de pronto salió una leona de entre un matorral, a sólo 20 metros de distancia: era Elsa. Parecía disgustada de vernos; nos miraba en silencio y permanecía inmóvil, como si esperase que nos abstuviéramos de acercarnos.

Lentamente se volvió hacia el matorral y se estuvo cerca de cinco minutos con la grupa vuelta hacia nosotros, atenta a cualquier ruido procedente de la espesura. Luego se sentó dándonos la espalda, como si nos dijera: "Aquí comienzan mis dominios; el paso está prohibido".

Con esa actitud majestuosa expresaba sus deseos con más claridad que si lo hubiera hecho con palabras. Nos retiramos de allí tan quedamente como nos fue posible.

A pesar de esta repulsa decidimos llevarle la comida con el objeto de abreviar el tiempo que debía alejarse de sus cachorros. En los días siguientes, le dejé sus alimentos cerca del lugar donde suponíamos que estaba la camada. Cada vez que la encontraba en tales ocasiones, Elsa se esforzaba por ocultarme su guarida y a menudo volvía atrás sobre sus huellas, mañosamente.

Una tarde, al pasar a cierta distancia de la peña, alcancé a distinguir sobre ella la figura de un animal grande; no pude saber de qué clase, y apenas me vio escurrió el bulto. No me cupo duda de que aquella bestia había descubierto a

los cachorros, y esto me alarmó tanto, que resolví encontrarlos y protegerlos a despecho del disgusto de la madre.

La tarde siguiente, acompañada de nuestro sirviente, el *toto* (que en suahelí quiere decir "muchacho"), subí a la gran peña, gritando para prevenir a Elsa de nuestra presencia. La leona no me respondió. Llegados a la cima nos asomamos al borde del precipicio y escudriñamos los matorrales con nuestros gemelos. Aunque aquel lugar tenía el aspecto de un cubil bien frecuentado, no se veía señal alguna de Elsa.

Pero mientras examinaba la espesura que se extendía a mis pies, experimenté de pronto una extraña sensación de peligro; solté los binóculos, me volví, y descubrí a Elsa, que avanzaba contra el *toto* por detrás. Apenas si tuve tiempo de advertirle con un grito antes que la leona lo derribara. El animal había trepado a la roca por detrás de nosotros sigilosamente y el *toto* estuvo a punto de despeñarse.

En seguida Elsa se me acercó y me derribó también. Aunque lo hizo en forma amigable, era evidente que así expresaba su disgusto por habernos encontrado tan cerca de sus cachorros. Luego echó a andar lentamente por la cima de la roca, volviendo la cabeza a cada paso para asegurarse de que la seguíamos. Silenciosamente nos condujo así hasta el extremo opuesto del precipicio, nos hizo bajar a la espesura y nos guió entre zarzales y malezas hasta llevarnos de vuelta al camino: dando un amplio rodeo, había evitado por completo el escondrijo de su camada.

Cuando caminábamos juntas, acostumbraba yo pasarle la mano de vez en cuando por el lomo, cosa que a Elsa le gustaba, pero ese día no permitió que la tocara, dándome a entender claramente que había yo caído en desgracia. De regreso en el campamento, aun mientras tomaba su cena sobre el techo de la camioneta, la leona me volvía la espalda apenas me le acercaba. No regresó a su guarida sino hasta bien entrada la noche.

Fue Jorge el primero que vio a la familia de Elsa. Cierto día en que espiaba en silencio desde la roca grande, alcanzó a ver a la leona amamantando allá abajo a dos cachorros; un saliente de la roca ocultaba su cabeza. Jorge se retiró rápidamente antes de que ella advirtiera su presencia.

Otra vez, la tarde del 14 de enero, estando Elsa de visita en nuestro campamento, Jorge se alejó calladamente y trepó hasta un punto desde donde pudo observar a los leoncitos; eran tres; dos de ellos dormían en tanto que el otro se entretenía en masticar el tallo de una planta. Éste alzó la mirada, con sus ojillos azulencos y al parecer cegatones aún. Jorge se puso a tomar fotografías, y mientras esto hacía despertaron los dormilones y comenzaron a pasear en derredor. Todos parecían muy saludables.

Una tarde, dos semanas después,

la misma Elsa sacó del cubil a sus cachorros para enseñárnoslos. Me hallaba yo escribiendo en el improvisado gabinete de trabajo que tengo en el campamento, cuando el *toto* llegó corriendo a decirme que la leona estaba dando extraños rugidos del otro lado del río. Seguí por la orilla arriba y, guiándome por el ruido, llegué por entre la maleza hasta una ancha playa.

De pronto me detuve, sin poder dar crédito a mis ojos. Allí estaba Elsa, a pocos metros de mí, con uno de sus hijos al lado, en tanto que otro salía del agua y el tercero, todavía en la orilla opuesta, iba y venía chillando lastimosamente. Elsa me miraba fijamente con una expresión entre orgullosa y avergonzada.

Yo permanecía absolutamente quieta mientras ella hociqueaba a sus cachorros con tierno ronroneo. Fue a encontrar al que acababa de salir del agua y lo lamió cariñosamente; luego atravesó a nado el río para reunirse con el crío varado en la otra orilla; los dos que la acompañaban la siguieron sin vacilar, nadando intrépidamente, y pronto la familia se hallaba reunida en la margen opuesta.

Elsa se echó a la sombra de una higuera que se levantaba entre las piedras; su piel dorada era una luminosa pincelada sobre el fondo verde oscuro del follaje y el gris plateado de las peñas. Al principio los cachorros se ocultaron y me atisbaban cautelosamente por entre la maleza; pero a poco la curiosidad

pudo más que la timidez, y los leoncitos salieron a terreno despejado y me miraban inquisitivamente. Elsa ronroneaba para inspirarles confianza, y los cachorros saltaban sobre su lomo tratando de agarrarle la cola.

Yo había enviado al *toto* a traer la comida para la leona y cuando llegó con ella, Elsa volvió a cruzar a nado el río y se puso a comer.

El más atrevidillo de sus hijos nadó con ella, pero al cabo de un rato resolvió volver al lado de sus hermanos. Tan pronto como Elsa vio que aquél alcanzaba aguas más profundas, se lanzó al río, lo asió por la nuca, le dio una buena zambullida como para enseñarle a no ser tan temerario, y lo trajo a nuestra orilla, todavía agarrado del cogote. Un segundo cachorro se armó de valor y cruzó a nado; apenas se le veía la cabecita sobre el agua; pero el otro, más tímido, se quedó en la ribera opuesta.

Elsa se me acercó, se echó al suelo y dio una vuelta sobre sí misma como para dar a entender a sus hijos que yo formaba parte de la manada. Tranquilizados, los dos leoncitos se fueron acercando más, no sin cierta cautela, siguiendo con sus grandes y expresivos ojos todos los movimientos de su madre y los míos. Pronto estuvieron como a un metro de distancia y tuve que hacer un esfuerzo para no inclinarme a tocarlos: un zoólogo me había advertido que nunca se debe tocar un cachorro de león a no ser que él tome la iniciativa.

Entre tanto el tercer cachorro seguía maullando lastimosamente del otro lado del río; tanto lloriqueó que al fin, conmovida, Elsa volvió a su lado, seguida de los dos más atrevidos, que parecían gozarse en nadar.

Como una hora los estuve observando mientras jugaban todos en la ribera opuesta. Elsa lamía a sus hijos con cariño, les hablaba con su dulce ronroneo, no les quitaba los ojos de encima y en seguida sujetaba al imprudente que osaba alejarse demasiado.

Entonces la llamé. Elsa respondió y volvió a atravesar el río. Esta vez todos los cachorros la acompañaron.

A medida que iban llegando a la orilla la leona los secaba con la lengua; luego Elsa se me acercó y se sobó contra mí suavemente. Para mostrar a sus hijos que éramos amigas se revolcó en la arena, me lamió la cara y por fin me dio un abrazo. Los chicos nos miraban a respetable distancia, con interés, pero perplejos, y resueltos a quedarse donde estaban.

En seguida Elsa fue a buscar la res muerta y comenzó a comer, mientras los cachorros lamían la piel del animal muerto, tiraban de ella con sus dientecitos y hacían sobre él violentas cabriolas. Tal vez aquél era su primer encuentro con la "presa".

Tendrían acaso seis semanas de edad; se hallaban en excelentes condiciones y si bien sus ojillos estaban aún cubiertos de una nube azulina, sin duda veían perfectamente. No podía precisar su sexo, pero noté que el de piel más clara era el más vivaracho y el más curioso de los tres, así como el más apegado a la madre; siempre se acurrucaba junto a ella y la abrazaba con sus patitas. Ella se mostraba dulce y paciente con todos; les permitía que se le subieran encima y que le mordieran las orejas y la cola.

Cuando se hizo de noche, Elsa se puso a escuchar atentamente, y luego se internó con sus hijos unos cuantos metros entre los arbustos. Momentos después oí que les daba de mamar.

Cuando regresé al campamento encontré que ya Elsa y sus cachorros estaban esperándome allí. La leona me siguió dentro de la tienda, se echó en el suelo y llamó a sus hijos; pero éstos se quedaron fuera, maulla que maulla. Elsa salió en su busca y yo tras ella; nos sentamos todos en la hierba y la leona volvió a dar de mamar a su familia, en tanto que, recostada contra mí, me tenía abrazada con una de sus garras. En la maternidad seguía sien-

Elsa es madre cariñosa e inteligente



do tan confiada y tan afectuosa como siempre, y era evidente que deseaba hacerme partícipe de su felicidad. Experimenté una honda sensación de humildad.

Retrato de familia

Cuatro días después, Jorge y yo quisimos pagarle la visita; mas advertimos que para Elsa, una cosa era que ella viniese a vernos con sus hijos, y otra muy distinta que fuésemos nosotros a visitarlos. Cuando nos acercábamos a su guarida, hablando en voz alta para anunciarle nuestra visita, salió súbitamente y se quedó mirándonos. Su actitud nada tenía de bienvenida y al aproximarnos se sentó bruscamente y amusgó las orejas. Incuestionablemente, no quería que nos acercáramos más y, sabiendo, como sabíamos, lo que es una leona "en guardia", respetamos sus deseos.

En las visitas que nos hacía en el campamento, Elsa se mostraba, no obstante, tan afectuosa como siempre, aunque no tan juguetona quizás como antes de ser madre; con los africanos era menos amigable. Si Nuru o Makedde se acercaban a los cachorros, la leona amusgaba las orejas y los miraba aprensivamente, con los ojos entornados. De mí se fiaba por completo y varias veces dio pruebas de ello dejando a sus hijos a solas conmigo mientras ella iba a beber al río. A Jorge le demostraba su afecto entrando en su tienda y acostándose en su cama, especialmente cuando llovía; una vez dentro llamaba a sus cachorros, pero sólo el pequeño tenía el suficiente valor para aceptar la invitación; los otros dos se quedaban fuera tiritando, pues su temor innato al hombre era tan grande que preferían sufrir el frío de la lluvia.

Con el tiempo supimos que dos eran machos y el otro hembra. Los africanos comenzaron a llamar al cachorrillo más atrevido Jespa, nombre que decían haber tomado de la Biblia (al parecer por Jefté, que significa: "Dios libera"... nombre, pues, bien apropiado); nosotros llamamos a su hermanito Gopa, que en suahelí quiere decir "tímido", y a su hermana, Elsita.

Jespa era el de color más claro y estaba muy bien proporcionado; de hocico puntiagudo, tenía además unos ojos tan rasgados que daban a su delicado semblante un aire ligeramente mongol. Era no solamente el más desenvuelto, arrojado y fisgón, sino también el más afectuoso. Seguía a su madre dondequiera que fuese, como su sombra.

Gopa, su tímido hermanito, era igualmente simpático; tenía unas manchas negras en la frente, pero sus ojos en vez de ser claros y brillantes como los de Jespa, eran algo nublados y bizcos. Tenía las patas cortas y una barriga tan grande que llegué a temer que sufriera de hernia. No tenía pelo de tonto mas era muy indeciso.

Elsita hacía honor a su nombre, pues era el vivo retrato de su madre cuando ésta tenía su edad: la misma expresión, las mismas señales, la misma fina complexión. Su com-

portamiento era tan parecido al de Elsa que nos hacía confiar en que llegaría a tener un carácter dulce como el de su madre. Se hallaba, claro está, en posición físicamente desventajosa en comparación con la de sus hermanos, mas se valía de astucia para ponerse a la par con ellos.

El sitio de recreo predilecto de los cachorros, al caer la tarde, era cerca de una palmera caída a la orilla del río. Allí les tomamos muchas fotos mientras jugaban al "asalto al castillo" o disputaban por un pedazo de palo. A ratos jugaban al escondite y a las "emboscadas". A menudo dos de ellos se engarzaban en feroz combate, en que la víctima, tendida de espaldas, se defendía con las cuatro patas en el aire. Elsa solía mezclarse en sus juegos y, a pesar de su gran peso, saltaba y hacía cabriolas como si también ella fuese un cachorro.

Resistimos la tentación de domesticarlos

APENAS LOS leoncitos cumplieron diez semanas, Elsa comenzó a destetarlos. Cuando estaban de visita en el campamento y le parecía que habían mamado lo suficiente, se echaba sobre sus tetas, o bien trepaba al techo de la camioneta, fuera de su alcance. Los cachorros pronto comprendieron que o comían carne o se morían de hambre. Arrancaban de boca de su madre los intestinos de la "presa" y se los chupaban como si fueran espaguetis, por entre los dientes apretados, arrojando el despreciable relleno, tal como ella lo hacía.

A menudo Elsa era bien brusca con ellos: les ponía la zarpa en la cabeza para que la dejaran comer, los mordía por cariño o les arrancaba la piel. En cambio, cuando ella y yo jugábamos, se mostraba siempre más mansa. Esto lo atribuyo en parte al hecho de que cuando yo la acariciaba lo hacía siempre con mucha dulzura, al mismo tiempo que le hablaba en voz baja y calmada. Los cachorros se alarmaban si yo procedía de otra manera. Por ejemplo, cada vez que Elsa, perseguida por las moscas tsetsé, se echaba a mis pies y yo se las mataba dándole una palmada, Jespa en particular, acercándose, se agazapaba, listo a saltar en defensa de su madre.

Aunque sentía el mismo impulso de acariciar y mimar a los cachorros, tal como lo había hecho con Elsa, me reprimía. Tanto Jorge como yo habíamos decidido que crecieran y se criaran como leones salvajes. Ambos recordábamos la lucha que tuvimos que librar para que Elsa volviera a la vida montaraz, y no deseábamos pasar otra vez por tan dura prueba. Además, los cachorros tenían una madre y un padre que miraran por ellos; constituían una verdadera familia de leones; no debíamos correr el riesgo de encanijarlos.

Cuando Elsa trató de estrechar las relaciones entre sus dos familias, nuestra actitud debió de parecerle despiadada. Una tarde entró en mi tienda, se echó deliberadamente de-



con

crema de afeitar

williams

con o sin mentol

Creada especialmente para barbas duras, la Crema de Afeitar Williams hace una espuma suave, abundante y densa, que ablanda la barba más recia y brinda una afeitada fresca y bien a ras, que dura por mucho tiempo. Triunfe sobre su barba con Crema de Afeitar Williams.





**ESTOS HOMBRES
BUSCAN UNA SOLUCION
ECONOMICA Y FACIL A SUS
REQUERIMIENTOS
MARITIMOS–**

trás de mí y en seguida llamó a su prole con dulzura para darle de mamar. Esto hubiera sido suficiente para que los cachorros entraran y se me acercaran, pero yo no me presté a animarlos. Elsa me miró con expresión de desengaño y al punto salió a reunirse con sus hijos. No podía entender esa indiferencia de mi parte, pero poco a poco se fue acostumbrando a ella y cuando los cachorros cumplieron 18 meses, ya parecía haberse resignado a nuestra "frialdad" para con ellos.

Con el padre de los leoncitos sufrimos una gran desilusión. Sin duda la culpa fue, hasta cierto punto, nuestra, ya que nos habíamos mezclado en sus relaciones con su familia, pero lo cierto es que papá león no sólo no ganaba el pan para sus hijos sino que, por el contrario, a menudo se lo robaba. Una noche intentó sacar una cabra que estaba dentro de mi camioneta. Otra vez, mientras Elsa y sus hijos comían delante de nuestra tienda, la leona alcanzó a ventearlo, se puso muy nerviosa, dejó de comer, y a toda prisa retiró de allí a sus cachorros. Jorge salió a rondar con su linterna sorda y, no se había alejado tres metros, cuando un horrible rugido lo hizo estremecer y descubrió al padre de los cachorros, que acechaba escondido en un matorral. Jorge se retiró rápidamente y, por fortuna, el león hizo otro tanto.

Las noches en que papá león se mantenía a distancia eran más gratas. Después de comer vorazmente, Elsa y sus cachorros venían a sentarse al frente de nuestra tienda, dando cara a la brillante luz de la lámpara. A los leoncitos no parecía molestarlos el resplandor; quizás tomaban la lámpara por una nueva especie de luna. Apenas yo me acostaba, Jorge apagaba la "luna" y se sentaba un rato en la oscuridad. Los cachorros se le acercaban tanto que hubiera podido tocarlos, y luego, tras de echarse un trago al coleto, se marchaban al trote hacia la gran peña, desde la cual el compañero de Elsa la llamaba después.

Elsa conoce a su editor

Después de la publicación de mi primer libro *Nació para ser libre*, Elsa se hizo famosa: de todas partes del mundo me escribían manifestando deseos de venir a verla. Esto nos planteó un problema. Estábamos decididos a que los leones volvieran a su vida salvaje y no queríamos verlos convertidos en atracción de turistas. Temíamos también que algún curioso pudiera provocar, aunque sin mala intención, la ira de Elsa y nos creara un conflicto.

Los cachorros a las 22 semanas, bebiendo agua cerca del campamento



EL VERDADERO ANIS
ES ANIS **BOLS**



ES ANIS PURO Y GENUINO!

ANIS BOLS

GUSTA Y ENTONA

TOMELO EN LA SOBREMESA...

O A ESCONDIDAS...

Muy a pesar nuestro, nos oponíamos a esas visitas, a no ser que se tratara de algún viejo amigo que hubiera conocido a la leona desde su infancia. Uno de ellos, dibujante, vino a tomar unos apuntes de los cachorros, y Elsa no hizo objeción alguna. Dos fotógrafos de televisión de la BBC de Londres, que la trataron con mucho tino, fueron asimismo bien recibidos. Aunque la leona detestaba de ordinario que se tomaran fotografías, en esta ocasión se prestó a que le tomaran excelentes escenas, jugando complaciente con sus cachorros sobre la roca grande. Cuando los dos fotógrafos le estrecharon la "mano" para despedirse, comprendí que la leona había despertado en ellos un interés que no era meramente cinematográfico.

Con todo, no esperábamos la recepción que le hizo a William Collins, el editor londinense que había publicado el libro *Nació para ser libre*. Contratamos un avión que llevara a Collins de Nairobi hasta el campo de aterrizaje más cercano y de allí lo traje yo en la camioneta hasta nuestro campamento. Respiramos con alivio al ver que Elsa salía a recibirnos con su habitual afabilidad: después de olisquear a nuestro huésped cautelosamente, se frotó la cabeza contra sus rodillas, en tanto que los cachorros contemplaban la escena a distancia.

Levantamos una cerca de espinos alrededor de la tienda de Collins y después de asegurar la puerta por fuera con más espinos, lo dejamos disfrutando de un bien ganado descanso. Elsa se quedó fuera del cercado de mi tienda, y la oí cuchicheando con sus cachorros hasta que me quedé dormida. Al amanecer me despertó el bullicio procedente de la tienda de Collins: reconocí su voz y la de mi marido, que evidentemente estaban tratando de convencer a Elsa de que se fuera.

La leona se había colado por entre la densa malla de mimbres de la entrada; saltando sobre la cama de nuestro huésped, desgarró el mosquitero y se puso a acariciar a Collins, y por último se le echó encima aprisionándolo bajo su cuerpo de 150 kilos. Nuestro amigo conservó la calma, cosa admirable, si se considera que ésta era la primera vez que despertaba con una leona descomunal echada sobre él. Aun en los momentos en que Elsa le mordiscaba los brazos, que era su modo de demostrar su cariño, él se limitó a hablarle serenamente. Por fin Elsa se cansó, salió del cercado en pos de Jorge y se puso a jugar con sus cachorros.

La mañana siguiente, poco antes de amanecer, volví a sentir alboroto en la tienda de Collins; Elsa había entrado de nuevo a darle los buenos días. Por fin, a instancias de Jorge, que había acudido en socorro de nuestro huésped, la leona se marchó.

Jorge reforzó la barricada de espinos hasta que, a su parecer, quedó impenetrable. Pero Elsa no iba a dejarse vencer por unas cuantas púas y al amanecer del día siguien-



Joy Adamson y Elsa descansan a orillas del río

te, Collins se encontró otra vez oprimido entre los brazos y bajo el peso de la robusta leona. Cuando Jorge logró cruzar la barrera de espinos, Elsa tenía a nuestro amigo asido con ambas garras por la nuca y le sujetaba la quijada entre sus dientes. Con frecuencia solía agarrar de esa manera a sus cachorros como prueba de amor, pero Collins debió de tomar esa demostración en forma muy diferente. Afortunadamente sólo sufrió ligeros rasguños que yo le curé con polvos desinfectantes.

Muy alarmada por el desacostumbrado comportamiento de Elsa, me quedé en la tienda de Collins en espera de que aquélla se fuera al monte con sus cachorros. Pero a pesar de esa precaución la leona volvió a colarse por la cerca de mimbres antes que Jorge o yo pudiéramos impedírselo. Esta vez nuestro huésped se hallaba de pie. Elsa se fue directamente a él, se levantó sobre las patas traseras, le puso las manos en los hombros y comenzó a mordiscarle una oreja. Él, que era alto y fuerte, se apoyó en ella y se mantuvo firme. Tan pronto como la leona lo soltó, aticé a Elsa tal paliza que salió de la tienda malhumorada. Una vez fuera, algo avergonzada, se puso a jugar con Jespa; rodaba

con él sobre la yerba, lo mordía y lo abrazaba de la misma manera que lo había hecho con Collins. Al cabo de un rato la familia entera salió piruetеando alegremente hacia sus rocas.

No sé quién de los dos había quedado más asustado, si el pobre Collins o yo. Evidentemente, Elsa, con su extraordinaria conducta para con nuestro huésped, tan sólo quiso demostrar que lo aceptaba como miembro de la familia; pero era demasiado peligroso arriesgarnos a que se repitieran tales demostraciones. Así pues, resolvimos de común acuerdo abreviar la visita de Collins, y éste abandonó el campamento inmediatamente después del desayuno.

La primera caza mayor de los cachorros

A PRINCIPIOS de junio regresábamos de Isiolo y, al ponerse el sol, hallándonos como a diez kilómetros de nuestro campamento, nos vimos inopinadamente rodeados de elefantes. La piara, que se componía de unas treinta o cuarenta cabezas, se vino hacia nosotros de todas direcciones; comprendía muchos pequeñuelos cuyas madres, alarmadas, se acercaban a la camioneta con las trompas en alto, batiendo las orejas como abanicos y moviendo las cabezas airadamente.

La situación era apurada. Jorge saltó sobre el techo del vehículo y con la escopeta al brazo permanecía alerta mientras las elefantas persistían en su enfurecida protesta. Al

cabo de algún tiempo, que nos pareció interminable, la manada comenzó a alejarse.

Era un espectáculo grandioso: los gigantes marchaban en una sola fila llevando a sus pequeñuelos metidos entre uno y otro para protegerlos y de vez en cuando volvían la enorme cabeza con desagrado hacia nosotros.

Todos los árboles y los arbustos en torno nuestro veíanse cargados de aves de rapiña y, cuando ya pudo hacerlo sin peligro, Jorge se puso a buscar la carroña que las había llevado allí. A poco encontró un antílope muerto recientemente; aunque había huellas de león en los contornos la presa estaba casi intacta; se veía claramente que el león había interrumpido su festín a causa de la piara de elefantes.

¿Habría sido Elsa quien mató el antílope? El sitio estaba muy lejos de su acostumbrado coto de caza y el entendérselas con aquella temible bestia cornuda de 200 kilos de peso, mientras protegía a su prole, hubiera sido una empresa peligrosa; de seguro que Elsa no la habría acometido a no ser que se sintiera muy hambrienta.

Cuando llegamos al campamento anunciamos a la leona nuestro arribo con un disparo de escopeta; sin embargo, no apareció por allí esa noche. Al día siguiente sentimos gran alivio al verla con sus cachorros sobre la gran peña. Apenas nos vio se arrojó sobre Jorge, lo abrumó a caricias, y en seguida me derribó a mí, mientras los leoncitos

estiraban la cabeza sobre las altas hierbas mirándonos con curiosidad.

En el campamento les servimos su comida, que devoraron en medio de gruñidos y manotazos famélicos. Elsita se llevó la mejor parte y escapó al cabo con la presa entre los dientes; tan hambrientos dejó a sus hermanos que nos vimos obligados a matar otra cabra para ellos.

Por la tarde Elsa ocupó su puesto acostumbrado sobre el techo de la camioneta, y los cachorros, en vez de ponerse a juguetear como de ordinario hacían a esa hora, se tendieron en el suelo y se quedaron completamente quietos. Por la noche oí que la madre conversaba con ellos con tiernos ronroneos y sentí también que les daba de mamar. Mucha hambre habrían de tener puesto que necesitaban leche después de haber devorado dos cabras.

Al amanecer ya todos se habían ido. Seguimos su rastro y nos llevó directamente al sitio donde encontramos el antílope muerto. ¡De modo que sí había sido Elsa la que dos días antes se había atrevido con semejante bestia! Desgraciadamente, la llegada de la piara de elefantes no les dio tiempo de devorar su presa; ahora comprendíamos la razón de haberlos encontrado tan famélicos y exhaustos.

Recogimos la magnífica cornamenta del antílope y la colgamos en nuestro estudio como trofeo y recuerdo de la primera caza mayor de los cachorros en compañía de su madre. Los leoncitos ya habían cumplido cinco meses y medio.

Un nuevo jefe de familia

Al atardecer, con la barriga llena, era cuando los cachorros daban rienda suelta a su energía y le jugaban las peores pasadas a su madre. Jespa por ejemplo, había descubierto que al agarrarla de la cola, levantado él sobre sus patas traseras, ella no podía libertarse fácilmente. En esa forma madre e hijo daban vueltas y más vueltas en tanto que el cachorro hacía payasadas, hasta que Elsa, aburrida, se le sentaba encima. El cachorro parecía deleitarse con esto, lamía y acariciaba a su madre hasta que ésta escapaba y se refugiaba en nuestra tienda.

Mas pronto dejó de ser la tienda asilo seguro porque el muy pícaro ya se atrevía a seguirla: entraba, daba un vistazo en su rededor y tiraba al suelo todo lo que estaba a su alcance. Por la noche lo sentía yo escurrirse entre las cajas de alimentos y los guacales de cerveza; el tintineo de las botellas era para él fuente inagotable de entretenimiento. Sus hermanos, menos atrevidos, se contentaban con mirar la fiesta desde fuera mientras él se llegó a sentir en la tienda como en su casa.

Ya desde entonces comenzó Jespa a ser mirado como el nuevo jefe de la familia. Una tarde, volvíamos con ellos de las grandes peñas con rumbo al campamento. Elsa y Jespa se nos adelantaron en tanto que Gopa y Elsita se quedaron a la zaga. Esto preocupó mucho a Jespa que comenzó a andar de aquí para allá tratando de juntar a la familia,

hasta que al fin Elsa se detuvo y nos dejó pasar adelante, con lo cual la familia quedó reunida. Más tarde, la leona se frotó contra nosotros, como para demostrarnos su gratitud por haber comprendido su insinuación.

El 20 de junio, día en que los cachorros cumplieron seis meses, Jorge celebró el acontecimiento matando una gallineta. Elsita se apoderó del ave y se internó con ella entre el matorral. Indignados, sus hermanos la siguieron, pero a poco regresaron derrotados y, rodando por un arenal, cayeron sobre la madre, que estaba tendida sobre sus lomos y con las patas en alto. Ella les tomó las cabecitas entre los dientes y así los tuvo hasta que lograron zafarse y le atraparon la cola.

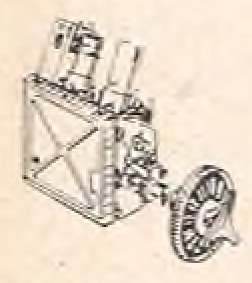
Después de que los tres estuvieron jugando a su sabor, Elsa se me acercó con calma y me abrazó como para mostrarme que no se había olvidado de mí. Esto pareció provocar la ira de Jespa; pues cada vez que yo le volvía la espalda, se agazapaba, pronto a lanzarse sobre mí. No obstante, cuando me volvía hacia él, se detenía y se mostraba indeciso y aturdido.

Al fin pareció encontrar la solución: se marcharía. Se lanzó al río sin vacilar y pasó a la otra orilla. Elsa lo siguió. Yo traté de detenerla pues sabía que aquella región era peligrosa por haberla invadido recientemente los cazadores furtivos de la tribu de Boran, pero mi advertencia no tuvo efecto; la madre y los hermanos continuaron en seguimiento de Jespa. Tal actitud ya no nos dejó duda de que todos ellos aceptaban su caudillaje.

Cuando al fin regresaron, Elsa se echó a dormir con la cabeza apoyada en mis rodillas, cosa que Jespa ya no pudo tolerar; se incorporó y comenzó a arañarme las pantorrillas con sus afiladas garras. Como yo no podía mover las piernas por el peso de la leona, poco a poco estiré la mano para apartarlo; al punto el cachorro me lanzó una dentellada y casi me arranca el dedo índice. Por fortuna siempre llevo conmigo polvos desinfectantes y con ellos pude curarme la herida inmediatamente. Esto aconteció en las propias barbas de Elsa, quien diplomáticamente hizo caso omiso del incidente y cerró los ojos soñolienta.

Cuando estábamos las dos solas, Elsa se mostraba tan afectuosa como siempre, pero en presencia de sus hijos tenía cuidado de no manifestarme demasiado cariño. No obstante, una vez vino de visita al campamento, después que algún suceso la había puesto muy nerviosa; cariñosamente, se brindó a servirme de almohada y hasta me abrazó entre sus patas delanteras. A Jespa no le agradó esto, al parecer, y cuando la leona se marchó, el cachorro se agazapó y se dispuso a atacarme. Esto lo hizo tres veces y, aunque siempre desistía de su empeño en el último momento, fingiendo estar más interesado en alguna porquería de elefante, sus orejas amusgadas y sus furiosos gruñidos no me dejaban duda alguna de que estaba

¡ZENITH otra vez eleva el standard de calidad en television!



Asegura: **Mejor recepción de cada canal tanto en zonas de señal débil como en áreas marginales / Menos necesidad de servicio y simplificación de éste / Más larga vida de su televisor.**

Zenith eleva de nuevo el standard de calidad, con sus 22.000 voltios de potencia en la imagen y el nuevo sintonizador "Guardián de Oro".

Con el exclusivo sintonizador "Guardián de Oro" Zenith capta una imagen más pura y potente, eliminando desdoblamientos e interferencias, sus nuevos puntos de contacto, de oro macizo de 16 kilates proporcionan mejor rendimiento sin necesidad del constante ajuste de sintonía, incluso en áreas marginales. Basta sintonizar cada canal una sola vez para que la imagen sea siempre clara y nítida.

Y recuerde que su construcción realizada completamente a mano—sin circuitos impresos—asegura a cada televisor Zenith mejor rendimiento, seguridad por muchos años y menos problemas de servicio. Antes de comprar un televisor, vea un Zenith, el televisor No. 1 de la Argentina.

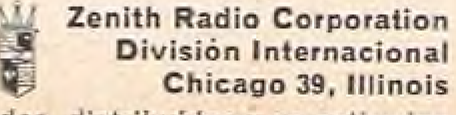


Modelo H2717



Modelo G2110





Zenith Radio Corporation
División Internacional
Chicago 39, Illinois

Fabricados, distribuidos y garantizados en Argentina por Telesud S.A., Buenos Aires.





celoso. Lo curioso es que trataba de acometerme únicamente cuando su madre no lo veía. Para aplacarlo le di varias golosinas y luego até una cámara de automóvil a una cuerda que me puse a sacudir.

Con todo, ya comenzaba a preocuparnos en qué irían a parar nuestras relaciones con el cachorro. Habíamos hecho todo lo posible por respetar los instintos naturales de los cachorros para que al crecer fueran verdaderos leones salvajes, pero este proceder inevitablemente nos había privado de autoridad sobre ellos. Elsita y su tímido hermanito menor seguían tan cortos de genio como siempre y nunca llegaron a provocar un incidente digno de castigo. En cambio Jespa tenía un carácter muy diferente: nunca pude obligarlo a reprimir su zarpazo tocándole la garra con el dedo y diciéndole "No, no", como lo había hecho con Elsa cuando era una cachorrita y le enseñé de ese modo a esconder las uñas cuando jugaba con nosotros. Por otra parte, no quería apelar al palo, ya que Elsa podría ofenderse y retirarme su confianza. Nuestra única esperanza radicaba en establecer amistosas relaciones con Jespa, mas por el momento, dado su caprichoso comportamiento, era más probable una suspensión de hostilidades que una verdadera amistad.

Breve encuentro con los cocodrilos

Últimamente, los cocodrilos, que se habían dispersado por todas par-

tes a causa de las inundaciones, volvían a juntarse en los pozos del río. Esto nos inquietaba porque Elsa llevaba su comida al río con frecuencia y muchas veces después de anochecer, al acudir a su lado con antorchas y escopetas en respuesta a sus rugidos, la encontramos defendiendo su "presa" contra algún cocodrilo. Invariablemente el saurio se escabullía tan pronto como llegábamos al lugar; por más listos que anduviéramos, aquellos reptiles eran casi siempre más astutos que nosotros. En todo caso sólo sus ojos nos servían de blanco, pues el resto del cuerpo se hallaba sumergido en el agua. En ellos, el instinto para presentir el peligro está más desarrollado que en cualquier otro animal salvaje que yo conozca.

Elsa y sus hijos no dejaban de darse cuenta de que las intenciones de los cocodrilos nada tenían de amigable, y observaban el agua en busca de remolinos u objetos flotantes sospechosos. Por otra parte, tenían momentos de despreocupación y esto me hacía temer por su seguridad.

Una tarde llamé a Elsa que estaba en la orilla opuesta. Respondió al punto y ya se preparaba a cruzar la corriente con sus cachorros, cuando todos se detuvieron súbitamente. Luego la leona subió un buen trecho por la orilla llevando consigo a sus hijos hasta llegar a un punto casi vadeable en la estación seca y les indicó que podían cruzar por allí. A pesar de esto no se atrevieron a pasar durante una hora, ni los

cachorros se entretuvieron en sus chapoteos y zambullidas habituales. Esto me tranquilizó porque me demostraba su prudencia. Mas, cosa característica de su variable disposición, cuando al siguiente día los llamé en el mismo sitio, a la misma hora, los cuatro atravesaron el río a nado, al momento y sin la menor vacilación. Entonces noté que Elsa tenía una profunda herida en la lengua; pero aunque sangraba, no le impedía lamer a sus cachorros.

Se ponía el sol y estábamos todos sentados a la orilla del río, cuando Elsa y los cachorros irguieron de pronto la cabeza, volvieron al agua la mirada y quedaron tensos. Como a tres o cuatro metros de distancia alcancé a ver un gran cocodrilo. Fui en busca de mi escopeta y lo maté. Luego Elsa se me acercó y se frotó la cabeza contra mis rodillas como dándome las gracias.

Pelea con una leona intrusa

CIERTO DÍA, hacia mediados de julio, Elsa llegó al campamento mucho después del anochecer con sólo dos de sus cachorros: faltaba Jespa. Muy inquieta por su ausencia, lo llamé por su nombre una y otra vez hasta que la leona resolvió salir ella misma a buscarlo, seguida de sus otros dos hijos.

Por más de una hora escuché sus aullidos que poco a poco se fueron perdiendo en la distancia, cuando de pronto oí salvajes rugidos leoninos seguidos de los aterrorizados chillidos de los mandriles. Sabíamos que una leona especialmente feroz rondaba por esos contornos y no me cupo la menor duda de que la intrusa había atacado a Elsa. Angustiada esperé el desenlace.

Cuando Elsa reapareció por fin, traía la piel cubierta de rasguños y una oreja despedazada por un mordisco; la herida era profunda, y la más grave que había sufrido hasta entonces. Elsita y el pequeño Gopa la seguían de cerca, asustados. Traté de curar las heridas de la leona, pero estaba demasiado irascible y no permitió que me le acercara; tampoco quiso probar bocado. Se sentó a ver comer a sus cachorros, con la cabeza inclinada hacia un lado, mientras le manaba sangre de la herida; luego los llamó y los tres vadearon el río.

Por la mañana, acompañada de Makedde y Nuru seguí los rastros de Elsa, los que nos llevaron hasta una cueva en donde, para mi tranquilidad, encontré a toda la familia, inclusive a Jespa. Los tres cachorros me parecieron alicaídos; la oreja de Elsa sangraba aún profusamente y la leona sacudía la cabeza de vez en cuando para descargar la herida. Esa noche, cuando fueron al campamento en busca de su comida, mezclé a la carne de Elsa unas tabletas antisépticas con el objeto de prevenir una infección en la herida.

La tarde siguiente volvió Elsa al campamento. Pero esa noche sentimos que dos leones extraños cascaban ruidosamente los huesos de una cabra que habíamos dejado cerca de la tienda de Jorge.

Largo tiempo estuvieron comien-

do y luego cruzaron el río dando muchos bufidos y gruñidos en respuesta al chillido de los mandriles. Más tarde encontramos el rastro de un león y una leona de gran tamaño y Elsa estuvo ausente por varios días.

Después de mucho buscarla en vano, mi ansiedad subió de punto pensando que con esa herida le costaría gran trabajo cazar, así como defenderse de los cazadores furtivos. Una noche, al ver unos buitres que describían círculos en el aire, temí lo peor. Pero sólo encontramos nuevos vestigios de que por allí andaban los paranceros: pieles curándose, cenizas aún calientes y huesos calcinados de animales.

Al día siguiente, dos individuos de la Patrulla de Caza, que habían salido a perseguir a los cazadores furtivos, nos informaron que habían visto a Elsa del otro lado del río. Estaba tendida bajo un matorral; sus cachorros dormían a su lado y al ver aproximarse a la patrulla no se movió siquiera: cosa rara . . . a no ser que se sintiera tan mal que ya no le importara la vida.

Me dirigí a ese sitio y llamé a la leona. Salió ésta a mi encuentro caminando muy despacio, con la cabeza gacha y ladeada. Me alarmé de que hubiera escogido un sitio tan abierto para albergarse. La oreja se le había infectado, manaba pus y era evidente que le dolía atrozmente. Al mover la cabeza, cosa que hacía continuamente, sonaba como si tuviera la oreja llena de líquido.

Cuando Jorge llegó de Isiolo (dos semanas llevaba yo sin él en el campamento), resolvió ahuyentar a la leona desconocida que había atacado a Elsa. La intrusa y su pareja habían alejado a nuestra Elsa por completo.

Dos días anduvimos, parte a pie y parte en la camioneta, recorriendo los linderos del territorio de Elsa sin encontrar a la intrusa y belicosa leona, y aunque buscamos durante ocho horas diarias, tampoco encontramos a la nuestra.

Jorge tuvo que ausentarse en la última semana de julio y yo continué la búsqueda. Hacía mucho calor y, tras varias horas de rastrear, Makedde y yo nos sentamos a descansar.

Me hallaba descorazonada. Ya hacía más de dos semanas desde la terrible pelea que tuvo Elsa, y la última vez que la vi su herida se había agravado mucho. ¿Cómo se las arreglaría para alimentarse o proteger a sus cachorros contra los cazadores furtivos?

"No piensa usted más que en la muerte", me reprendió Makedde, indignado al verme tan deprimida. "No hace otra cosa que pensar y hablar de la muerte y se porta como si no hubiera un Mungo (Dios) que vela por todas sus criaturas. ¿No confía usted en que Él velará también por Elsa?"

La decimaquinta noche de su desaparición hube de acordarme de esa reprimenda. Acababa de encender las lámparas y de prepararme una bebida y me había sentado en la penumbra, pendiente de algún

rumor favorable, cuando siento de pronto una rápida carrera ¡y a poco más no me derriba de la silla el afectuoso saludo de Elsa! Aparecía delgada pero saludable y su herida cicatrizaba ya exteriormente aunque había en el centro un poco de infección. Al parecer tenía mucha prisa; se precipitó sobre la carne que le di, y después de haber devorado media cabra, desapareció en menos de media hora.

Esta vez no trajo consigo sus cachorros. Pero al amanecer del primero de agosto me despertó el hambriento maullar de los leoncitos. Con profundo alivio aunque también con asombro observé que ni ellos ni Elsa habían sufrido otros arañazos, si bien es de suponer que durante todo ese tiempo tuvieron que cazar para subsistir.

Le pedí a Makedde que siguiera el rastro de Elsa y se enterara de lo que había estado haciendo. Lo siguió hasta el límite de los dominios de la leona y allí, en unos pedregones, encontró las huellas, no solamente de ella y sus cachorros, sino también de otro león o quizá dos. Parecía pues muy posible que cuando Elsa se vio arrojada de su territorio por aquella leona hostil, se había juntado con otro macho de su especie.

Tal cosa no se nos había ocurrido antes, pues como Elsa daba aún de mamar a sus hijos, no hubiéramos creído que se interesara en buscar otro compañero. Generalmente se cree que las leonas salvajes dan cría solo cada tres años, pues en ese intervalo deben enseñar a los cachorros de su última camada a cazar y hacerse independientes. Mas quizá Elsa se había imaginado que como nosotros suministrábamos los alimentos en cantidades ilimitadas, a ella le bastaba con traer hijos al mundo. Sin duda no podía saber lo que habíamos decidido, pero no teníamos la menor intención de mantener indefinidamente un servicio de restaurante para leones.

Peligros de la selva

Los ANIMALES que habitaban cerca de nuestro campamento se habían acostumbrado tanto a nosotros que a menudo aquello parecía un Paraíso Terrenal. Un tragelafo salvaje, por ejemplo, llegaba todos los días, mientras almorzábamos, a beber frente a nosotros en el río y a veces se quedaba ramoneando a nuestra vista durante cosa de una hora, sin preocuparse de que habláramos o anduviésemos por allí. Toda una familia de kobos compuesta de dos machos, tres hembras y tres cervatillos con frecuencia permitían que nos les acercáramos casi hasta tocarlos. Y los mandriles, que a veces andaban en manadas de cincuenta, eran nuestros más viejos amigos: como habíamos vivido juntos tanto tiempo, no nos ocupábamos de ellos, ni ellos de nosotros, a no ser que ocurriera algo inusitado.

Aunque normalmente gozábamos de una paz paradisiaca, vivíamos muy cerca del peligro y la violencia.

Es más leche...

LECHE CONDENSADA
AZUCARADA
NESTLÉ

ARG. 1337

...y para más usos!

Porque la Leche Condensada Nestlé brinda más nutrición, más confianza en la calidad de la leche y más comodidad y seguridad en su uso. Leche Condensada NESTLE ayuda, además, a preparar postres más apetecibles, mejor presentados y le otorga algo más fundamental... ¡verdadero alimento!

Tenga siempre a mano

LECHE CONDENSADA

NESTLÉ





PARA HELADOS



PARA HACER DULCE DE LECHE



PARA FLANES



PARA POSTRES

Cierta noche muy oscura, a eso de las nueve, se presentaron Elsa y sus cachorros frente a mi tienda a reclamar su comida. Le pedí a Makedde y al *toto* que me ayudaran a arrastrar hasta allí una cabra muerta que Elsa había dejado casi entera a la orilla del río y los tres nos fuimos en silencio por la trocha abierta entre el denso matorral; Makedde iba adelante armado de un palo y un farol, el *toto* lo seguía y yo cerraba la marcha llevando una potente lámpara de gasolina.

Pocos pasos habíamos andado cuando se oyó gran estrépito y se apagó el farol de Makedde; en seguida mi lámpara se hizo pedazos al impacto de una monstruosa masa negra que dio contra mí y me derribó en tierra.

Cuando me repuse, Elsa estaba lamiéndome. Parecía comprender que me hallaba herida y se mostraba solícita y afectuosa. Me incorporé tan pronto como pude y llamé a los mozos. Makedde respondió a gritos que estaba sano y salvo, pero el pobre *toto*, postrado en tierra, apenas podía emitir leves quejidos. Se levantó tambaleando y cogiéndose la cabeza a dos manos, tartamudeó: "¡Búfalo, búfalo!"

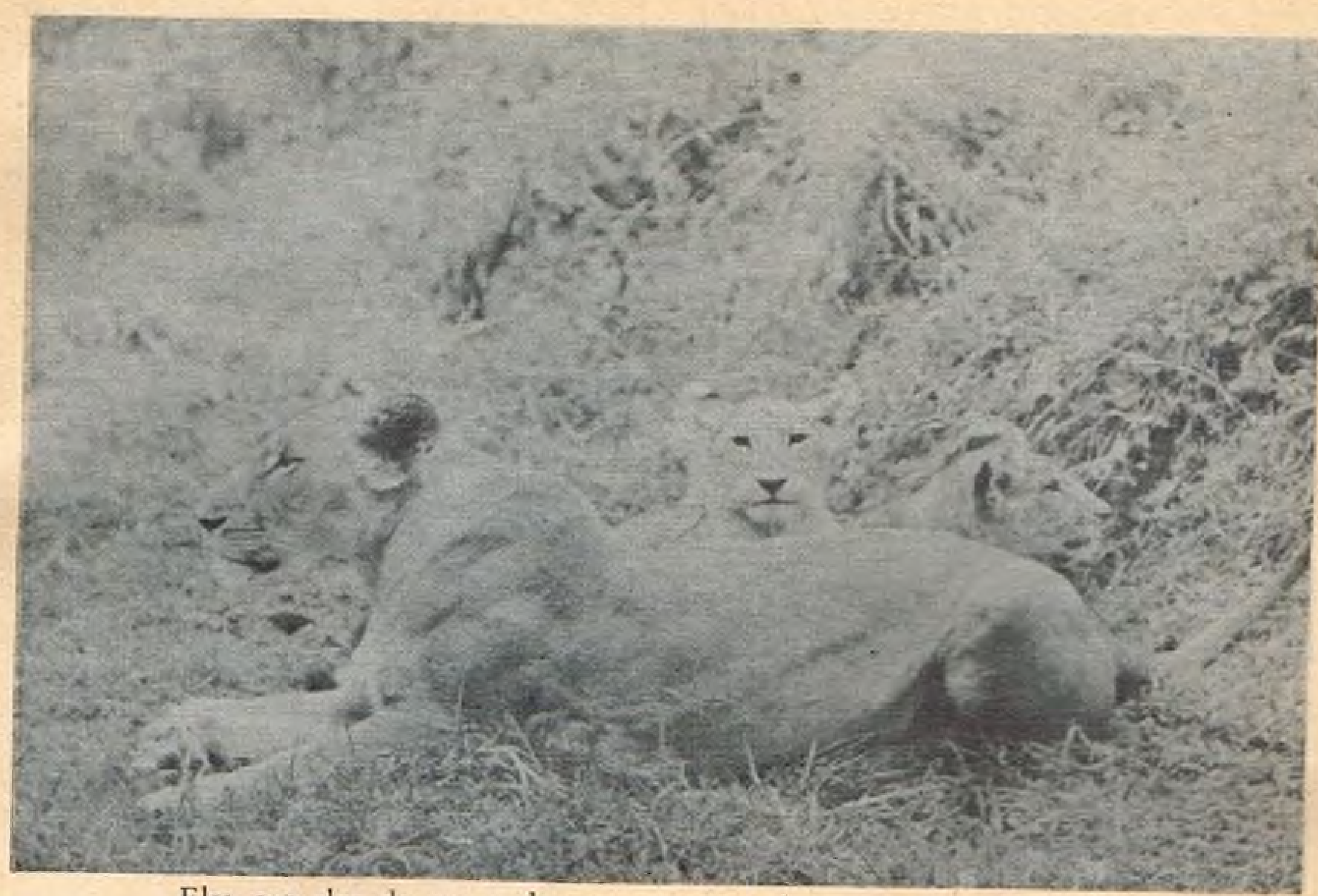
El chico, jadeante, me explicó que Makedde le había pegado un estacazo a un búfalo, y el animal nos había derribado a ambos, a él primero y a mí después. Por fortuna el *toto* no tenía más herida que un chichón en la cabeza que se hizo al dar contra el tronco de una palmera caída; a mí me sangraban los brazos y los muslos, dolorosamente lacerados por el golpe. En cuanto a Makedde, lo encontré más tarde en la cocina, incólume y gozándose en relatar a un auditorio que le oía asombrado, su singular combate con el búfalo.

No me quedó duda acerca de la identidad de nuestro asaltante, pues varias semanas antes habíamos hallado el rastro de un búfalo macho que atravesaba el campamento hasta una playa arenosa donde tenía su abrevadero. Hasta entonces nunca había salido sino después de medianoche aunque varias veces habíamos percibido sus bufidos y chapoteos en el agua en las primeras horas de la madrugada. Esta noche, sin embargo, había salido temprano y, asustado sin duda por la luz movediza de las lámparas, trató de ponerse a salvo precipitándose por la primera trocha que encontró... en la que topó con nosotros.

Lo que pasó cuando Elsa y el búfalo se encontraron, ninguno de nosotros podrá saberlo jamás. Lo que sí sé es que la leona había acudido sin duda a protegernos contra aquél.

La tarde siguiente Elsa tuvo el cuidado de arrastrar su presa un buen trecho río arriba, la pasó al otro lado, y luego la llevó a un alto tan escarpado que era improbable que otra fiera llegase a disputársela. ¿Acaso tan extraño proceder se debía a que la leona se asustó con el búfalo tanto como yo?

Otro día, después de haber reñido Elsa por segunda vez con su enemiga, la leona salvaje, Nuru y yo



Elsa con dos de sus cachorros, entonces de nueve meses de edad

la encontramos, tras mucho buscarla, echada con sus cachorros muy lejos de su cubil. De nuevo se hallaba malherida; sufría intensamente y tenía profundos desgarrones que era preciso curar.

No fue poco lo que me costó persuadirla, mas luego emprendimos despaciosamente el camino de regreso al campamento. Cuando pensé que estábamos por llegar, mandé a Nuru, que hacía las veces de escudero, que se adelantara con un recado, mas a poco de haberse ido me di cuenta que me había extraviado en la espesura. Para entonces el sol estaba en el cenit, hacía un calor sofocante y los leones se detenían a acezar a la sombra de cualquier arbusto.

Lo mejor que podía hacer en esas circunstancias era seguir por el lecho del riachuelo más próximo, que me llevaría indefectiblemente al río y por éste me sería fácil orientarme. Bien pronto llegamos al lecho de un arroyuelo y tiré por entre sus abruptas riberas. Elsa venía pisándome los talones y los cachorros trotaban a corta distancia tras ella. Y de súbito, al doblar un recodo, me topé de manos a boca con un rinoceronte. Me era imposible "saltar ágilmente a un lado y dejar pasar a la bestia en su acometida", como se nos aconseja hacerlo en tales casos. Así pues, me volví y apreté a correr tan velozmente como pude, en tanto que la fiera gruñía y resoplaba a mis espaldas.

Al fin encontré una grieta por la que me colé, trepé rápidamente la

ribera y me lancé corriendo entre la maleza.

En ese momento el rinoceronte probablemente vio a Elsa, porque se desvió bruscamente y echó por la ribera opuesta con precipitación. Por suerte para mí, Elsa hizo a un lado su costumbre de perseguir a cuanto rinoceronte se encontraba y se quedó inmóvil, observándonos a los dos.

El mayor peligro para Elsa no eran las bestias de la selva. No faltaban animales rapaces que codiciaban sus cachorros, ni estaba libre de verse envuelta en contiendas de leones, mas su peor enemigo eran los nativos que cazaban en vedado. Ellos fueron la causa de que se frustraran nuestros propósitos con relación a Elsa y su familia.

Nosotros queríamos que los leones hicieran una vida de acuerdo con su condición y nos proponíamos dejarlos a su libre albedrío tan pronto como Elsa se restableciera de sus heridas. Pero cuando ya comenzaba a sanar de la oreja, los guardabosques tomaron presos a unos cazadores furtivos y uno de estos últimos le contó a Jorge que sus compañeros habían resuelto matar a Elsa con flechas envenenadas apenas nosotros abandonáramos el campamento. Esta delación nos hizo cambiar todos nuestros planes.

Jorge Adamson recibe visitas; Elsa en su puesto favorito

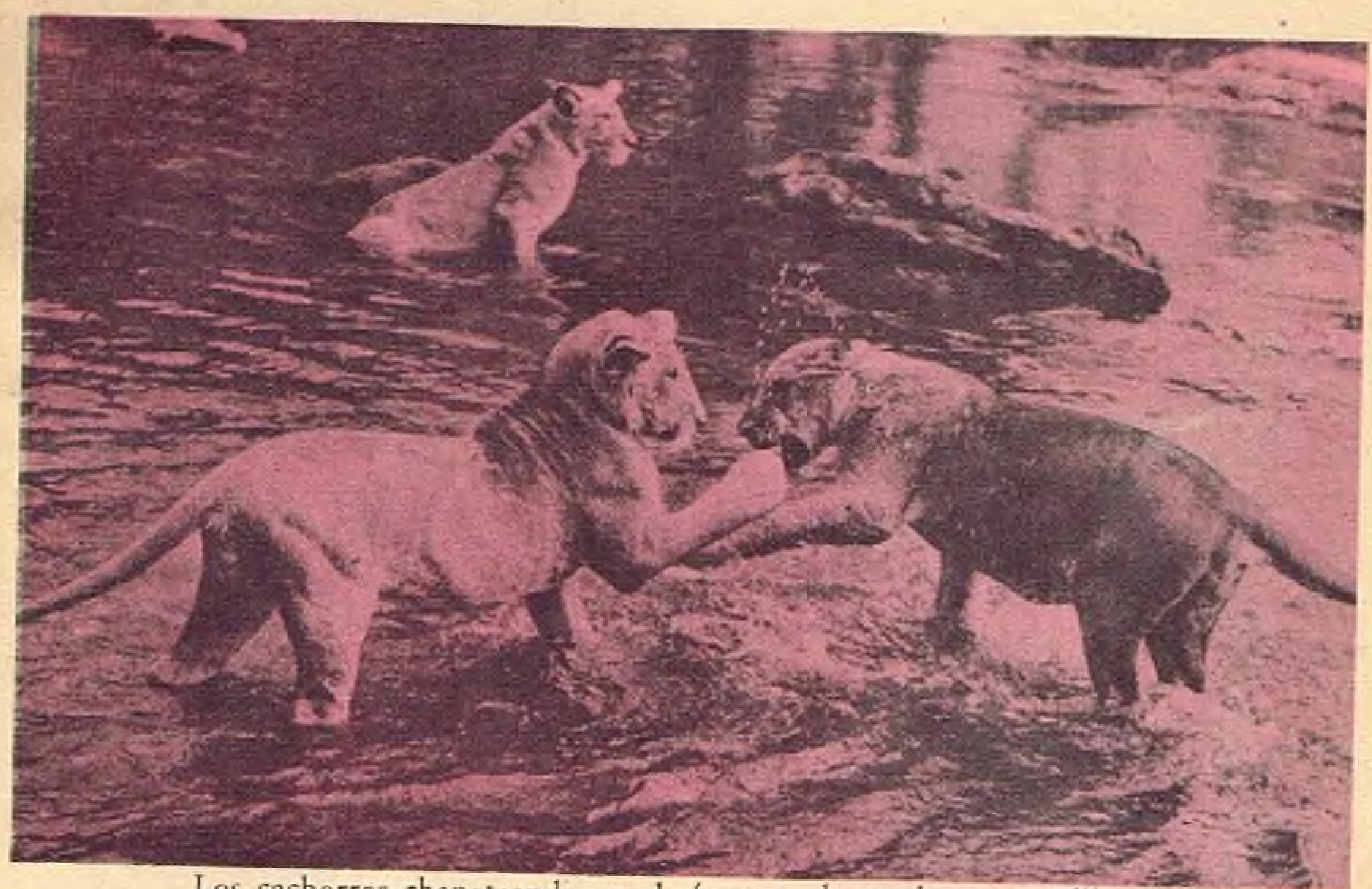


Comenzaba ya la estación seca, y al avanzar la sequía, aumentarían las actividades de los paranceros. Si no alimentábamos a Elsa sería imposible que los monteros, por eficaces que fuesen, le impidieran salir a cazar lejos de sus dominios y arriesgar un encuentro con los cazadores furtivos. Si continuábamos allí, de seguro se iba a demorar la preparación de los cachorros para la vida salvaje, y probablemente hasta se echarían a perder. Empero era preferible esto a exponerlos a una tragedia.

Cupo completo

A PESAR del largo tiempo que la habíamos mantenido, Elsita no se domesticaba; gruñía cuando nos le acercábamos y luego se marchaba furtivamente. Aunque más pequeña que sus hermanos, la leoncita se daba sus mañas para salirse hábilmente con la suya.

Noté que Gopa se había vuelto muy celoso, no sólo de mí sino también de su hermano. Cuando Jespa jugaba con su madre, Gopa se metía entre los dos, y cuando Elsa se



Los cachorros chapoteando en el río: uno de sus juegos predilectos

me acercaba, él se agazapaba y gruñía hasta que la leona iba y se le reunía.

Jespa había perdido su primitiva ferocidad; se mostraba muy amigable y comenzaba a imitar la conducta de su madre en sus relaciones con nosotros. Con frecuencia quería jugar conmigo, o venía a echarse a mi lado en busca de caricias. Y aunque eso era contrario a mis propósitos, de vez en cuando lo acariciaba.

No sólo Elsa, sino también Jespa y Gopa habían hecho de la tienda de Jorge su "gazapera", y al ir a acostarse, mi marido la encontraba algo estrecha para tantos. Como a él le gusta dormir en una cama baja de campaña, yo me temía que hubiese cualquier noche una tremolina. Pero los leones se portaban bastante bien, y cuando el inquieto Jespa trataba de arañar los pies de Jorge, bastaba un enérgico "no" de éste para hacerle suspender su juego. Los animales se sentían allí como en su casa, hasta tal punto que una noche, al revolverse en la cama, Elsa la inclinó haciendo que Jorge cayera encima de Jespa. No hubo conmoción alguna y Gopa, que dormía a la cabecera de mi marido, ni siquiera se movió.

A los ocho meses Jespa había perdido su pelusa de pequeñuelo y tenía el pelaje parecido al de un conejo. Crecía rápidamente; era un leoncito magnífico, aunque insaciablemente curioso, y tan lleno de vida y juguetón que llegó a ser un problema. Elsa me ayudaba a menudo a manejarlo, ya respaldando con una zarpada alguna restricción mía,

ya poniéndose en medio de los dos. Con todo, pensaba yo en que muy pronto llegaría el tiempo en que ya no fuese capaz de dominarlo, ni aun con ayuda de su madre. Cierta vez, persiguiendo a sus hermanos, Jespa volcó un cubo de agua sobre Elsa. En castigo, la leona le propinó una zarpada y luego lo aplastó bajo su corpachón empapado. Todo eso nos hizo mucha gracia y reímos a más no poder. Esta indiscreción nuestra ofendió a Elsa que, echándonos una mirada de reproche, se alejó seguida de sus dos hijos más obedientes. Más tarde saltó sobre el techo de la camioneta donde fui a buscarla para darle excusas y hacer las paces. La luna estaba llena y a su luz los grandes ojos de la leona parecían casi negros debido a la dilatación de las pupilas. Elsa me miraba con severidad, como diciéndome: "Echaste a perder la lección que quise darle".

Elsa rubrica su historia

Ya era tiempo de dejar que los cachorros hicieran la vida a que la naturaleza los destinaba; se habían acostumbrado más de lo conveniente a la vida del campamento.

Todo indicaba que nos sería posible ausentarnos, pues Elsa había logrado al fin dominar a la leona intrusa y era capaz de defender las fronteras de su territorio. También los cazadores furtivos se habían marchado de esos parajes; esperábamos que no volverían hasta el próximo verano, y para entonces ya se habrían tomado medidas más enérgicas contra ellos. Además, los cachorros estaban ya convertidos en recios leones jóvenes, bien capaces de cazar en compañía de su madre. Cuando cumplieron diez meses notamos señales de pubertad tanto en Jespa como en Gopa; les había crecido una lanilla en la cara y el cuello, y aunque tenían un aspecto desaliñado, resultaban muy atractivos.

Decidimos, pues, ir prolongando nuestras ausencias del campamento cada vez más, hasta retirarnos definitivamente. La primera vez resolvimos ausentarnos solamente seis días, pero a causa de las lluvias torrenciales no nos fue posible volver hasta pasados nueve. Entonces llegué sola y me dirigí a la gran peña en cuyas cercanías encontré a la leona con sus hijos. Gopa y Elsita se mantuvieron a distancia; en cambio Jespa se mostró tan gozozo de verme como la propia Elsa y se escurría entre ésta y yo por disputarle la ocasión de saludarme.

Todos se hallaban en excelentes condiciones. A Elsa se le veían señas de mordiscos recientes en la cara y la nuca, pero nada graves. Gopa tenía la melena más larga y más oscura que la de Jespa, que era todo él de color canela claro. Dentro de un año, pensé, ¡qué hermosa cuatrinca formarían!: dos hembras gráciles y esbeltas acompañadas por dos robustos machos, el uno alazán y el otro bayo.

Aunque les había llevado una res, los cachorros no mostraron prisa por comer y corretearon un rato antes de ponerse a la mesa. Elsa, en

cambio, devoró su parte rápidamente; luego se vino a mí tan afectuosa como siempre.

Antes de marcharme, la cariñosa leona, en sus efusivas demostraciones, me hizo, sin saberlo, un regalo inapreciable. Con frecuencia me habían pedido su autógrafo: las huellas de sus patas en un pedazo de papel, cosa que nunca había logrado conseguir. Pero la tarde siguiente, mientras escribía a máquina el original de este libro, entró Elsa en mi estudio y repentinamente, antes de que pudiera impedírselo, plantó las manos sobre mi mesa, dejando impresas sus lodosas huellas sobre los papeles que allí había. De esta manera estampó Elsa su firma en el libro que cuenta la historia de su vida al lado de sus cachorros hasta que éstos cumplieron un año.



Posdata a la historia de Elsa

Después de que Joy Adamson terminó su libro *Viviendo en libertad*, acontecieron tristes sucesos en la familia de la leona Elsa. A fines de enero de 1961 Jorge Adamson la encontró enferma bajo un matorral.

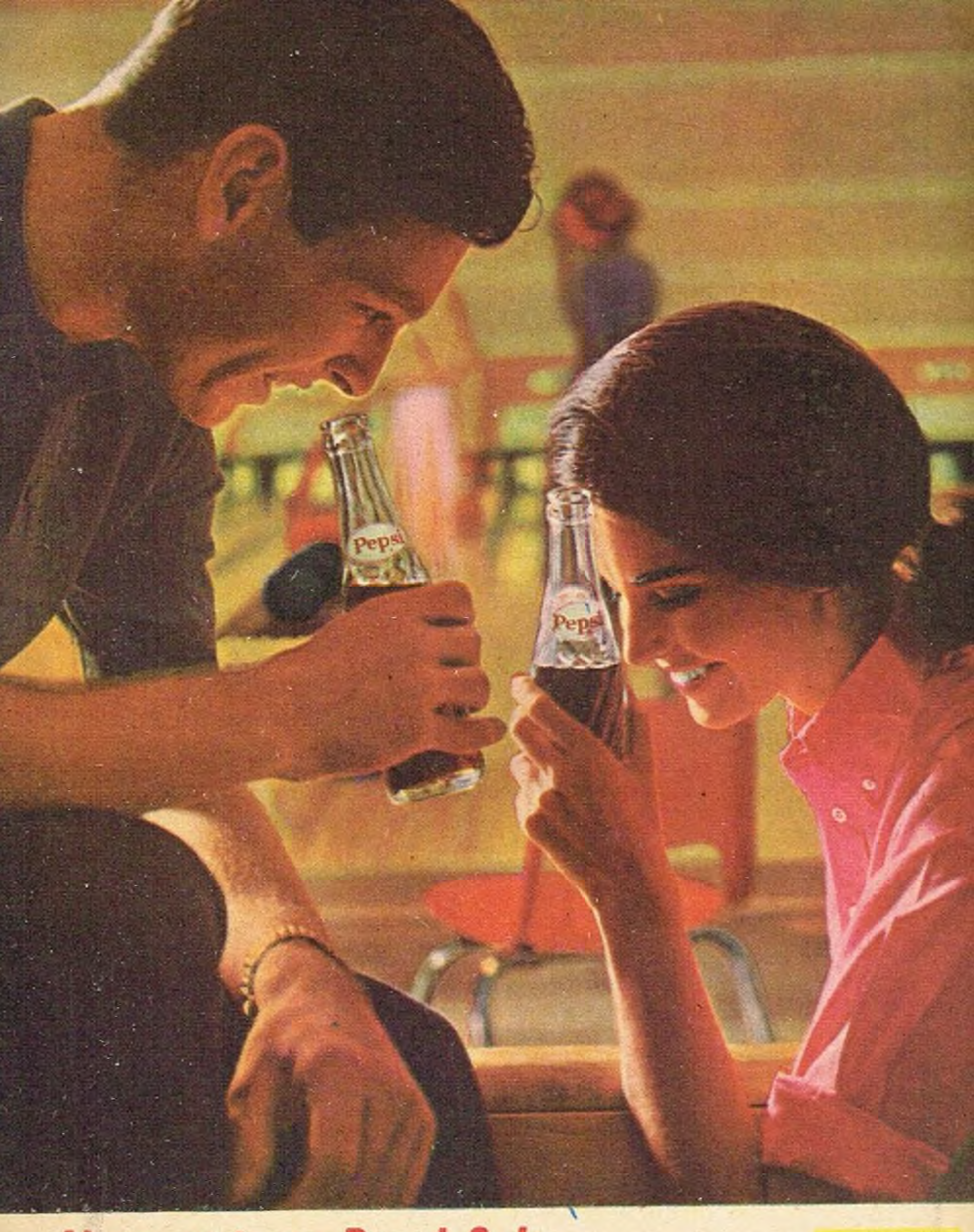
"Esa noche dormí a su lado en la selva para protegerla contra las acechanzas de los leones salvajes y las hienas", escribió Adamson en el *East African Standard*. "Llegaron sus cachorros y jugaron alrededor de mi cama pero Elsa no toleraba que se le acercaran. A pesar de su debilidad, dos veces se frotó la cabeza contra la mía demostrándome su vieja amistad. Avanzada la mañana su situación era desesperada; respiraba dolorosamente y con dificultad. Me quedé con ella todo el día, y de vez en cuando le daba agua en la cuenca de mis manos, pero la pobre no podía pasarla aunque se veía que tenía sed.

"Finalmente, pensando que se acercaba su fin, hice venir gente del campamento y entre cuatro de mis servidores y yo llevamos a la leona hasta mi tienda en una litera improvisada. Pareció sosegarse un poco; me tendí a su lado y ya comenzaba yo a dormitar cuando de pronto Elsa se levantó, se dirigió a la salida de la tienda y rodó al suelo".

La autopsia demostró que Elsa había muerto de una infección producida por la babesia, parásito trasmitido por las garrapatas y que ataca los glóbulos sanguíneos.

Después de la muerte de su madre, los tres cachorros comenzaron a merodear los hatos de cabras y ganado de los naturales. A pesar de que los Adamson pagaron fuertes indemnizaciones por los daños cometidos por sus pupilos, los naturales trataron varias veces de matar a los cachorros con flechas envenenadas. Jespa, que era el jefe de los tres, anduvo con una flecha clavada en los cuartos traseros durante un mes; por fortuna no llegó a envenenarse.

Finalmente se notificó a Jorge Adamson que o atrapaba a los cachorros y los confinaba en un coto de caza, o tendría que matarlos. Jorge optó por aprisionarlos, y con tal objeto construyó tres grandes jaulas con barrotes de hierro y puertas de trampa. Todas las noches las cebaba, colocando la carnada primero cerca de las jaulas y por fin dentro de ellas. Los cachorros, nada recelosos, comían, y muchas veces después de comer pasaban la noche dentro de las jaulas. Sin embargo, los Adamson no quisieron atraparlos mientras no cesaron las inundaciones, para poder trasportarlos a través de la selva hasta el Parque Nacional de Serengeti, en Tangañica, a 1300 kilómetros de distancia. Allí los pusieron en libertad, el mes de mayo del año pasado.



Ahora se toma Pepsi-Cola

Nadie duda en la elección: todos—los jóvenes y los que se sienten jóven de corazón—prefieren ahora PEPSI-COLA . . . Todos encuentran en la sabrosísima PEPSI el sabor fresco de la juventud, el gusto de la vida feliz . . . ¡Sólo PEPSI puede ofrecer esa sensación incomparable! CALIDAD . . . EN CANTIDAD . . . ¡PIDA PEPSI!

PEPSI-COLA

El mero conocimiento no basta



POR DONALD DOUGLAS
Presidente de
Douglas Aircraft Corporation

CREO QUE dentro de 20 o 30 años la gente se maravillará al ver cuánto se logró "allá por el año 1962", teniendo en cuenta lo poco que entonces sabíamos.

Nosotros mismos sentimos eso con respecto al pasado reciente. Por ejemplo, cuando pienso en mi profesión, recuerdo aviones de madera, alas de tela, pistas de césped y pasajeros que se podían contar con los dedos.

Pocas personas preveían los aviones a reacción, las inmensas multitudes que los usan, los viajes de pocas horas que antes duraban semanas enteras.

Estas conquistas no se debieron tanto a chispas de inspiración como al perfeccionamiento gradual de muchas ideas y detalles. El progreso en aviación, como en otros campos, fue obra de hombres capaces de prever el futuro y de aprovechar la oportunidad que se les ofrecía de crear una red de industrias que hoy da trabajo a millones de individuos.

En los próximos lustros habrá más empleos, y más perfeccionamiento e innovaciones, con lo cual el público saldrá todavía más beneficiado. Esto será principalmente obra de hombres y mujeres poseedores de un alto grado de conocimientos técnicos. Pero los verdaderos líderes, tanto en nuestra industria como en las otras, serán aquéllos que posean cualidades más importantes que el mero conocimiento: grandes dosis de imaginación, previsión y audacia.

Yo he comprobado que esas cualidades las poseen en mayor grado los hombres y mujeres dueños de esa cultura amplia que se forma gracias al hábito de leer durante toda la vida cosas de fundamento.

Tal es la clase de lectura que yo siempre espero hallar en el READER'S DIGEST. Cada número enseña la ciencia del vivir, aderezada con la pizca de sal que distinguidos escritores y redactores saben poner en su trabajo. En verdad, el READER'S DIGEST ofrece a sus ocupados lectores los mismos beneficios, hoy indispensables, que las modernas aerolíneas brindan a sus atareados pasajeros: rapidez, comodidad y placer.

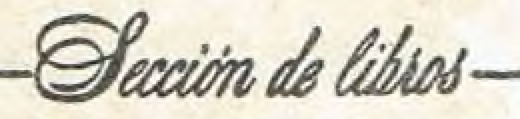
m$n20.- *Abril de 1962*

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

La ciudad perdida de los incas 21
Berlín: historia de una crisis y un símbolo . . 28
Una historia de amor 37
Cómo se defiende el organismo contra las infecciones 44
Reflexiones de un turista 48
Espionaje en el mundo de los negocios . . . 52
Cómo era un dama 58
Enriquezca su vocabulario 63
Estados Unidos de Europa: esperanza de Occidente 65
Cualquiera puede llegar a millonario 70
El asesino loco 73
¿Es usted otra víctima de la televisión? . . . 87
Médicos y buenos samaritanos 91
Mensaje del mar 99
De la sartén al fuego 108
Libia, la indigente, se hace millonaria 112
Cuidado con la hepatitis 122
Sabiduría del reino animal 130
El gran unificador del Canadá 132
La inquietud intelectual 145
Israel ayuda a las naciones jóvenes 147
Citas citables 8
Instantáneas personales 10
La risa, remedio infalible 14
Humorismo militar 16

Cubierta: Cristalería Finlandesa (Foto: J. D. Barnell)



Viviendo en libertad 155